

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA:
UNIDAD XOCHIMILCO

MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA SOCIAL DE
GRUPOS E INSTITUCIONES
15VA GENERACIÓN 2022-2024

*“El soldado: cotidianeidad, experiencia y
discurso”*



Casa abierta al tiempo

PRESENTA:

JORGE EDUARDO GARRIDO GÁMEZ

A mi esposa Andrea, por ser mi apoyo incondicional, mi mayor inspiración mi mejor amiga, mi compañera de vida. Gracias por ayudarme a alcanzar mis sueños.

A mi abuelita Gloria, por ser quien me enseñó todo lo que sé y por ser el ejemplo de que querer aprender todo lo que sea posible es una meta alcanzable.

A Roberto Manero, por ser mi mentor cuando me sentí perdido, mi profesor cuando necesitaba aprender. Sus palabras desde que tomé sus clases en la licenciatura impulsaron mi camino.

Índice

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

Prólogo

Introducción

- I. Entre propuestas teórico-metodológicas y las disposiciones del campo
- II. La propuesta del acompañamiento psicosocial y su aparente fracaso en mi intervención
- III. ¿Por qué la necesidad de pensar al ejército mexicano?

Historización de la configuración actual del ejército mexicano

- I. La historia de la crueldad y las tácticas de contrainsurgencia de los ejércitos de América Latina y Sudamérica: Historización de la problemática
- II. Ejército norteamericano en la posguerra
- III. Breve historia de la formación del ejército mexicano
- IV. El Estado-nación y la idea del patriotismo

La interpretación de la experiencia de vida del militar

- I. El switch del “modo civil” al “modo militar”
- II. La irremediable escisión entre lo civil y lo militar
- III. La pertenencia como aspecto fundamental para el proceso de identificación del militar
- IV. El miedo como aspecto cotidiano en la vida del militar
- V. El patriotismo en el imaginario del militar
- VI. La figura del recluta/simpatizante

Epílogo

Prólogo

¿Cómo terminé realizando una investigación sobre el ejército mexicano? Todo esto se remonta al 2018. Platiqué con mi esposa sobre la invitación del Dr. Roberto Manero a participar en el proceso de selección de la 13va generación de la Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones. Comentábamos sobre qué problemática actual podía presentar como protocolo de investigación que fuera lo suficientemente relevante para este posgrado y para ésta área de las ciencias sociales. Ella me sugería la posibilidad de realizar las entrevistas con su tío, que es un exmilitar, con familia dentro del ejército, con amigos exmilitares con los que lleva muchos años siendo cercano y, sobre todo, con la ya manifiesta necesidad de hablar sobre su vida en el ejército.

Para el proceso de selección de la 15va generación de la Maestría presenté un protocolo de investigación que tenía la intención de analizar las formas y mecanismos que producen al soldado mexicano, quería saber qué instituciones intervenían y si realmente se transformaban civiles en militares al interior de los cuarteles. Esta primera propuesta ha sufrido muchos cambios hasta lo que presento en este texto, algunos cuestionamientos sí pude desarrollarlos y otros tuvieron que ser replanteados, como el lector podrá darse cuenta más adelante.

Aun cuando creía que mi proyecto de investigación podía aportar elementos de análisis interesantes, tenía que resolver el cómo aproximarme a mi campo de intervención teniendo ya una amplia interacción con los que serían mis entrevistados. Nos habíamos visto durante 12 años en fiestas familiares como bautizos, bodas, primeras comuniones, etc. La familiaridad y el hecho de que ellos sabían que mi esposa y yo éramos psicólogos podía complicar las cosas, puesto que tenían la idea de que el psicólogo constantemente se encontraba analizando y escudriñando los actos y palabras de las personas (como si los psicólogos

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

terapeutas sí lo hicieran) y nuestro perfil es el del psicólogo de la UAM Xochimilco, un perfil de investigador, con un abordaje de la psicología más decantada hacia el psicoanálisis y la psicología social de grupos e instituciones.

Un aspecto a destacar es que yo me enteré que estas personas eran militares y exmilitares hasta ya mucho tiempo después de conocerlos, tenía la idea caricaturizada de que el militar se paraba firme, era serio, no convivía con nadie y todo el tiempo traería consigo algo que lo identificara como militar, ya sea alguna pieza de su uniforme como la casaca o la gorra: la realidad es que se vestían como cualquier otra persona, se reían, platicaban sobre el futbol, las noticias, dramas familiares, entre otras cosas, pero entonces ¿cómo iba a poder interpretar las interacciones del militar en su entorno social si no podía identificar algo que los revelara como tales? Resolver este cuestionamiento era uno de mis intereses con respecto a estudiar la Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones.

Una de las preguntas más frecuentes que me han realizado los docentes de la Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones a lo largo de los seis trimestres cursados es “¿Por qué elegiste trabajar con militares?” y mi respuesta ante dicha pregunta ha ido cambiando gradualmente en medida que puedo terminar de atar y comprender elementos dentro de mi propia implicación con el tema que elegí. La reflexión que he hecho desde mi *yo investigador* frente al proyecto que planteo ha sido profundamente confrontativa y me plantea cada vez más preguntas que suelen encallar en análisis personales sobre mis propias ideologías, vivencias y opiniones sobre el ejército. A partir de estas elaboraciones, considero que puedo escribir sobre lo que he encontrado en medida que las palabras puedan formarse, desprenderse y plasmarse en la hoja en blanco...

La represión estudiantil del '68 en México, que culminó en la masacre estudiantil del 2 de octubre ha atrapado mi interés desde el segundo trimestre de la licenciatura en psicología; ha logrado conmover mis intereses y sentires y asquearme de lo que el Estado y los medios de comunicación pueden hacer. Las fotografías de aquella madrugada, con pilas de jóvenes muertos, otros jóvenes heridos y hasta mujeres de edad avanzada, desnudos y con terror en sus caras mientras detrás de ellos se

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

encuentran militares armados, empujando y apuntando con sus armas han *marchado* en mi cabeza desde entonces, al mismo tiempo que resuenan las palabras que se le adjudican a Jacobo Zabludovsky: “hoy fue un día soleado”.

La Universidad Autónoma Metropolitana, como producto de las demandas del movimiento estudiantil del '68 tiene un gran peso simbólico para mí. Me identifico como la herencia de una lucha de colegas y compañeros que lucharon y murieron por mejores condiciones educativas para futuras generaciones (como la mía y la de mis compañeros) y que por ello, fueron víctimas del Estado, víctimas del ejército.

Frecuentemente encuentro notas de periódicos, de ideologías tanto de izquierda como de derecha, sobre las actividades del ejército. Sobre presuntas implicaciones en desapariciones extraoficiales, de muertes por balas perdidas por enfrentamientos contra el narcotráfico, de su participación en el crimen organizado y, si bien entiendo que todas las notas periodísticas tienen una carga política con un interés muy particular, es difícil distanciarse de los hechos.

Aun con el nudo en el estómago con el que escribo estas líneas me detengo a preguntarme cada cierto tiempo ¿Por qué los militares hacen las cosas que hacen? ¿Por qué son capaces de la crueldad y violencia con la que se manejan? ... El investigador de las ciencias sociales está necesariamente implicado con su tema de investigación y le representa algo, se posiciona frente al tema y tiene una postura definida con la que mira al campo y determina lo que se produce, y es por ello por lo que procuro mantenerme abierto a la constante reflexión, atropellos y caídas que me provocan la pregunta “¿Por qué elegiste trabajar con militares?” que me formulan mis profesores.

Un elemento que he podido identificar en mi proceso de investigación es el miedo. Saber que las personas que se sientan frente a mí son hijos, tíos, hermanos y padres de familia, pero que también son militares, formados por el ejército y capaces de la crueldad ya institucionalizada en su formación. Durante los 12 años que llevo de conocerlos jamás me he sentido en peligro, no he recibido amenazas o siquiera alguna mala actitud; han sido cálidos, amables y pacientes, sin embargo, tengo en mente el miedo.

Esta doble significación de la vida de mis entrevistados, este juego de *familiar-militar* ha despertado una gran cantidad de inquietudes que conllevan un cierto número de posibles soluciones. En el momento de la investigación en el que me encuentro, puedo proponer que quizás el abordaje de la institución militar y la institución de la familia como dos entes lejanos que generan 2 identidades diferentes sería muy reduccionista; me plantearía la posibilidad de comprender a la institución militar y a la familiar como una interconexión de instituciones que cobran sentido cuando son interpretadas como parte de una realidad social, de la misma manera que Turner logró elucidar que el árbol de la leche no agotaba su representación en lo alimenticio sino que era parte de una red de símbolos ritualísticos (Turner, 1989)

La propuesta de mi investigación no pretende hacer transparente mi objeto de estudio; Manero citando a Ardoino menciona que los objetos de las ciencias sociales y humanas son objetos opacos, imposibles de intentar ser transparentados porque perderían sus características fundamentales, no se pueden dividir ni descomponer en sus partes más simples (Manero, 2020). Como investigador de las ciencias sociales debe quedarme muy claro que no se puede entender en su totalidad un fenómeno social, ni un campo de estudio. La propuesta debe partir de indicar al lector quién está investigando y por qué investiga, para tener claro los abordajes del investigador a partir del deseo, de las ansiedades, los miedos y los posicionamientos del investigador.

Al pensar a mi yo investigador como un sujeto social, se vuelve necesario reconocer que lo exterior me atraviesa y me produce al mismo tiempo, y desde esa perspectiva puedo reconocer que hay 2 elementos que rigen lo que considero exterior a mi investigación (por llamarlo de alguna forma) y que cruzan fuertemente mi perspectiva como investigador:

a) Contexto actual de la militarización en México

Considero que el contexto de militarización que México atraviesa en estos momentos sobre la deliberación en torno a la militarización del país produce que opiniones, perspectivas y en este particular caso, investigaciones comiencen a

cuestionarse la pertinencia de mantener al ejército fuera de los cuarteles, de tener sujetos para la guerra atendiendo las cotidianeidades de lo civil. Considero que el trabajo que ahora presento es una consecuencia de un momento histórico social que se ha ido gestando en los últimos 15 años, es quizás un producto de una consecución de eventos que despierta una resistencia contra una lógica militar de lo que atañe a lo civil.

Mi interés en el tema de mi investigación surge desde lo individual, sin embargo, reconozco que soy parte de un proceso colectivo, que *todo lo personal es político* y que mi vinculación con mi tema viene de un momento histórico-social en el que crecí, alrededor de un México militarizado desde la *guerra contra el narco* en 2006 a la fecha, reproduciendo discursos de la propaganda militar de los medios de entretenimiento como las películas o series que enaltecen al ejército como una entidad heroica que resalta el “patriotismo inspirador” en los ciudadanos y que el ejército existe con el único propósito de protegerlos.

b) La institución de la calificación

El rol que juega la Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones está profundamente vinculado con mi deseo. Desde cuarto trimestre de la carrera de psicología, me enteré de la existencia de este posgrado y lo fijé como una meta “natural” de mi desarrollo personal y académico; no ser aceptado en la Maestría no era una opción, era una manera de ratificarme y de validar que mi desempeño como estudiante era sobresaliente. Actualmente, mi perspectiva ha cambiado, sin embargo, la calificación sigue fungiendo en mí como un ente validador y que ciertamente atravesó mi trabajo en campo, mi escritura y hasta la forma de redactar esta tesis.

La pregunta de “¿Por qué elegiste trabajar con militares?” detona en mí diferentes procesos y elaboraciones cada vez que me lo preguntan (o me lo pregunto) y siempre termino en el análisis de las implicaciones frente a mi investigación, procurando siempre no alejarme demasiado ni acercarme tanto que me impida la visibilidad de aquello de lo que hay que poner distancia. Como ejemplifica Lourau en la curvatura del concepto de implicación (Lourau, 2001).

Introducción.

I. Entre propuestas teórico-metodológicas y las disposiciones del campo

Durante estos 2 años de Maestría mi trabajo sufrió una cantidad incontable de modificaciones, mis planteamientos teórico-metodológicos iniciales tuvieron que ser replanteados y reubicados. Las ideas preconcebidas que tenía de lo que debía hacer en mi intervención en campo se movieron por completo... nada me hubiera preparado para lo que el campo guardaba para mí.

El trabajo que a continuación presento, tuvo la oportunidad de un acercamiento a un grupo de militares activos, retirados y reclutas de recién ingreso, quienes participaron en un proceso de investigación acerca de sus vivencias dentro del cuartel, su vida como militares y sus razones para unirse al ejército, la labor del soldado en la sociedad y, en sus respectivos casos, la vida después del retiro abordada desde la recuperación de experiencias y el discurso alrededor de las implicaciones de reintegrarse¹ a la sociedad civil.

Dicho trabajo tuvo como objetivo retomar las experiencias y el discurso de los militares que participan en esta investigación, las relaciones de poder, el ejercicio de la violencia en su vida cotidiana, “en el activo”² y la producción de sujetos a partir de la reproducción de ideologías establecidas propias de instituciones como el ejército, que, para funciones de esta investigación, fue el ejército mexicano el objeto a pensar y analizar.

La intervención que implementé para este proceso de investigación tuvo como base la entrevista grupal y la entrevista individual. El objetivo de las entrevistas

¹ La “reintegración a la sociedad civil” es una cuestión que fue profundamente discutida durante mi proceso de intervención por mis entrevistados, quienes nunca estuvieron de acuerdo con la idea de “volver a ser civiles”, sin embargo, considero importante mencionar cuales fueron los presupuestos con los que arranqué mi intervención.

² Manera en la que mis entrevistados se refieren a su vida como militares activos de la SEDENA

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

individuales fue hablar sobre las experiencias del soldado para conocer las formas en las que el discurso militar atraviesa la subjetividad y, de manera posterior a su reclutamiento por el ejército mexicano, cómo se ve expuesto a las mecánicas de reproducción de sujetos propia del dispositivo de formación militar³; las entrevistas grupales que realicé pretendían recuperar las experiencias y los discursos a través de la interacción en el grupo, con la finalidad de escuchar discrepancias, similitudes, silencios, omisiones y acuerdos en los discursos que se pudieran reflejar cómo experimentan su cotidianeidad.

Considero que sería muy inocente de mi parte asumir que hacer una investigación sobre el ejército mexicano es una propuesta que se me ocurrió a mí porque soy muy observador; esta investigación la considero un síntoma de la realidad actual del mexicano. El contexto de militarización que vive el país es sin duda alguna coyuntural y traerá consigo cambios significativos a la sociedad mexicana en distintos niveles que deben ser pensados y analizados. Por tanto, considero que mi investigación es uno de esos síntomas, que busca señalar las implicaciones de tener militares en las calles, de que se releguen actividades de carácter civil al ejército y de que día con día, el avance de la militarización del país es más visible.

Inicialmente, mi investigación tenía como objetivo el análisis del proceso de subjetivación por medio del dispositivo de formación militar. La posibilidad de trabajar una intervención con un grupo de militares no podía ser desaprovechada, tenía que explotar al máximo su apertura al diálogo, a la reflexión y a compartirme su experiencia como militares tanto activos como retirados. Esta era la oportunidad perfecta para poder contestarme la primera pregunta que me hice desde que me planteé la posibilidad de esta investigación: ¿Cómo se hacen militares y por qué hacen las cosas que hacen?

³ Considero necesario precisar que no es que todos los sujetos expuestos al discurso militar serán transformados, sin embargo, el militarismo crea condiciones de posibilidad para que las lógicas militares atraviesen los elementos políticos, económicos y culturales de una sociedad concreta, dicho de otro modo, el militarismo funciona como una especie de propaganda que normaliza y vende la idea de que el ejército y su operar no sólo es necesario, sino que es considerado como la máxima expresión del heroísmo y patriotismo que un ciudadano puede alcanzar, consiguiendo así que para que un sujeto pueda ser atravesado por el discurso militar no necesariamente tiene que estar expuesto al dispositivo de formación militar.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

A lo largo de las entrevistas tanto grupales como individuales traté de identificar vestigios del proceso de formación del militar, algo que delatara de manera flagrante cómo fueron formados, qué mecanismos disciplinarios usaron para hacerlos dejar de ser civiles y convertirlos en militares, algo que denunciara las marcas que dejó en ellos el pertenecer al ejército y ser subjetivados como aquellos que encarnan la violencia legítima del Estado... lo que ellos me devolvieron en su lugar, fue su experiencia de vida, la camaradería que actualmente existe entre ellos, las historias que se han contado entre ellos que llevan años contándose y que decidieron compartir conmigo. Si bien, aquello que me compartieron y que me dejaron ver sí da cuenta del proceso de subjetivación desde el dispositivo de formación militar, mi investigación se encaminó hacia la cuestión de la experiencia del militar y cómo vivencian la institución del ejército.

En este sentido ¿cómo se experimenta el ser militar en relación con la cotidianeidad y su vínculo con la institución?⁴ Considero que el militar podría ser pensado desde su experiencia y cotidianeidad, ya que es a través de ésta que también es formado. La formación de relatos y discursos da cuenta de su subjetividad y la manera en la que interpreta su realidad social, por ejemplo, aún en el retiro, los rangos de sus excompañeros siguen teniendo peso, tanto en los relatos como en la forma de intercambiar ideas u opiniones en la entrevista grupal.

El vínculo con la institución ordena su discurso, tanto desde la idea del heroísmo y el patriotismo que se desprende de una idea institucionalizada del deber del militar como de la forma en la que también experimentaron violencias físicas como el castigo o ciertos grados de tortura con la finalidad de aprender a obedecer las imposiciones de la institución militar. Aquello que experimentaron en relación con la institución orienta su discurso a su sensación de pertenencia con el ejército mexicano, sin importar si la institución militar ejerció violencia sobre ellos.

⁴ Esta pregunta dista mucho de la que inicialmente planteé durante mi proceso de investigación, sin embargo, resulta más pertinente en relación con lo que el campo me devolvió a partir de mi intervención. La pregunta era: ¿Cómo opera el proceso de subjetivación del soldado a través del dispositivo de formación militar?

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

El ser militar, para mis entrevistados, implica el pertenecer para siempre al ejército mexicano, hacer de tus compañeros tu familia, el enfrentarse a situaciones de riesgo por salvaguardar la integridad de la nación de cualquier que quiera dañarla y el patriotismo heroico que esto implica. Ser militar es incluso una forma de garantizar un futuro económico estable para ellos mismos y sus familias y un retiro digno a una edad más temprana que en otro trabajo.

El ser militar también implica obedecer sin pensar las instrucciones de los oficiales, implica tener que ingresar al ejército porque las condiciones laborales y sociales en las que estaban insertos no eran suficientes para mantener una familia que dependía de ellos. Ser militar también implica tolerar a aquellos que se enlistaron en el ejército “sin tener una necesidad económica y que están ahí por hobby”. Ser militar implica para ellos un universo de significaciones de las que se desprenden un sinnúmero de interpretaciones. En este texto abordaré lo que es ser militar para mis entrevistados, retomando aspectos de su discurso y experiencias que permitan dar cuenta de su vínculo con la institución, para que, de esta manera, quizás, mi trabajo de investigación permita crear rutas para pensar al militar desde un posicionamiento distinto al de los periodismos denunciadores que nos hacen olvidar por un momento que estamos hablando de sujetos atravesados por una institución.

II. La propuesta del acompañamiento psicosocial y su aparente fracaso en mi intervención

En los procesos de investigación que se realizan desde las ciencias sociales, es común que todos aquellos planteamientos y nociones *a priori* se vean fuertemente modificados por aquello que sucede en el campo. Este trabajo, de igual manera, tuvo modificaciones sustanciales a mis primeros planteamientos teórico-metodológicos que surgieron a partir de las necesidades de mi campo, puesto que, lo que mis entrevistados compartían no necesariamente respondía a mis inquietudes como investigador, mis propuestas de intervención o las nociones de

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

los autores que propuse para analizar el material que fuera saliendo de mi trabajo de campo.

En el aspecto metodológico, la entrevista grupal y la entrevista individual fueron mis herramientas de intervención, pero el enfoque que pretendía darle era el del acompañamiento psicosocial. La apuesta por el acompañamiento psicosocial se debía a la capacidad de esta práctica para trabajar con sujetos víctimas de violencia que evita caer en prácticas asistencialistas y para que se diera un proceso colectivo de producción de conocimiento.

¿De dónde viene la noción de acompañamiento? Roberto Manero menciona que el acompañamiento viene de “*compañero*” misma que remite, por un lado, a un origen que apunta a una figura colectiva: la compañía, ese conjunto que es al mismo tiempo una organización. La compañía sería entonces un colectivo que creó la segmentaridad del ejército romano⁵; se constituyó un sujeto, el compañero, que crearía e inauguraría un nuevo tipo de relación, que produciría nuevas formas subjetivas, acompañadas éstas de una constelación posiblemente original de afectos y emociones: el compañerismo. El compañero, en este momento, es miembro de un sujeto colectivo, la compañía. El vocablo compañía, la idea de acompañar y su sustantivación en acompañamiento, son deudores de esta génesis social (Manero, 2019. Pág. 19).

Roberto Manero señala que uno de los significados de *acompañamiento*, se refiere a participar en los sentimientos de otro, sin embargo, advierte que el afecto se distingue de las emociones: los sentimientos y las emociones atañen al sujeto de manera individual, el afecto es un concepto que nos remite más a un elemento de interacción. El afecto se dirime en la afección, en la posibilidad de afectar y ser afectados. Dicho esto, el afecto nos permite la participación y participar es tomar parte en algo, ser parte de algo (Manero, 2019. Pág. 20).

Cuando se habla de tomar parte, de participar en los sentimientos del otro, parecería que hay una lógica de intercambio, una forma de interacción entre dos o

⁵ Llama mi atención que el concepto de acompañamiento de alguna manera tenga sus orígenes en el ejército, en el marco de esta investigación.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

más sujetos. Por ello la cuestión de la identificación, por lo que Manero comenta: “Identificarse con algo inaugura una distancia. No podemos identificarnos sino con aquello que, en principio, es diferente. En la identificación hay un aspecto nómada, un yo nómada que corre detrás de tal o cual objeto de identificación. También tiene sus límites. No obstante, para ser identificación, el proceso debe suponer si no la alteridad, sí la diferencia. Sólo me puedo identificar con otro. O con Otro. La relación de alteridad está dada. Nada es lo mismo. Pero también surge como creación en el crisol colectivo. Se producen distanciamientos, se concretan singularidades. Solamente cuando me puedo reconocer como Otro o como diferente me puedo identificar. La lógica identificatoria desplaza al imaginario, al *acompañamiento*. Me coloco imaginariamente en tu lugar. Es una impostura, es *como sí*.” (Manero, 2019. Pág. 21).

Con respecto a la identificación, Manero reflexiona si identificarse, sentirse identificados, es la impostura de la identificación. Salva la diferencia, sitúa la división, esa barrera que me distingue, porque yo no participo en el sentimiento del acompañado, sin embargo, citando a García Masip, Manero considera que más que procesos de identificación, hay lógicas múltiples de participación de una colectividad. Compartir, participar de, acompañarse, compañeros. Toda esta constelación semántica remite a colectivos que se singularizan. Frente a la lógica del identificarse como establecimiento de una ruptura, aparecería entonces las múltiples lógicas de la emergencia, de la expresión de los colectivos, de la comunidad o de la comunalidad (Manero, 2019. Pág. 22).

La empatía, tal como es utilizada en las diversas formas de acompañamiento profesionalizado, supone la negación, el rechazo y el olvido de su pertenencia a ciertos colectivos, y la colocación en un lugar imaginario desde el cual opera la posibilidad de empatizar, por tanto, de acompañar (Manero, 2019. Pág. 22), por lo tanto, es necesario hacer una crítica a la empatía, pues las formas en las que se utiliza para el acompañamiento en algunos quehaceres sociales instauran una relación disimétrica con el o los sujetos a los que se acompaña y limitan las condiciones para su ejercicio.

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

La figura del acompañamiento psicosocial con la que trabajo esta investigación tiene un abordaje distinto a las conceptualizaciones con las que se trabaja el acompañamiento institucionalizado en asociaciones civiles, hospitales psiquiátricos y los diversos abordajes del trabajo social de los programas gubernamentales de asistencialismo. El acompañamiento institucionalizado trabaja con personas víctimas de violencia desde la lógica de la empatía y, para Roberto Manero, esta “empatía” es más una impostura que omite *lo común* que une al acompañante con el acompañado y que dicha empatía olvida la comunidad de emociones y conocimientos, configurando así al acompañado como lo que define como un “chivo expiatorio”, como un emergente de una enfermedad.

El acompañado desde la perspectiva del acompañamiento institucionalizado se concibe entonces como un elemento ajeno al acompañante, que proviene de una realidad ajena y que da cuenta de una violencia de una sociedad alterna, desdibujando el hecho de que el acompañante también es parte de aquello que lo vincula con el acompañado; trabajar con mis entrevistados desde el acompañamiento psicosocial me permitió comprender que, si bien ellos son producto del dispositivo de formación militar que implementa el ejército, sus efectos no me son ajenos, que aquello que nos es común no está borrado y que los efectos de lo militar son palpables en lo social que yo también habito y percibo.

El acompañamiento psicosocial trasciende la forma de la “herramienta”. Pensar al acompañamiento solo como una manifestación de las herramientas en las cuales se aborda el campo podría colocar a mis entrevistados en una categoría de informantes a los que se les hace hablar con intenciones academicistas. El acompañamiento psicosocial como la propuesta de mi dispositivo de intervención pretendía entonces facilitar una experiencia colectiva que, en el mejor de los casos, permitiera a mis entrevistados elaborar y resignificar en torno a aquellas experiencias de violencia de las que fueron víctimas durante su tiempo en el ejército mexicano, esperando que puedan crear sentidos⁶ y a su vez, aportar formas y

⁶ O resignificación en donde los significados vigentes son insuficientes.

mecanismos en las que puedan crear conocimiento a partir de la resignificación de la experiencia.

A pesar de mis intenciones de trabajar desde el acompañamiento psicosocial, la interacción con mis entrevistados se dio de otra manera. A pesar de que compartieron su experiencia como militares, la cotidianeidad del soldado y el proceso de formación del militar, trabajamos de una forma totalmente diferente a lo que inicialmente planteé para esta investigación. La configuración de las entrevistas tomó un rumbo muy particular que, sin manifestarlo directamente, mis entrevistados propusieron. Tanto en la entrevista grupal como la individual la dinámica era la misma: la entrevista comenzaba con una introducción a lo que consideraban que debía saber sobre el ejército, es decir, sobre rangos dentro del ejército, lo necesario para aprobar los exámenes para subir de rango, las diferentes divisiones dentro de la SEDENA, etc.

El acompañamiento psicosocial tuvo que quedar de lado porque los intereses de mis entrevistados eran otros. Aunque se compartió mucho sobre su vida militar, no considero que se hayan establecido las condiciones necesarias para trabajar desde el acompañamiento. Aquellas experiencias de la vida “en el activo” o las “chiludas” como ellos les llaman a sus remembranzas se presentan como una dinámica entre mis entrevistados que ya llevan mucho tiempo compartiendo entre ellos. En ocasiones entre ellos mismos se corrigen y le recuerdan a quien está contando la chiluda que su historia no iba así o que no la está contando igual que otras ocasiones.

En algún momento de mi intervención consideré que, si no podía realizar el acompañamiento psicosocial con mis entrevistados, probablemente mi investigación fracasaría, puesto que no tendría las bases metodológicas para argumentar que hice algo más que entrevistas y que se me complicaría toda la interpretación del material que pudiera salir de mi intervención. Sin embargo, fue necesario escuchar lo que el campo me decía: esta nueva configuración de la intervención tenía una particularidad y es que un elemento central de este trabajo es la dinámica que establecí con mis entrevistados. Aquella introducción al

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

conocimiento básico del ejército mexicano que recibía al inicio de cada entrevista era una forma de colocarme en un lugar de “formación”, en un lugar en el que se me pudiera contar aquello que el civil no puede escuchar, pero que el “nuevo recluta” si puede.

En un principio, consideraba que el lugar que ocuparía con mis entrevistados sería el del psicólogo o el del familiar, sin embargo, nunca consideré que estuviera siendo colocado en un lugar de recluta. A la familia, al civil, no se le puede contar aquello que hace el militar porque “el civil no entiende lo que hace el militar” y poner atención a aquel lugar que ocupaba con ellos me permitió establecer una dinámica con mis entrevistados que pudiera ayudarme a continuar con mi intervención, a pesar de que la propuesta del acompañamiento dejara de ser viable. Abordaré esta figura del recluta más adelante en el presente texto para poder elaborar de manera más profunda sus implicaciones en este trabajo.

III. ¿Por qué la necesidad de pensar al ejército mexicano?

De acuerdo con la Real Academia de la Lengua Española, la definición actual de *milicia* es el “arte de hacer la guerra y de disciplinar a los soldados para ella”⁷. Esta definición presenta múltiples dimensiones de análisis que pueden ser abordadas desde la producción de subjetividades volcadas hacia la violencia, hasta las significaciones imaginarias en torno a lo que representa el ejército para una sociedad. Desde esta definición, la milicia se entiende como una institución inherentemente violenta hacia lo exterior (hacer la guerra) y hacia su interior (disciplinar a los soldados para ella) y a partir de este planteamiento podríamos entablar una serie de cuestiones que quedan abiertas al lector: más allá de lo evidente ¿Cuál es la finalidad de esta institución? ¿Para cuál guerra se disciplina y prepara a los soldados? ¿Qué ocurre con los sujetos producidos por el ejército para la guerra en un país que no tiene un conflicto bélico armado con otra nación?

⁷ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23.^a ed., [versión 23.5 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [26/08/2022].

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

La página de internet de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) describe su labor como la institución encargada de “Organizar, administrar y preparar al Ejército y la Fuerza Aérea Mexicanos, con objeto de defender la integridad, la independencia y la soberanía de la nación (...) son instituciones armadas permanentes que tienen las misiones generales de defender la integridad, la independencia y la soberanía de la nación, garantizar la seguridad interior y auxiliar a la población civil en casos de necesidades públicas.”⁸

Los objetivos de la SEDENA son claros, pero se presentan en una dimensión ampliamente compleja, ya que en su definición se abordan conceptos multirreferenciales que arrojan más preguntas que respuestas, sin embargo, el concepto más enigmático en toda la definición es *instituciones armadas permanentes* ¿Qué se entiende como “permanente”? ¿Es una de esas instituciones transhistórica que se definen según el tiempo y lugar en el que se ubiquen o, más bien, es una de esas instituciones que parece que han estado desde siempre y que, debido al enorme poder que ejercen en una sociedad, se piensa que han existido y que existirán eternamente?

El ejército tiene el monopolio del ejercicio de la violencia legítima de una nación, es mediante su armamento, su número de efectivos, tácticas, alcance y significaciones que se mide su fuerza. El ejército interviene cuando el Estado así lo requiere; garantiza y mantiene validado al Estado por medio de las condiciones que impone mediante su existencia, e incluso, se encuentra por encima de la Policía, institución que suele estar a cargo del sistema de vigilancia del Estado de manera cotidiana.

En una ceremonia de entrega de menciones honoríficas a las Fuerzas Armadas, el entonces secretario de Defensa Nacional Salvador Cienfuegos defendía de las constantes críticas a sus soldados con la frase “somos el pueblo en uniforme” (Rea, D. y Ferri, P., 2019, pág. 23) haciendo referencia a que sus soldados también eran parte de la sociedad civil, algo que podría ponerse fácilmente en duda cuando se escucha a los soldados acuñar apodos para “los civilones” de forma despectiva y

⁸ SEDENA: Misión de la Secretaría de la Defensa Nacional, ¿Qué hacemos? <<https://www.gob.mx/sedena/que-hacemos>> [26/08/2022].

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

peyorativa, remarcando la relación disimétrica que se les enseña en los cuarteles, subrayando el posicionamiento ante otro que se dibuja como algo inferior, sin embargo, no se nace soldado, sino que se forma al interior del cuartel y es en ese lugar en el que se reposiciona el discurso y se enseña el uso de la violencia, y es aquí donde surge otra pregunta ¿Cómo se ejerce la violencia hacia otro que se le presenta al sujeto militar como inferior, ya sea un miembro de algún cartel o un civil en el fuego cruzado?

Es importante tener en cuenta que el ejército está compuesto por personas y aunque parece una obviedad, se les suele colocar en una esfera ajena a los hombres, ajena a la sociedad civil. Los soldados son padres, hijos, hermanos y esposos, también son sujetos, forman parte del entramado social y tienen un papel en la realidad que los forma y en la que también inciden, por lo que el acercamiento a la posibilidad de entender de qué manera se configura la cotidianeidad dentro y fuera del ejército desde su personal activo y retirado me permitió no sólo aproximarme a comprender cómo se forma un soldado, también me permitió la posibilidad de escuchar el discurso del militar.

El periodismo ha realizado una enorme cantidad de investigaciones sobre el ejército, enfocándose en visibilizar las formas en las que esta institución opera y la violencia que ejerce. Las noticias a las que se le suele dar relevancia en redes sociales hablan sobre desapariciones forzadas, enfrentamientos armados contra el narcotráfico y en algunos casos, sobre sus implicaciones en actos violentos contra civiles de manera injustificada y con una violencia desproporcionada.

En un artículo publicado en Los Angeles Times por María Verza, se señala la posible implicación del ejército de la desaparición forzada de los 43 estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa, en el que menciona que Alejandro Encinas, subsecretario de Gobernación y presidente de la Comisión de la Verdad ha declarado el caso Ayotzinapa como un crimen de Estado y da responsabilidad al ejército ya sea por acción, omisión o negligencia.⁹

⁹ Verza, M.. (2022, 08, 18). México: El caso Ayotzinapa fue “crimen de Estado”. *Los Angeles Times*. <https://normas-apa.org/referencias/citar-periodicos/>

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

El ejército mexicano, al igual que todos los ejércitos del mundo, está regulado por acuerdos, declaraciones y convenciones internacionales que velan por los Derechos Humanos¹⁰. Estos acuerdos buscan establecer un marco de legalidad y operatividad de los ejércitos, mediante los cuales el Estado tiene las condiciones necesarias para castigar cualquier acción del ejército cometida fuera del marco de los acuerdos internacionales, lo que establecería que no toda violencia del Estado es legítima si se castiga a aquellos activos del ejército que violen los acuerdos internacionales que regulan la tortura y la violación de los Derechos Humanos, sin embargo ¿no será esto una forma de desentenderse de actos ilegítimos que cometen los soldados cuando algún operativo o consigna ordenada por el ejército mexicano se hace público?

En una nota del Washington Post, se destaca que hasta el 2021, como consecuencia directa de la guerra contra el narco, se registran las muertes de 350,000 personas y 72,000 más que se reportan como desaparecidas; en este artículo “se responsabiliza al ejército por salir a las calles a pelear una guerra ficticia”, señalando algunos ejemplos en los que el ejército se ha visto implicado, mencionando la escalada de violencia que se ha manifestado en el país en los últimos años¹¹.

Las notas periodísticas mencionadas enuncian una problemática nacional, sin embargo, sólo se enuncia y describe una problemática y es necesario hacerse algunas preguntas para problematizar el contexto de violencia mexicana. ¿Por qué

¹⁰ Algunos de los acuerdos de la SEDENA y la SEGOB con respecto a los Derechos Humanos son:
-Convención Americana sobre Derechos Humanos
-Convención contra la tortura y otros tratos o penas crueles, inhumanas o degradantes.
-Declaración para el Reconocimiento de la Competencia del Comité contra la Tortura, de la Convención contra la Tortura y otros Tratos o Penas Cruels, Inhumanos o Degradantes y Convención Interamericana para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra las Personas con Discapacidad.
-Enmiendas a los artículos 17 párrafo 7, y 18 párrafo 5 de la Convención contra la Tortura y otros Tratos o Penas Cruels, Inhumanos o Degradantes y Protocolo Facultativo de la Convención contra la Tortura.
-Convención Internacional para la Protección de Todas las Personas contra las Desapariciones Forzadas.
-Convención Interamericana para Prevenir y Sancionar la Tortura.

¹¹ Pardo, J y Arredondo, I. (2022,06,14). Una guerra inventada y 350,000 muertos en México. *The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/es/post-opinion/2021/06/14/mexico-guerra-narcotrafico-calderon-homicidios-desaparecidos/>

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

los soldados encarnan la violencia que el ejército requiere? ¿Qué lleva a un sujeto a realizar actos crueles de violencia?

Anteriormente he mencionado que, según la Real Academia de la Lengua Española, la milicia se define como “el arte de hacer la guerra y de disciplinar a los soldados para ella”, entonces ¿cuáles son las consecuencias de que en el mandato de Felipe Calderón se le diera el papel de policía al ejército y sacara a los soldados a las calles cuando al sujeto militar se le prepara para la guerra? En el gobierno actual, se pretendía desmilitarizar al país con la guardia nacional, entidad que se encargaría de restarle actividades al ejército con respecto a la seguridad pública, y ahora, se pretende fusionar a la guardia nacional con el ejército, continuando con la lógica de la policialización del ejército y como consecuencia, la militarización de la policía.

A todo esto ¿por qué el ejército mexicano opera como si estuviera librando una guerra contra el pueblo que, al menos en esencia, debe de proteger? Habría que preguntarnos cómo se configuró desde sus inicios el ejército y bajo qué ideales, tareas, objetivos y encomiendas descansa la forma en la que se estructura el ejército el día de hoy. Para poder comprender al ejército mexicano y la forma actual en la que se produce al sujeto militar, es necesario rastrear desde dónde se instauró la idea de darle al ejército una tarea de contrainsurgencia, bajo qué ideales y configuraciones se formaron los ejércitos de América Latina y qué influencia tiene el totalitarismo y los ejércitos de Europa de la época de la segunda guerra mundial en los ejércitos de América.

Por otra parte, es necesario preguntarse cuál es la razón (o razones) que lleva a los sujetos a unirse a las filas del ejército ¿la imagen del militar es algo a lo que se aspira o es una solución rápida a una problemática social? Habría que poner sobre la mesa en primera instancia que el narcotráfico y el ejército tienen a la misma población objetivo: personas en situación de pobreza.

Es esencial pensar a los sujetos que instituciones como el ejército producen, pues son los representantes de la institución central de la fuerza del Estado. Estos sujetos encarnan el discurso del poder soberano y aproximarnos a la comprensión

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

de sus procesos de subjetivación podría permitirnos entender de una manera más clara las funciones y los mecanismos mediante los cuales el ejército pone en función el dispositivo de formación militar que, como consecuencia, garantiza su continuidad, su autoconservación y su legitimación.

Considero central el enunciar que mi postura frente a mi investigación es intentar comprender los procesos de formación de sujetos desde el dispositivo de formación militar. No tengo la intención de denunciar ni señalar al ejército mexicano de nada en particular, quiero bajo todos los medios evitar caer en periodismos denunciadores, en demonizaciones del militar o apologías a la violencia. El objetivo de mi investigación es abordar desde la psicología social de grupos e instituciones la formación del sujeto militar.

Historización de la configuración actual del ejército mexicano

I. La historia de la crueldad y las tácticas de contrainsurgencia de los ejércitos de América Latina y Sudamérica: Historización de la problemática

Breve historia de los ejércitos antiguos

Antes de abordar la actualidad de los ejércitos modernos, considero que es necesario hacer un breve repaso por la historia de los ejércitos del mundo en la historia antigua y su rastreo hasta las guerras mundiales del siglo XX con el objetivo de mapear aquellas formas que dieron origen a las nociones que existen sobre el ejército y la participación e implicación de éste en la historia del mundo.

Desde los albores de la civilización, los ejércitos han desempeñado un papel fundamental en la historia de la humanidad. Como fuerzas organizadas, fueron esenciales para proteger territorios y expandir imperios. Trataré de abordar la historia del ejército desde las primeras civilizaciones en Mesopotamia y Egipto, pasando por los ejércitos de Grecia y Roma, hasta los desarrollos en Asia y América precolombina. Además, propongo un análisis de cómo sus estructuras, estrategias y tecnologías reflejaron las sociedades de las que emergieron.

En Mesopotamia, considerada la cuna de la civilización, surgieron los primeros ejércitos organizados alrededor del año 3000 a.C. Las ciudades-estado sumerias, como Ur y Lagash, empleaban fuerzas armadas para defenderse de invasores y disputar recursos. Las unidades militares estaban compuestas principalmente por infantería y carros de guerra, introduciendo tácticas rudimentarias de formación en batalla. Por su parte, Egipto desarrolló una fuerza militar centralizada para consolidar su control interno y expandir sus fronteras. Durante el Imperio Nuevo

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

(1550-1070 a.C.), el ejército egipcio incorporó carros de guerra y arcos compuestos, adquiridos tras enfrentamientos con los hicsos¹². Ramsés II empleó estas innovaciones militares en campañas como la batalla de Qadesh contra los hititas, considerada una de las primeras batallas documentadas de la historia (Shaw, 2000).

En la antigua Grecia, las guerras entre polis llevaron al desarrollo de ejércitos ciudadanos, formados principalmente por hoplitas¹³. Estos soldados, armados con lanzas y escudos, se organizaban en falanges¹⁴, una formación compacta que maximizaba la defensa colectiva. Las batallas de Maratón y Termópilas durante las Guerras Médicas son ejemplos emblemáticos del uso de estas tácticas.

Además de su habilidad militar, los griegos revolucionaron la estrategia a través de líderes como Alejandro Magno, quien combinó la movilidad de la caballería con la fuerza de las falanges macedonias para conquistar vastos territorios desde Grecia hasta la India (Bosworth, 1988).

El ejército romano representó un avance significativo en la organización y profesionalización militar. Durante la República, el servicio militar era obligatorio para los ciudadanos, pero bajo el Imperio, las legiones se transformaron en una fuerza permanente y profesional. La legión romana, compuesta por unidades de infantería pesada, se complementaba con tropas auxiliares y máquinas de asedio, como las catapultas. Su capacidad de adaptación fue clave en la expansión del Imperio Romano (Goldsworthy, 2003).

En Asia, las civilizaciones desarrollaron ejércitos con características únicas. En China, las dinastías Shang y Zhou ya empleaban carros de guerra y arcos compuestos alrededor del 1500 a.C. Durante el periodo de los Reinos Combatientes (475-221 a.C.), las estrategias y la tecnología militar evolucionaron

¹² Los hicsos eran un pueblo semítico que se asentó en Egipto en torno a 1782 a.C. en la ciudad de Avaris en el Bajo Egipto, dando así comienzo a la era de la historia egipcia conocida como el Segundo Período Intermedio (en torno a 1782 - en torno a 1570 a.C.).

¹³ Ciudadanos griegos que formaban parte de una unidad de infantería pesada que combatía en formación de falange y que eran lo suficientemente ricos para hacerse con una armadura de este tipo.

¹⁴ Ejército que combate formando una única fila de combatientes muy próximos entre sí, al estilo de la falange clásica, que formaba así con una profundidad de entre 8 y 16 guerreros.

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

notablemente. La invención de la ballesta y el uso de ejércitos masivos jugaron un papel crucial en la unificación de China bajo la dinastía Qin (Lewis, 2007). Por su parte, en la India, los ejércitos del Imperio Maurya (322-185 a.C.) eran conocidos por su tamaño y diversidad, incluyendo unidades de elefantes de guerra. La batalla de Kalinga, librada bajo el liderazgo de Ashoka, destaca no solo por su impacto militar, sino también por las transformaciones filosóficas y políticas que inspiró en el emperador (Thapar, 1961).

En América, los ejércitos de las civilizaciones azteca e inca también reflejaron sus estructuras sociales y objetivos. Los aztecas empleaban ejércitos organizados en unidades jerárquicas, con guerreros especializados como los jaguares y los águilas. Las campañas militares no solo buscaban la expansión territorial, sino también capturar prisioneros para los sacrificios rituales (Hassig, 1988).

La evolución de los ejércitos antiguos dejó legados duraderos en la historia militar y la organización social. Las innovaciones tecnológicas, como los carros de guerra, las catapultas y las ballestas, influyeron en las tácticas militares durante siglos. Asimismo, los principios de disciplina y profesionalización desarrollados por los romanos sentaron las bases de los ejércitos modernos.

Más allá de su impacto en el campo de batalla, los ejércitos antiguos desempeñaron un papel crucial en la consolidación de imperios y la difusión de culturas. Por ejemplo, las campañas de Alejandro Magno facilitaron el intercambio cultural entre Oriente y Occidente, mientras que la Pax Romana¹⁵ permitió la estabilidad y el desarrollo económico en el Mediterráneo durante siglos.

Tras la caída de Roma, los ejércitos en Europa se reorganizaron bajo el sistema feudal. Los caballeros y las órdenes religiosas militares, como los templarios, jugaron roles cruciales en las Cruzadas. Sin embargo, la aparición de arcos largos y armas de pólvora en el siglo XIV marcó el declive de la caballería pesada (Prestwich, 1996). El Renacimiento trajo cambios fundamentales en la estructura

¹⁵ Es una expresión en latín utilizada para referirse al largo período de estabilidad que vivió el Imperio romano, caracterizado tanto por su calma interior como por su seguridad exterior, lo que le permitió alcanzar su máximo desarrollo económico y expansión territorial.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

de los ejércitos. La pólvora permitió la creación de armas de fuego y cañones, transformando las tácticas de asedio y batalla. Durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), figuras como Gustavo Adolfo de Suecia perfeccionaron la integración de infantería, caballería y artillería (Parker, 1996).

Con la Revolución Industrial, la producción masiva de armamento y avances como el ferrocarril revolucionaron la logística militar. Las Guerras Napoleónicas ejemplificaron el uso de estrategias modernas y la movilización masiva de tropas. Napoleón Bonaparte destacó por su capacidad de maniobra estratégica y sus reformas militares, influyendo en los ejércitos de todo el mundo (Esdaile, 2007).

En el siglo XIX, conflictos como la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871) subrayaron la importancia de la planificación meticulosa y la infraestructura, mientras que la Primera Guerra Mundial marcó un salto hacia la guerra industrializada. La Primera Guerra Mundial (1914-1918) representó un punto de inflexión en la historia militar. Con tecnologías como ametralladoras, tanques y aviones, así como estrategias como la guerra de trincheras, este conflicto global mostró la capacidad destructiva de los ejércitos modernizados.

La configuración de los ejércitos modernos es producto de la segunda guerra mundial. El conflicto armado con más peso del siglo pasado fue el que dinamitó las formas institucionales del ejército en la segunda mitad del siglo XX y ayudó a sentar las bases de lo que es el ejército actualmente.

Los ejércitos del mundo, la formación de soldados, el armamento y la guerra misma han ido evolucionando a la par que la civilización humana. Esta sofisticación de los ejércitos del mundo a lo largo de la historia da cuenta de la relevancia que tienen para el desarrollo de las naciones y no es de extrañarse que a los gobiernos les interese más el desarrollo militar que otros sectores. A continuación, haré un rastreo a partir de la guerra de Argelia, conflicto que sentó las bases para el desarrollo de las tácticas modernas de guerra, que desembocarán en lo que hoy se conoce como guerra de baja intensidad.

La guerra de Argelia

Uno de los remanentes de la segunda guerra mundial fue el uso de las tácticas y estrategias usadas en la guerra como un mecanismo institucionalizado en los ejércitos de Europa, marcados por su participación y ejecución de operativos con el objetivo de ganar una guerra por cualquier medio posible. Uno de los ejércitos que usó las nuevas formas de operar fue el ejército francés que, en 1945, en orden de no perder el control territorial sobre Argelia, trató de evitar la independencia de dicho país.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, las tensiones entre los colonos y argelinos explotaron en forma violenta, el 8 de mayo de 1945 manifestantes pro-independencia atacaron colonias, residentes y bienes europeos dejando un saldo de 103 muertos. En respuesta a ello, el gobierno local y de la metrópoli hicieron 5,460 arrestos masivos y desmantelamientos de centros de disidencia, adicionalmente, ataques navales y aéreos contra localidades argelinas dejaron un saldo de 1,500 civiles locales muertos, aunque algunos otros varían entre 6,000 y 45,000 civiles (Rojas, 2016).

La guerra de independencia entre Argelia y los colonos franceses se intensificó y el 1 de noviembre de 1954 se lanzaba un ataque coordinado contra varias instalaciones militares en Argelia, puestos de policía, almacenes, infraestructura pública y de comunicación administrativa colonial entre otras (Rojas, 2016). Se implementaron estrategias militares propias de una guerra utilizadas contra civiles; se utilizó una desproporción de la violencia de un Estado contra sus ciudadanos.

En un intento por desarticular la posición del Frente de Liberación Nacional (FLN) (organización paramilitar que surge con el objetivo de orquestar un levantamiento armado en contra de Francia para obtener su independencia) el ejército francés creó la Sección Administrativa Especializada que se encargó de ocupar a la población local para amedrentar a los civiles a modo de movimiento contra-guerrillero o insurgente, pero a veces por medios muy crueles como la tortura y los

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

asesinatos extrajudiciales, con el objetivo de romper la base social del FLN, cuyos miembros llegaron a constar de 150,000 paramilitares (Rojas, 2016).

La implementación de la intervención militar tuvo como protagonistas al general Paul Aussaresses, al general Jacques Massu, al oficial al mando Paul-Alain Léger, al coronel Yves Godard y al teniente coronel Roger Trinquier. Su objetivo era diezmar, debilitar, intervenir, entorpecer y sabotear la insurrección del FLN cuyo objetivo era la independencia de Argelia; en esencia, la intervención militar debía retener a la colonia como parte del Estado francés.

Paul Aussaresses

Paul Aussaresses luchó para Francia en la segunda guerra mundial y participó como general en la guerra de Argelia. En una entrevista para *Le Monde* (uno de los periódicos más importantes de Francia), el General Paul Aussaresses admitió y defendió el uso de la tortura durante la guerra de Argelia, durante este conflicto coordinó el ataque contra la policía de Philippeville; su batallón mató a decenas de niños, mujeres y hombres, sin contar los cientos más que resultaron heridos. Fue el principal verdugo y recolector de inteligencia bajo las órdenes de Jacques Massu durante la Batalla de Argel. Relató que incluso rompió una huelga en toda la ciudad organizada por el FLN utilizando medidas represivas. Los soldados arrastraron a la fuerza a todos los trabajadores de servicios públicos a sus puestos de trabajo (Beaugé, 2001).

Aussaresses tuvo una exitosa carrera militar después de la guerra. En 1961 fue nombrado agregado militar de la misión diplomática francesa en Estados Unidos, junto con diez veteranos de la Guerra de Argelia con anterioridad a su cargo. En los Estados Unidos también sirvió en Fort Bragg, Carolina del Norte, junto con el 10º Grupo de Fuerzas Especiales, una unidad militar que se especializó en tácticas de guerra no convencional¹⁶. Allí enseñó las lecciones de la Batalla de Argel, que

¹⁶ Las tácticas de guerra no convencional son formas de combatir al enemigo que no consisten en enfrentamiento armado, sino en estrategias políticas, psicológicas y militares que pongan en desventaja al

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

supuestamente incluía tácticas de contrainsurgencia, interrogatorios y torturas (Olivieri, 1984).

Después de mudarse a Brasil en 1973 durante la dictadura militar, Aussaresses mantuvo un vínculo estrecho con los militares y asesoró a dictadores sudamericanos sobre el uso generalizado de la tortura contra opositores de izquierda a los regímenes militares en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Paraguay. Aussaresses fue instructor en Fort Bragg, donde se entrenan las Fuerzas Especiales y antiterroristas de Estados Unidos.

Roger Trinquier

El teniente coronel Roger Trinquier participó en la guerra de Argelia y comandó a las tropas aerotransportadas cuando la guerra contra el FLN se estaba volviendo más intensa. Luego se desempeñó como segundo al mando del general Massu, comandante de la 10.^a División de Paracaidistas, durante la Batalla de Argel.

El teniente coronel Roger Trinquier es conocido por su libro "La guerra moderna y su lucha contra las guerrillas" escrito en 1961, en el que sostiene que aquel que atente contra la paz y sea detenido "no puede ser tratado como un prisionero convencional capturado en una batalla". Debe revelar rápidamente los nombres de los integrantes de su célula y las casas de seguridad. Hace alusión a la tortura como método de obtención de información de una manera rápida y eficaz. Los "especialistas" (en tortura) deben extraer por la fuerza su secreto". Recomienda la implementación de "la ciencia", misma que le permite lograr el cometido (Fontaine, 2004).

Trinquier es un teórico del estilo de guerra que llamó "guerre moderne", un "sistema entrelazado de acciones (políticas, económicas, psicológicas, militares) que apunta al derrocamiento de la autoridad establecida en un país y su reemplazo por otro régimen". Criticó la incapacidad del ejército tradicional para adaptarse a este nuevo tipo de guerra. Estas tácticas incluían el uso de equipos de comando pequeños y

otro bando. Estas tácticas son mencionadas a profundidad en el texto de "La guerra moderna" escrito por Roger Trinquier y practicadas por Paul Aussaresses y Paul Alain-Léger en la guerra de Argelia.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

móviles, la tortura, el establecimiento de fuerzas de autodefensa reclutadas en la población local y su reubicación forzosa en campamentos, así como operaciones psicológicas y educativas (Trinquier, 1965).

Quizás su contribución más original fue su estudio y aplicación del terrorismo y la tortura en relación con esta “guerre moderne”. Argumentó que era inmoral tratar a los terroristas como delincuentes y responsabilizarlos penalmente por sus actos. En su opinión, los terroristas deberían ser tratados como soldados, aunque con la salvedad de que, si bien pueden atacar objetivos civiles y no llevar uniforme, también deben ser torturados con el propósito muy específico de traicionar a su organización. El criterio de Trinquier para la tortura era que al terrorista se le debían hacer solo preguntas relacionadas con la organización de su movimiento, que los interrogadores debían saber qué preguntar, y que, una vez obtenida la información, la tortura debía cesar y el terrorista era tratado como cualquier otro prisionero de guerra (Trinquier, 1965).

El ejército francés aplicó las tácticas de Trinquier durante la Guerra de Argelia. Estas tácticas fueron expuestas al igual que las de sus compañeros de armas, sin embargo, tuvieron poco o ningún efecto en ese momento, ya que probablemente se consideraban un mal necesario. El debate sobre las tácticas utilizadas, en particular la tortura, resurgiría en la prensa francesa durante las próximas décadas con el juicio de Paul Aussaresses y las entrevistas que posteriormente otorgó, en el que siempre recalcó que no sentía ningún arrepentimiento por sus actos.

Paul-Alain Léger

El oficial al mando Paul-Alain Léger luchó en la segunda guerra mundial y participó en los acontecimientos de la guerra de Argelia. Léger, junto al (también excombatiente de la segunda guerra mundial) coronel Yves Godard, luchó contra la unidad territorial Wilaya III del coronel Amirouche Hamouda del Ejército de Liberación Nacional. Tanto Léger como Godard son recordados por la implementación de una técnica de guerra psicológica llamada “Bleuite” (complot

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

azul) que consistía en un sistema de rumores y pistas falsas para inducir la sospecha mutua en los grupos independentistas de la Wilaya III¹⁷, en particular liberando a miembros del FLN tras darles a entender que algunos de sus líderes trabajaban para el ejército francés. Siguió una ola de tortura y purificación, donde de dos a seis mil ejecutivos y militantes del FLN se mataron entre sí. Las purgas afectan entonces a todas las wilayas vecinas (Rousseau, 2019).

La forma en la que el ejército francés buscó extinguir el movimiento independentista del FLN recuerda a los mecanismos usados en América Latina para apaciguar disidencias, levantamientos e insurgencias ¿Podría ser esto entonces una casualidad o es más bien la capacitación de los ejércitos de América por parte de Europa? Olivieri nos menciona lo siguiente:

El período de la “guerra fría” y del nacimiento de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en 1948 se distingue por la promoción de actividades destinadas a asegurar una alianza continental anticomunista. Queda sin efecto la tradicional teoría de la no injerencia en los asuntos internos de los otros Estados. En 1954 se condena la revolución guatemalteca de 1944¹⁸, llevada a cabo con el apoyo de una parte del ejército, considerándola con características comunistas. Algunos meses más tarde, tropas mercenarias, sostenidas por los Estados Unidos, invaden Guatemala (Olivieri, 1984).

En 1959 triunfa la revolución cubana, que dará origen a una serie de reacciones en cadena. Inmediatamente, en la primera década de los años sesenta la Administración de Kennedy lanza con gran énfasis un programa de colaboración: “la Alianza para el Progreso”. Al mismo tiempo se realiza un cambio decisivo en la

¹⁷ Argelia se divide en wilayas o provincias, que son organizaciones territoriales o demarcaciones de dicho país.

¹⁸ La Revolución de octubre de 1944 en Guatemala fue un levantamiento popular que logró derrocar la dictadura de Jorge Ubico y sentó las bases de un cambio democrático y social. Iniciada por estudiantes, trabajadores y militares insatisfechos con las condiciones opresivas y las políticas autoritarias de Ubico, la revolución culminó en un gobierno de transición que permitió las primeras elecciones democráticas en décadas. Juan José Arévalo, elegido en 1945, implementó políticas en favor de la justicia social, educación, y derechos laborales, mientras que su sucesor, Jacobo Árbenz, impulsó reformas agrarias profundas que redistribuyeron la tierra en un intento por combatir la pobreza rural, lo que generó tensión con intereses estadounidenses en la región y finalmente llevó a su derrocamiento en 1954.

estrategia político-militar de los Estados Unidos en sus relaciones con las fuerzas armadas de las naciones del Sur; el verdadero alcance de esta mutación se hará más evidente en los años sucesivos. Confirmando esta afirmación se encuentran dos hechos significativos: a) las ayudas militares estadounidenses a América Latina pasan de 200.000 dólares en 1952 a 91 millones en 1961, que corresponden casi al doble de la suma concedida en 1960 (53 millones y 700.000 dólares) b) la Escuela Militar del Caribe de Fort Gulick, en la zona del canal de Panamá, fundada en 1949 principalmente para instruir técnicos del ejército de los Estados Unidos, desde el 1 de julio de 1933 se llama “Escuela Militar Estadounidense de las Américas” y su principal tarea es la de entrenar personal latinoamericano a los efectos de “reforzar la seguridad interna en la paz o en la guerra” (Olivieri, 1984).

Muchos de los jefes militares que han tenido un rol importante en los regímenes de los años sesenta y setenta se encuentran entre los diplomados latinoamericanos de la Escuela Militar (hasta 1964 eran 16,343, en relación con los 9,876 estadounidenses), Además de suministrar la instrucción para la lucha antisubversiva, los Estados Unidos insistían en la creación de una fuerza militar interamericana. En las reuniones de la OEA a esta iniciativa se oponen hasta los sectores que están más estrechamente vinculados a la potencia del Norte, tanto que, hacia la mitad de los años setenta, se debilitan las presiones en este sentido (Olivieri, 1984).

Un punto fundamental del problema se refiere al peso específico de los ejércitos en las sociedades latinoamericanas. Estos no sólo generalmente controlan el aparato tecnológico del Estado y administran los sectores clave del proceso productivo, sino que también durante un cierto período (los años setenta en general) habían creado “agencias” especializadas en la programación gubernativa e incluso auténticos centros ideológicos (Olivieri, 1984).

Todo esto explica por qué, culminando un proceso que comenzaba a manifestarse en la década de los años treinta, los regímenes militares de los años setenta en América Latina se presentaban cada vez más autosuficientes, es decir, con escasa participación de personal civil (directamente nula en los más altos niveles

decisionales). Cada vez más los golpes representaban las Fuerzas Armadas en su unidad y, en general, el más absoluto respeto de las jerarquías (Bolivia, 1964; Argentina, 1966 y 1976; Perú, 1968; Uruguay y Chile, 1973; Brasil, 1964).

II. Ejército norteamericano en la posguerra.

Uno de los emblemas de Estados Unidos es su ejército. La propaganda militar y el cómo la sociedad norteamericana ha tomado a las fuerzas armadas como un estandarte ha sido uno de los fenómenos sociales más destacables de los últimos tiempos, pero ¿Por qué las invasiones a Medio Oriente, Vietnam y las intervenciones en los gobiernos de América Latina quedan omitidos de ese discurso?

El periodo de posguerra en Estados Unidos se caracterizó por una lucha constante contra la Unión Soviética que no era necesariamente armada, sino una carrera armamentística, tecnológica, ideológica, política y por supuesto, militar. A este periodo que se le conoce como la **guerra fría**, enfrentaba a las dos potencias políticas que resultaron vencedoras de la segunda guerra mundial, pero tras vencer al fascismo, se debía definir si había vencido el socialismo de URSS o el capitalismo de Estados Unidos.

Como parte de la carrera por declararse vencedor de la guerra fría, Estados Unidos debía demostrar que su postura política e ideológica era incuestionablemente superior, por lo que los movimientos sociales al interior del país como las panteras negras, las luchas estudiantiles y la ideología *hippie* no ayudaban a la imagen que el Estado quería tener de sí mismo, por lo que debían silenciarse y ocultarse lo más pronto posible.

Panteras Negras.

El inicio de la guerra de Vietnam potenció al movimiento por los derechos civiles. Como había sucedido durante la segunda guerra mundial, los negros debían soportar las cargas más pesadas de la aventura bélica imperialista. No sólo eran proporcionalmente más los negros que eran reclutados al ejército, sino que una vez allí eran asignados a las tareas más riesgosas y morían en gran número (Bruno, 2009, pág. 4).

A finales de los años sesenta, surge en Estados Unidos el partido de las panteras negras, que era una organización política con una postura antibélica frente a la guerra de Vietnam durante el gobierno de Lyndon Johnson, que surgía en defensa de los ciudadanos afroamericanos en Estados Unidos frente a la violencia racial, la discriminación y la agresión policial, que continuaba la lucha enunciada en los discursos de Martin Luther King y Malcolm X. Sus integrantes desarrollaron diferentes programas sociales para atender necesidades de las comunidades negras, aun cuando se pronunciaban con un discurso violento y eran conocidos por portar armas.

A través de demandas hicieron saber al Estado cuál era su postura, crecieron su número de militantes y tuvieron presencia en gran parte de Estados Unidos, por lo que ya tenían suficiente relevancia para poder considerarse como una disidencia por parte del gobierno norteamericano y ser tratados como tal. La represión por parte del Estado no se hizo esperar y fueron atacados en diferentes ocasiones con armas de fuego por parte de la policía de Chicago,

En su libro “El asesinato de Fred Hampton: Cómo el FBI y la policía de Chicago mataron a una pantera negra” Jeffrey Haas (Hass, 2010) narra la persecución policial del que las panteras negras fueron víctimas. Relata los enfrentamientos con la policía y cómo fueron espiados, perseguidos y traicionados por un delator. Llama la atención la forma en la que describe la intervención policial, de una manera muy similar a la que señala Roger Trinquier en “la guerra moderna y su lucha contra las guerrillas” ¿Será que podemos rastrear las tácticas del ejército francés durante la guerra de Argelia, enseñadas en Fort Bragg en la policía de Chicago? ¿Qué

adiestramiento recibieron los policías de Chicago para lidiar con disidencias y movimientos armados?

Movimientos estudiantiles de los años sesenta en Estados Unidos.

La movilización de los sectores estudiantiles había comenzado a manifestarse a fines de la década de 1950, en solidaridad con las revoluciones coloniales y las luchas por los derechos civiles. La guerra de Vietnam le dio a este movimiento un impulso extraordinario, y sumó a nuevos contingentes juveniles a la acción política contra el imperialismo (Bruno, 2009, pág. 6). El movimiento estudiantil se da en un contexto histórico social de lucha, que coincide con otros movimientos en Europa y América, teniendo su auge en la década de los sesenta.

La juventud norteamericana reprobaba la guerra de Vietnam que había iniciado con el mandato de Lyndon Johnson. Se exigía un alto a la guerra y la retirada inmediata de las fuerzas armadas del territorio vietnamita. La agitación contra la guerra comenzó en los campus universitarios. En marzo de 1965 se realizó el primer “Teach-in”, una medida de protesta que consistía en quedarse en la universidad durante la noche, en asamblea, discutiendo sobre la situación política y escuchando intervenciones de estudiantes y docentes, en contra de la guerra. La lucha de los estudiantes en los campus universitarios se transformó enseguida en una lucha política antigubernamental en contra de la guerra. Uno de los rasgos fundamentales del movimiento eran las gigantescas manifestaciones callejeras de masas (Bruno, 2009. Pág. 7).

En las manifestaciones, jóvenes en edad militar, en un acto de desobediencia civil, quemaban públicamente sus cartillas de reclutamiento. La impopularidad del sistema de reclutamiento se debía también a que los jóvenes de clase media y alta eludían fácilmente ir a Vietnam. Allí eran enviados mayoritariamente los pobres y los miembros de las minorías raciales. Los afroamericanos representaban el 11% de la población total, en cambio suponían el 31% de las tropas destacadas en Vietnam. Por otra parte, nadie quería ir a morir en una guerra que parecía absurda,

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

a miles de kilómetros, en las selvas de un país desconocido y por motivos tan abstractos como “la defensa de la libertad” (Bruno, 2009. Pág. 8).

Las protestas de la juventud estadounidense no eran bien recibidas por el gobierno, no sólo debían mantener una imagen de que todo estaba en orden en Vietnam, también debían silenciar las voces que ponían en tela de juicio al ejército de los Estados Unidos y al mandato de Lyndon Johnson. El movimiento *hippie* que exigía la retirada de Vietnam predicaba el lema de *amor y paz* mientras estos mismos jóvenes eran brutalmente reprimidos por la policía con el uso de tácticas dispersión de motines y exceso de violencia, como si de una disidencia armada se tratara.

Guerra de Vietnam.

La noche del 30 al 31 de enero de 1968, en un país en guerra, se celebraba el Têt Nguyen Dan, la festividad del Año Nuevo Lunar. Esa misma noche 85 mil guerrilleros lanzaron un ataque masivo contra posiciones norteamericanas. La guerrilla del Frente de Liberación Nacional (FLN) de Vietnam, o Viet Minh (llamado Vietcong por los norteamericanos), atacó masiva y simultáneamente 36 de las 44 capitales provinciales, cinco de las seis ciudades autónomas y 64 de las 242 capitales de distrito de Vietnam del Sur. Además de las principales unidades militares, el edificio de la Junta de jefes, el cuartel general del ejército vietnamita del sur y varias embajadas. Cerca del paralelo 17, frontera en los “dos” Vietnam, tropas regulares de Vietnam del Norte también tomaron parte en los ataques. Se luchó en los jardines del palacio presidencial y un comando ocupó la embajada norteamericana en Saigón, la capital de Vietnam del Sur. Un grupo de 19 guerrilleros sostuvo su posición durante más de seis horas, luchando en “territorio norteamericano” (Bruno, 2009. Pág. 10).

El ejército estadounidense había sido sorprendido con la ofensiva del Tet, aún y cuando había una superioridad tecnológica y armamentística notable con respecto a las fuerzas armadas de Vietnam del Norte. Se esperaba que el ejército norteamericano tuviera una victoria aplastante contra “enemigos” con recursos

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

mucho más limitados, aun cuando los guerrilleros tenían la ventaja del terreno; el presidente de los Estados Unidos, Lyndon Johnson, promovía la idea del ejército como un estandarte del pueblo norteamericano y las constantes protestas a raíz de la guerra de Vietnam lo dejaban mal parado con la reelección de su mandato en puerta.

La guerrilla del Vietcong no logró tomar el poder y sufrió enormes bajas, de un tercio de sus efectivos, sin embargo, fue una victoria política y propagandística decisiva. Logró cambiar la percepción en el mundo sobre la marcha de la guerra de Vietnam: Estados Unidos la estaba perdiendo (Bruno, 2009. Pág. 11).

El impacto sobre la opinión pública norteamericana fue enorme. Las imágenes de la televisión, que poco antes había comenzado las transmisiones en vivo, sacudieron a los norteamericanos. La opinión pública se volcaba definitivamente en contra de la guerra. A ello contribuía enormemente la difusión de fotos, artículos periodísticos y reportajes televisivos que daban cuenta de atrocidades cometidas por sus propias tropas o las de sus aliados. La foto de una niña vietnamita de nueve años, que corre desnuda con el cuerpo en llamas mientras huye de un bombardeo con napalm, estremeció a la opinión pública. O la ejecución de un guerrillero recién capturado, en plena calle y con toda frialdad, por el jefe de la policía de Saigón, filmada y transmitida por la televisión norteamericana. Asimismo, la matanza de los pobladores de la aldea Mi Lay, en su mayoría ancianos, mujeres y niños, que protagonizó una unidad de infantes de marina, cubierta por corresponsales de guerra occidentales y ampliamente documentada (Bruno, 2009. Pág. 12-13).

La crueldad del ejército de los Estados Unidos hacía el pueblo de Vietnam marcó la historia, los soldados probaron de lo que eran capaces, dejando de lado la idea de heroísmo que representó alguna vez el ejército que combatió en la segunda guerra mundial, pero ¿qué cambió en la formación del ejército estadounidense desde 1945 hasta 1975? ¿cambiaron las tácticas de entrenamiento? ¿Acaso se institucionalizó la crueldad? ¿Qué papel juega la formación recibida en los centros

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

de entrenamiento militar en la facilidad con la que los militares ejercen de manera cruel la violencia legítima¹⁹ del Estado?

Las autoridades militares de Estados Unidos insistían en que se trataba de actos aislados, que los responsables fueron juzgados y condenados. De nada servía. Los periodistas iban tras la noticia, se trataba de la primera guerra televisada en directo y el alto mando no había medido el impacto de las noticias de Vietnam sobre su retaguardia. Los esfuerzos oficiales por ocultar las bajas propias o los abusos que ocasionalmente cometían sus tropas estaban condenados al fracaso (Bruno, 2009. Pág. 13).

Las lógicas imperialistas de Estados Unidos tuvieron gran alcance, pero no sólo fuera del continente americano, también había intereses de por medio en la época de la posguerra con respecto a los gobiernos de América Latina y Sudamérica. Intervenir en los asuntos políticos de los vecinos al sur era “necesario para salvaguardar los intereses que pudieran comprometer la integridad del pueblo norteamericano”²⁰, lo cual, inició **la guerra de baja intensidad** en el continente americano, con las lecciones que les había dejado la derrota frente a Vietnam.

III. Breve historia de la formación del ejército mexicano.

¿Por qué es importante ser críticos con la “historia oficial”? Considero que, como punto de partida, es crucial pensar por qué es necesaria una historia autorizada y quién la autoriza. En el caso del ejército mexicano, la historia del ejército según la SEDENA se encuentra fácilmente en una de las páginas administradas por el gobierno de México. A diferencia de cualquier página en la que se requiera hacer un trámite (como los trámites de un pasaporte, solicitudes de beca, etc.), esta página es bastante amigable, el desplazamiento es sencillo y los links que dan acceso a la información son bastante intuitivos; vienen por módulos, bloques históricos y no se muestra ninguna cita textual: la información nos es dada de forma

¹⁹ O violencia ilegítima, según las convenciones internacionales contra la tortura.

²⁰ Estas cuestiones respondían realmente a los intereses de las élites norteamericanas en plena guerra fría.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

directa, breve y sin referencias, porque ¿quién mejor que la SEDENA para contar su propia historia? ¿no?

Para abordar el contexto actual del ejército mexicano, pienso que es necesario partir desde la revolución mexicana, misma que dio paso a que los presidentes de México pertenecieran al entonces partido de Estado (lo que se conoce hoy en día como el Partido Revolucionario Institucional o por sus siglas: PRI) y fueran parte del ejército, “costumbre” que viene desde Venustiano Carranza. Ya con Porfirio Díaz se había afianzado la figura del general como presidenciable, sus victorias ante los ataques franceses al país formaron en el imaginario mexicano la idea de que un general podía gobernar un país que enfrentaba tanta inestabilidad política, pero ¿Podría pensarse entonces que el ejército mexicano podía determinar el clima político del país?

Sin dar mayor detalle que la designación como gobernante provisional a Francisco León de la Barra, la versión oficial del gobierno, menciona que Madero generó inestabilidad política en el país, misma que devino en la decena trágica, “levantamiento” militar que tenía como objetivo derrocarlo de la presidencia.²¹ La importancia de no mencionar las palabras “golpe de Estado” en la versión oficial de la historia da cuenta de una necesidad de ocultamiento de las formas de operar del ejército, ya que se diría abiertamente que ha participado directa y activamente en el horizonte político de México de formas violentas y autoritarias.

La Decena Trágica, llamada así por comprender un periodo de diez días, que tuvo lugar entre el 9 y el 19 de febrero de 1913, marcó el final del gobierno democrático de Francisco I. Madero y el inicio de un régimen dictatorial liderado por Victoriano Huerta. Además de las pérdidas humanas y el impacto político inmediato, este acontecimiento tuvo repercusiones duraderas en la relación entre las instituciones castrenses y el poder civil, transformando el papel del Ejército Mexicano en la vida política del país.

²¹ SEDENA Historia del ejército mexicano. <https://www.gob.mx/sedena/documentos/historia-del-ejercito-mexicano>

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

El México de principios del siglo XX estaba marcado por una lucha constante entre el progreso democrático y las fuerzas reaccionarias. Tras la Revolución Mexicana, Francisco I. Madero asumió la presidencia en 1911, representando un cambio hacia la democracia y la justicia social. Sin embargo, su administración enfrentó grandes desafíos, como el descontento de las élites, la resistencia de los remanentes del régimen porfirista y las crecientes tensiones internacionales. (Historia de México, s.f.). Cabe mencionar que Madero carecía de un apoyo consolidado en las fuerzas armadas, lo que lo dejó vulnerable ante conspiraciones militares. Esta debilidad estructural fue clave para el estallido de la Decena Trágica.

El conflicto comenzó el 9 de febrero de 1913 con una rebelión encabezada por Félix Díaz, Bernardo Reyes y Manuel Mondragón, quienes buscaban derrocar a Madero. En los primeros días, los rebeldes lograron acuartelarse en la Ciudadela, desde donde resistieron los ataques del ejército leal al gobierno. A pesar de los esfuerzos iniciales por controlar la situación, la traición del general Victoriano Huerta, quien se alió con los golpistas, selló el destino del régimen maderista (Briceño, 2021).

El 18 de febrero, se firmó el "Pacto de la Embajada", facilitado por el embajador estadounidense Henry Lane Wilson. Este acuerdo desconoció al gobierno de Madero y consolidaba a Huerta como líder del nuevo régimen. Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez fueron arrestados y, días después, asesinados en circunstancias que aún generan controversia (Briceño, 2021).

El ascenso de Huerta al poder marcó el fin de un breve periodo democrático y el inicio de una dictadura. Este cambio desató una reacción violenta por parte del movimiento constitucionalista, encabezado por Venustiano Carranza, que buscaba restaurar el orden democrático. La Decena Trágica también provocó una profunda desconfianza hacia las fuerzas armadas, percibidas como herramientas de intereses políticos y económicos particulares (Briceño, 2021).

A nivel internacional, el episodio deterioró la imagen de México, especialmente debido al involucramiento del embajador estadounidense en la conspiración. Este factor alimentó tensiones que continuarían influyendo en la política exterior mexicana durante décadas.

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

Uno de los legados más importantes de la Decena Trágica fue su impacto en la estructura y la percepción del Ejército Mexicano. La traición de Huerta evidenció la necesidad de una reforma profunda para garantizar la lealtad de las fuerzas armadas al Estado y no a intereses personales o facciones políticas. En el contexto actual, los retos de la relación entre el poder civil y las fuerzas armadas permanecen vigentes, haciendo de este episodio una referencia crucial para entender los desafíos históricos y contemporáneos del país.

El resultado de la decena trágica, además de las numerosas bajas civiles, fue la muerte de Francisco I. Madero y la imposición del gobierno de Victoriano Huerta, quien con la ayuda del ejército federal pudo lograr el golpe de Estado. La reacción a la violenta toma de poder fue inmediata; El Plan de Guadalupe, en el artículo 4° se describía: “Para la organización del ejército encargado de hacer cumplir nuestros propósitos, nombramos como primer jefe del Ejército, que se denominará “Constitucionalista,” al ciudadano Venustiano Carranza, gobernador del Estado de Coahuila”, pavimentando así, la caída del gobierno impuesto por Victoriano Huerta a través del golpe de Estado que orquestó; Huerta dimitió a la presidencia el 15 de julio de 1914.

De acuerdo con la historia oficial y como parte de las acciones que Carranza realiza en contra de Huerta, fueron emitidos decretos que permitieron la admisión de tropas exmilitares que habían pertenecido a la facción maderista o al mismo Ejército Federal siempre que se presentaran dentro de un plazo de treinta días a la fecha de publicación del Plan de Guadalupe. También organizaron un escalafón de jefes y oficiales con nuevos grados, por último, fomentaron la adquisición de armas y municiones provenientes de los Estados Unidos de América²². Considero importante resaltar que en esta versión oficial se destaca la participación y apoyo de Estados Unidos en el conflicto ¿Será que Estados Unidos apoyó al bando que consideraba más apegado a sus intereses y a quien le convenía que ganara el conflicto o solo fue una ayuda desinteresada?

²² Ibid.

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

De manera posterior a la disolución del ejército federal, en el 5 de febrero de 1917 se promulgó la Constitución Mexicana por Venustiano Carranza; más tarde en ese mismo año, comenzó su mandato como Presidente de la República, siendo el primero en una larga lista de presidentes que previamente fueron militares, dictando así la política mexicana del inicio del siglo XX.

El ejército como lo conocemos se funda en 1913, sin embargo, es hasta 1937 que se funda la SEDENA; a la par, se le va dando forma al partido de Estado que eventualmente pasaría a convertirse en lo que hoy conocemos como Partido Revolucionario Institucional (PRI), partido de larga tradición en México, que tuvo control absoluto durante todo el siglo XX, fundado y representado por militares. Durante la inestabilidad política mundial producto de los eventos de la segunda guerra mundial, los militares al frente del gobierno mantuvieron el control del país y fue hasta la transición del exmilitar Manuel Ávila Camacho al empresario Miguel Alemán que se rompió la tradición militares gobernantes. Durante el gobierno de Miguel Alemán se creó el Departamento de Industria Militar; para evitar la fuga de divisas y que nuestro país fuera autosuficiente en esa materia. De igual manera, se fundó el Banco del Ejército²³. En esta transición sería válido preguntarse las razones por las cuales los militares decidieron dejar las riendas del país a los civiles, más allá de los intereses económicos y de desarrollo social del país.

A pesar del término de los gobiernos de los mandatarios militares, los presidentes que siguieron tuvieron bastantes concesiones con el ejército mexicano, subiendo salarios, aumentando prestaciones, facilitando su operación, etc. Por otra parte, en el periodo de la guerra fría, México estuvo “alineado” con los intereses de Estados Unidos para “combatir” al comunismo en todas sus formas, pareciera que se cooperaba con los norteamericanos sin resistencia alguna, parte de ese combate dio origen a lo que se le conoció como **la guerra sucia**, ya que Estados Unidos veía con malos ojos que “células comunistas” se estuvieran formando al interior de su “aliado” y vecino.

²³ Ibid.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

La mano de Estados Unidos y de las esferas militares en México tuvo varios episodios escabrosos en la historia reciente: la matanza de estudiantes que tuvo lugar del 2 de octubre del 1968 no solo dejaba en evidencia la tendencia del gobierno hacia las maniobras militares, sino al autoritarismo y brutalidad que caracterizaron al ejército y al gobierno en el siglo XX, que tenían como objetivo el suprimir “levantamientos” mediante la represión violenta.

La tendencia a la violencia y la represión por parte del Estado y el ejército mexicano continuó hasta 1990, dejando episodios como el “**halconazo**” y represiones electorales en todo el país. Durante este periodo de guerra sucia empieza la institucionalización de la violencia y la tortura como parte de la formación y operación del ejército. Las tácticas de terror y **guerra de baja intensidad** se convierten en el operar del ejército mexicano y su forma más sofisticada hasta esa fecha fue empleada contra el movimiento zapatista del EZLN en 1994, mismo que desarrollaré más adelante en los apartados siguientes.

El ejército mexicano y el estadounidense han tenido una relación estrecha, que se antoja más como un cumplimiento de favores en respuesta de otros: Si Estados Unidos entrena a nuestras fuerzas especiales, México debe ceder espacios estratégicos para Estados Unidos, por poner un ejemplo, y, en todo caso, habría que analizar si esa necesidad de entrenamiento de fuerzas especiales no es una necesidad que Estados Unidos creó en el ejército mexicano. En el tintero se quedan todos esos golpes de Estado de la segunda mitad del siglo XX que los estadounidenses han gestado en América Latina y Sudamérica por medio de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) cuando aquellos países buscaban alternativas a la hegemonía norteamericana. Quizás en un trabajo posterior que le dé seguimiento a esta investigación pueda profundizar en dicha elaboración

La guerra de baja intensidad.

¿Qué es la guerra de baja intensidad? Francisco Pineda la define como una noción clave de la actual estrategia militar de Estados Unidos, para combatir las

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

revoluciones, movimientos de liberación o cualquier conflicto que amenace sus intereses. Sus principales objetivos son: a) Contrainsurgencia: derrotar movimientos de rebelión popular, b) Reversión: derrocar gobiernos revolucionarios o los que no se ajustan plenamente a los intereses estadounidenses y c) Prevención: ayudar a gobiernos aliados de Estados Unidos a evitar su desestabilización. La victoria que persigue la estrategia de guerra de baja intensidad no es sólo militar. Busca una victoria más completa, efectiva para un largo plazo, mediante el aniquilamiento de la fuerza política y moral de la insurgencia (Pineda, 1996. Pág. 1).

En la guerra de baja intensidad es primordial la neutralización de guerrillas por la vía del terror y la ilegalidad. Para esto se valen de estrategias como la desterritorialización, la desestabilización al interior de sus filas, el recorte de suministros y el hostigamiento. En ocasiones, parte de los principales elementos de la guerra de baja intensidad consta de la implementación de agrupaciones paramilitares que, fuera de las operaciones militares, puedan operar como un tercero que opera en la absoluta ilegalidad y apoya las intervenciones militares, ya sea en enfrentamiento armado directo o aplicando tácticas del miedo y el terror.

El principal teatro de operaciones de la guerra de baja intensidad son los países del llamado Tercer Mundo. La guerra de baja intensidad significa la intervención estadounidense en los asuntos internos de otros países. Sin embargo, los militares consideran que ésta también puede ser necesaria para reprimir conflictos internos, dentro de países como Estados Unidos (Pineda, 1996. Pág. 2) tal y como ocurrió con los conflictos con las panteras negras, el movimiento estudiantil y el movimiento *hippie*.

Las formas de la guerra de baja intensidad son muchas. Se asocian con situaciones de inestabilidad, contención agresiva, paz armada, conflictos militares cortos, antiterrorismo, antisubversión, conflictos internos, guerra de guerrillas, insurrecciones, guerras civiles, guerra irregular o no convencional, guerra encubierta, guerra psicológica, operaciones paramilitares, operaciones especiales, invasión, etcétera (Pineda, 1996. Pág. 2).

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

Desde la segunda guerra mundial hasta finales de los años setenta, en el Tercer Mundo se produjeron ciento veinte guerras, con un saldo de más de 10 millones de muertos. Nixon observaba que nunca en la historia había existido un conflicto de tan grandes proporciones y tan extenso como la guerra del Tercer Mundo. Nixon y muchos generales estadounidenses consideraron, desde el principio de la década de los ochenta, que la guerra en los países más pobres del mundo era el desafío mayor, y que Estados Unidos y sus aliados no podrían vencer si empleaban las formas tradicionales de hacer la guerra. Consideraron que la superioridad de las fuerzas convencionales nada puede conseguir en contra de fuerzas no convencionales. Desde entonces, ellos se propusieron hacer un cambio global en su estrategia militar contrarrevolucionaria bajo el lema "No más Vietnams". El primer paso de los estrategas estadounidenses después de Vietnam fue evaluar los errores cometidos en la conducción política y diplomática de la guerra, en la coordinación de las instancias que tomaron las decisiones, en el aprovechamiento de la información de inteligencia y en el tratamiento de los medios de comunicación (Pineda, 1996. Pág. 3).

El segundo fue hacer todo lo posible para recuperar la iniciativa e impedir a toda costa nuevas victorias de los pueblos oprimidos en el Tercer Mundo. En esta línea, lo fundamental no era decidirse por la intervención o no intervención, sino intervenir victoriosamente. Y una de las condiciones para lograrlo consistía en estudiar qué tipo de conflicto tenían enfrente. Una forma de distinguir los conflictos es observar si se trata de guerras regulares o irregulares. Pero luego de la derrota estadounidense en Vietnam se concluyó que, además de la forma, era necesario calcular la intensidad (Pineda, 1996. Pág. 4).

Como complemento del conflicto de baja intensidad, la guerra psicológica juega un papel muy importante. Desde el punto de vista de los militares estadounidenses, la tortura o la explotación de la mente humana con objetivos militares son campos que requieren especial atención. Consideran que las "armas mentales" serán de invaluable ayuda en los conflictos de baja intensidad, sobre todo cuando pequeños grupos de militantes se encuentren en estrecha relación y desconozcan la

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

psicología de los demás. Las "armas mentales" permitirán al comandante de una guerra de baja intensidad trabajar el aspecto psicológico, para infiltrar a los grupos rebeldes (Pineda, 1996. Pág. 12).

También consideran que debido a que se vive en una época nuclear, hay efectos psicológicos de miedo. La amenaza es la madre de todas las coaliciones y, cuando no se percibe, la opinión pública reduce considerablemente la atención necesaria para la defensa. Al finalizar la Guerra Fría (dicen militares y políticos de Estados Unidos) la amenaza principal está en el Tercer Mundo. Los productos de mayor consumo se refieren a este tema en el cine, la televisión y los libros. En el futuro, consideran, las amenazas terroristas serán más grandes dentro del territorio estadounidense. La preocupación central en "la defensa paranoica" está en tratar de convencer a los ciudadanos de que la sociedad no puede proteger a las personas y a sus propiedades (Pineda, 1996. Pág. 12).

Los problemas que observan el Pentágono y sus centros académicos para la implementación de una nueva estrategia tecnológica en la guerra del Tercer Mundo se refieren principalmente a las características del terreno, el clima y las condiciones políticas. Consideran que el más difícil de ellos es el factor político; la interacción de los problemas políticos locales, las limitantes del terreno, el clima y otras condiciones locales es considerada especialmente (Pineda, 1996. Pág. 18) por lo que la intervención de los gobiernos en contra de la ideología norteamericana, deben ser de alguna forma sometidos, ya sea por la instalación de un gobierno de derecha alineado con los intereses de Estados Unidos y declarado aliado o bien, por la implementación de una guerra de baja intensidad que desestabilice al gobierno local en lo económico y político, con pocas balas y sin necesidad de "repetir Vietnam"

Las intervenciones estadounidenses y de otras potencias en la guerra del Tercer Mundo no serán exitosas si esas fuerzas no son capaces de distinguir a sus amigos de sus enemigos locales. Por eso, agregan, a nivel nacional una apropiada estrategia tecnológica debe incluir subestrategias para la venta de armas y la transferencia tecnológica a los gobiernos aliados (Pineda, 1996. Pág. 19),

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

entrenamiento de soldados de gobiernos vecinos, instaurando por medio del entrenamiento militar (en lugares como el Centro para la Guerra Especial "John F. Kennedy" en Fort Bragg) las lógicas del ejército de los Estados Unidos, todo como parte de una guerra de baja intensidad, disfrazada de colaboración y buena fe.

La colaboración entre México y Estados Unidos en materia militar tiene una larga historia, no sólo por su cercanía, sino por el interés de mantener controlado el narcotráfico en México desde 1999. A raíz de este problema, ambas naciones han colaborado de diferentes maneras y ha sido el gobierno mexicano el que ha optado por la capacitación de sus militares en diferentes escuelas militares de Estados Unidos, como Fort Bragg y el Centro de Operaciones Psicológicas del pentágono (Lozano, 2010).

En 2007 se llevó a cabo, el plan o Iniciativa Mérida, que es fundamentalmente un esquema de cooperación bilateral entre Estados Unidos y México, donde los ejércitos de Centroamérica y México fueron entrenados por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de EU, este país vecino dio 400 millones de dólares para México y 65 millones de dólares para Centroamérica, con el objetivo de combatir la delincuencia organizada, especialmente al narcotráfico (Lozano, 2010).

La formación de militares mexicanos en Estados Unidos ha sido tan bien manejada que el pueblo mexicano lo considera como un acierto, una manera de entrenar a nuestros soldados con el máximo referente militar de América y de buena parte del mundo. La guerra de baja intensidad a México por parte de Estados Unidos, que financia a las tropas mexicanas, formándolas y entrenándolas, así como la intervención directa de militares y cuerpos de inteligencia estadounidenses en suelo mexicano, ha sido satisfactoriamente implementada, las políticas públicas y las iniciativas gubernamentales se han apegado a los intereses y necesidades de Estados Unidos, incluso, los militares mexicanos utilizan la táctica de la guerra de baja intensidad contra lo que el gobierno considere como "disidentes y guerrillas" tal y como sucedió con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Conflicto entre el ejército federal vs los ejércitos revolucionarios

Gilberto López y Rivas señala que el gobierno de Vicente Fox dio continuidad a la estrategia de contrainsurgencia y paramilitarismo en Chiapas, últimamente definida como "guerra de desgaste o integral", y que muchos han denominado de "baja intensidad", sin embargo, advierte que quienes utilizan el concepto de baja intensidad minimizan sus efectos destructivos en la población, enfatiza el hecho de que no existen grandes batallas ni enfrentamientos abiertos y sería, por tanto, una guerra menos cruenta que la convencional, de menor escala (López y Rivas, 2003). Las tácticas de la guerra de baja intensidad no necesariamente conllevan el uso de la "guerra psicológica" como única herramienta, ya que los enfrentamientos armados fueron parte del conflicto entre el ejército mexicano contra el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

La guerra de baja intensidad no busca sólo una victoria militar sino persigue el aniquilamiento de la fuerza política y moral de la insurgencia, además de hacer un uso limitado de la fuerza, aunque no se descarte que ante un eventual fracaso pueda transformarse en una *guerra de mediana intensidad*²⁴. Esta estrategia busca responder a las más diversas circunstancias. Se instrumenta en situaciones de inestabilidad, contención agresiva, paz armada, conflictos militares cortos, guerra de guerrillas, antsubversión, antiterrorismo, conflictos internos, insurrecciones, guerras civiles, guerra irregular o no convencional, guerra encubierta, guerra psicológica, operaciones paramilitares, operaciones especiales, etcétera (López y Rivas, 2003).

Gilberto López y Rivas insiste que en México existe una experiencia de muchas décadas de utilización de estos recursos ilegales en el combate a grupos guerrilleros y movimientos estudiantiles, políticos, sociales y civiles. Los Halcones, el Batallón Olimpia y la Brigada Blanca fueron agrupamientos integrados desde el Estado para efectuar misiones ilegales y clandestinas contra el pueblo; grupos a los que hay que distinguir de las famosas "guardias blancas" o guardias privadas

²⁴ Cursivas mías, JG

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

de los finqueros en Chiapas y otros lugares de la república, que también han sido ejemplo del ejercicio de la violencia extralegal (López y Rivas, 2003).

Antes de continuar, es necesario mencionar a las agrupaciones paramilitares, pues su participación fue central en la guerra contrainsurgente contra el EZLN. Los paramilitares son aquellos que cuentan con organización, equipo y entrenamiento militar, a los que el Estado delega el cumplimiento de misiones que las fuerzas armadas regulares no pueden llevar a cabo abiertamente, sin que eso implique que reconozcan su existencia como parte del monopolio de la violencia estatal. Los grupos paramilitares son ilegales e impunes porque así conviene a los intereses del Estado. Lo paramilitar consiste entonces en el ejercicio ilegal e impune de la violencia del Estado y en la ocultación del origen de esa violencia.

El paramilitarismo sirve a los fines de la contrainsurgencia, destruyendo o deteriorando severamente el tejido social de las comunidades que apoyan a la guerrilla, actúa bajo las más diversas expresiones, agrediendo a prestadores de servicios sociales en campamentos de desplazados, originando condiciones de expulsión de las comunidades indígenas y campesinas, coaligándose con autoridades civiles, ejerciendo acoso mediante el accionar de jueces y policías judiciales, infiltrando asociaciones religiosas, realizando labores de inteligencia, planteando disyuntivas desarrollistas que ocasionen deterioro ambiental, ubicando como enemigos del desarrollo a las comunidades que se niegan a seguir la lógica del capital y, sobre todo, originando o aumentando la espiral de la violencia en las comunidades, haciendo de ésta un modo de vida (López y Rivas, 2003).

Desde que se inició la guerra contrainsurgente en el sureste mexicano, se incrementaron las acciones y agresiones contra las comunidades zapatistas. La masacre de Acteal fue el punto culminante de esta guerra: el 22 de diciembre de 1997 ocurre la incursión de un grupo de 60 paramilitares en Acteal, municipio de Chenalhó, Chiapas, dejó un saldo de 55 indígenas tzotziles muertos entre los que se encontraban 18 mujeres, 16 niñas, 4 niños y 17 hombres. Doce de las víctimas murieron por golpes o heridas punzocortantes, mientras que los asesinados por armas de fuego recibieron proyectiles expansivos por la espalda. Otros 26

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

indígenas fueron lesionados gravemente. A lo largo de los años, los resultados de esa guerra de baja intensidad fueron: miles de desplazados, decenas de muertos, violaciones, destrucción de cultivos, casas y de los pocos bienes que tienen las comunidades zapatistas; terror permanente, represión, prostitución, alcoholismo, descomposición social, división familiar y más efectivos militares (Santamaría, 2022).

Los compromisos económicos y políticos del régimen con el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC), así como con el gobierno estadounidense de Bill Clinton, quien le prestó al gobierno mexicano millones de dólares después de la crisis económica de diciembre de 1994, obligaban a Zedillo a aniquilar el movimiento zapatista (Santamaría, 2022). El gobierno mexicano ya se encontraba velando por los intereses del Estado norteamericano; los compromisos realizados eran más bien una forma de manipulación para evitar que cualquier disidencia no conveniente para Estados Unidos surgiera en los países de Latinoamérica y Sudamérica, a la usanza de las lógicas de Nixon, que consideraba que la verdadera amenaza se encontraba en los países del Tercer Mundo.

El gobierno foxista dio continuidad a la política y guerra de baja intensidad en Chiapas, apuntalando la contrainsurgencia, manteniendo la militarización y paramilitarización y el cerco político-militar contra el EZLN y las comunidades zapatistas, cooptando a organizaciones campesinas con apoyos económicos, instrumentando programas desarrollistas, desalojando a comunidades indígenas. Al mantener y profundizar las políticas neoliberales instrumentadas en México, el gobierno de Vicente Fox asumió los compromisos con el capital y los organismos financieros que tenían los anteriores gobiernos, profundizó sus relaciones y dependencia con Estados Unidos, mantuvo incólume el Tratado de Libre Comercio, dio manga ancha al capital financiero en el país buscando privatizar sectores estratégicos de la economía (como el energético), y amplió la dependencia alimentaria con el vecino país del norte, todo ello paralelamente a la descapitalización y postración económica del campo (Santamaría, 2022).

Las tácticas de la guerra de baja intensidad, el uso de agrupaciones paramilitares y la militarización del país como medida cautelar ante las actividades ilegales del narcotráfico se han mantenido como el *modus operandi* del ejército federal hasta nuestros días.

IV. El Estado-nación y la idea del patriotismo.

El discurso de los militares con los que he trabajado se ha enfocado en una buena parte en su postura frente a la defensa de la nación y del patriotismo que esto implica. La mención de estos conceptos me hizo saber que estaba omitiendo una parte fundamental en mi problematización ¿A qué se refiere uno cuando dice “nación”? ¿Qué implica el patriotismo? Son elementos mediante los cuales se forma el discurso del soldado para justificar sus acciones frente al pueblo mexicano, por lo que el análisis y cuestionamiento de estos elementos resulta central en la problemática cuando se pregunta por el funcionamiento del dispositivo de formación militar.

Nación

Para poder problematizar un concepto como *nación*, es necesario hacer un rastreo histórico de sus orígenes, ya que las definiciones exactas en las ciencias sociales son cuando menos, problemáticas. Dar una definición sobre un concepto como el de nación es reduccionista y da la ilusión de que puede comprenderse en su totalidad, por lo que no apelaré a dar definiciones de diccionario.

En orden de partir de un punto que permita pensar y articular, retomo la propuesta de Benedict Anderson, citando a Seton-Watson, para definir el concepto de nación: “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” Es “imaginada” porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión La nación es en sí misma limitada, con delimitaciones geográficas demarcadas por otras

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

naciones y también es comunidad porque, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. Es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos que tantos millones de personas se maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas (Anderson, 1993).

Benedict Anderson retoma una frase de Debray que dice “Si, es enteramente accidental que yo haya nacido francés, pero después de todo, Francia es eterna.” Cuando se piensan conceptos como el de nación, es muy fácil caer en la idea de que han existido desde siempre y que trascienden cualquier elemento cultural y social. El sujeto entonces procede a concebir una idea cristalizada de estos conceptos y los asume como inamovibles y en particular en esta investigación, el que la nación se conciba como eterna para el soldado, sostiene cualquier número de elementos imaginarios que se ponen en juego en su formación.

Para pensar históricamente el concepto de nación, Anderson hace un rastreo desde las prácticas de las comunidades religiosas y del modo de gobierno dinástico, Sin embargo, considera que sería miope la concepción de las comunidades de naciones imaginadas como algo que simplemente surgió de las comunidades religiosas y los reinos dinásticos para sustituirlos (Anderson, 1993). Para que la concepción de nación fuera prefigurada, tuvo que basarse en las prácticas de sus modelos predecesores, reutilizar las maquinarias anteriores que sentaron las bases para que la nación pudiera establecerse.

Anderson sostiene que la posibilidad de imaginar a la nación sólo surgió en la historia cuando tres concepciones culturales fundamentales, todas ellas muy antiguas, perdieron su control axiomático sobre las mentes de los hombres. La primera era la Idea de que una lengua escrita particular ofrecía un acceso privilegiado a la verdad ontológica, precisamente porque era una parte Inseparable de esa verdad. Fue esta idea la que creó las grandes hermandades transcontinentales del cristianismo, el islam y todas las demás. La segunda era la creencia de que la sociedad estaba naturalmente organizada alrededor y bajo centros elevados: monarcas que eran personas diferentes de los demás seres humanos y gobernaban mediante alguna forma de dispensa cosmológica (divina).

Las lealtades humanas eran necesariamente jerárquicas y centripetas porque el gobernante, como la escritura sagrada, era un nudo de acceso al ser y algo inherente a él. La tercera era una concepción de la temporalidad donde la cosmología y la historia eran indistinguibles, mientras que el origen del mundo y el del hombre eran idénticos en esencia. Combinadas, estas ideas arraigaban firmemente las vidas humanas a la naturaleza misma de las cosas dando cierto sentido a las fatalidades de la existencia de todos los días (sobre todo la muerte, la pérdida y la servidumbre), y ofreciendo, en diversas formas, la redención de tales fatalidades (Anderson, 1993).

En todo este contexto, queda preguntarse ¿cómo se estableció una nación cuando la sola idea de pensar un modelo político diferente al de los estados dinásticos era en esencia imposible? Los Romanov gobernaban a tártaros y letones, alemanes y armenios, rusos y fineses. Los Habsburgo regían a magiares y croatas, eslovacos e italianos, ucranianos y austroalemanes (Anderson, 1993) ... Anderson se pregunta entonces sobre cuál nacionalidad se le debería asignar a los Borbones que gobernaban Francia y España o a los Hohenzollern que gobernaban Prusia y Rumania. En muchos casos, los representantes de las dinastías en estas regiones no hablaban la lengua del lugar y en el núcleo de los imperios dinásticos estaban surgiendo resistencias que no sólo tenían que ver con condiciones raciales o expresiones del lenguaje, existía una identificación con la comunidad a la que los dominados pertenecían y se formaba una resistencia en contra del dominio “extranjero”, que prefiguraba ya el *nacionalismo* como una ideología.

La primera guerra mundial acabó con las grandes dinastías de los Romanov y los Habsburgo, entre otras. En su lugar surgía la liga de las naciones y la norma internacional legítima fue la *nación-Estado*. Tras la segunda guerra mundial, el modelo de la nación-Estado se había consolidado con su carácter propio, que sin embargo sólo puede comprenderse en términos de la sucesión de los modelos que hemos venido considerando, con la agravante de que, considerando el modelo norteamericano, tomaban como ejemplo la agenda populista y es por esto que Anderson considera que las políticas de "construcción de la nación" de los Estados

nuevos vemos tan a menudo un auténtico entusiasmo popular nacionalista y una inyección sistemática, incluso maquiavélica, de ideología nacionalista en los medios de información de masas, el sistema educativo, las regulaciones administrativas, etc. (Anderson, 1993).

Estado

Para pensar al Estado, y reiterando mi profundo desdén por las definiciones de libro de texto, me gustaría partir de la definición de dicho concepto desde la “definición oficial” del Sistema de Información Legislativa (SIL) de la Secretaría de Gobernación:

“(El Estado) es la máxima organización política que se presenta en Europa a partir del siglo XIII, la cual centraliza el ámbito de las relaciones políticas en un territorio, con un mando político dominado por una estructura burocrática que ostenta el monopolio legítimo de la coacción y coerción.

Estructura que da vida al conjunto de instituciones políticas modernas y de las que se desprenden el Sistema Político, Régimen, Gobierno y Administración Pública. Herman Heller lo define como la “estructura económica, jurídica y política de dominación, independiente en lo exterior e interior, con medios de poder propios, que organiza la cooperación social territorial con base en un orden legítimo”. Para Max Weber, el Estado es una organización que cuenta con el monopolio de la violencia legítima.

El Estado tiene cuatro elementos básicos y generales: 1) posee gobierno (poder político), 2) tiene un pueblo (como nación); 3) ostenta territorio; y, 4) está regulado con base en un estado de derecho que lo legitima y que basa su organización en la división de poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

Es importante señalar que el politólogo Norberto Bobbio considera que la complejidad para estudiar el concepto radica en que éste puede ser analizado desde la historia de las instituciones políticas o desde la historia de las doctrinas que diversos estudiosos del tema han hecho. Asimismo, considera que existen

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

argumentos para considerar que el Estado surgió desde la antigüedad, con la disolución de la comunidad primitiva basada en vínculos de parentesco y la aparición de la civilización y sus diversas formas de dominación política; y otro punto de vista considera que es únicamente producto de la modernidad y del estado particular de organización política que se derivó del declive de las organizaciones políticas medievales, donde al principio se establecen monarquías absolutas y después se dio paso a organizaciones delimitadas por el derecho y la división de poderes.

De la mano de Anderson, hemos podido ver brevemente las formas y los mecanismos mediante los cuales se formaron los estados-Nación, presentándose a sí mismos como una necesidad para la existencia de la vida en comunidad. Desde la definición de Estado que plantea el Sistema de Información Legislativa (SIL) de la Secretaría de Gobernación, resulta un poco más sencillo comprender que los mecanismos del Estado apuntan a la gobernabilidad del pueblo, valiéndose de técnicas para garantizar su continuidad, presentándose a sí mismo como aquel que establece las leyes, la demarcación geográfica y administra a quienes se encargaran de regir el poder político.

El Estado, a través de estas prácticas, justifica su existencia administrando la vida política, económica y cultural de un pueblo; aprende a medir y contabilizar para poder establecer estrategias de gobernabilidad, haciendo uso de la *estadística*²⁵ para parametrizar, censar y convertir en números a los habitantes del Estado-nación. No resulta nada extraño entonces que, debido a su abarcabilidad, se piense que el Estado-nación es eterno, que existe desde siempre y que, sobre todo, es necesario para la capacidad organizativa de un pueblo.

²⁵ Del latín *statisticus*, que significa relativo al Estado.

Patriotismo

Para Anderson, las naciones pretenden inspirar amor, y a menudo, un amor profundamente abnegado. Los frutos culturales del nacionalismo: la poesía, la literatura novelística, la música, las artes plásticas revelan este amor muy claramente en miles de formas y estilos diferentes. En esta forma, la nacionalidad se asimila al color de la piel, el sexo, el linaje y la época de nacimiento: todas estas cosas no podemos escogerlas.

Las grandes guerras del siglo XX son extraordinarias no tanto por la escala sin precedentes en que permitieron a la gente matarse cuanto por los números colosales de quienes fueron persuadidos para que ofrendaran su vida. El hecho de morir por la patria, que de ordinario nadie escoge, supone una grandeza moral que no puede tener el hecho de morir por el Partido Laborista, la Asociación Médica Norteamericana, o quizá incluso Amnistía Internacional, porque todos éstos son organismos a los que nos podemos afiliar o renunciar a voluntad (Anderson, 1993).

¿Qué se pretende forjar en el integrante de una nación cuando se le inculca que su himno nacional, su escudo y su bandera son los máximos símbolos de su país? ¿Existirá alguna intención por parte del Estado que desde la infancia se solicite al mexicano entonar con respeto el himno nacional con la misma letra, lenguaje y música y que suene igual tanto Campeche como en Sonora?

Es entonces prerrogativa del Estado-nación que se forje un espíritu de pertenencia anudado a condiciones culturales que pretenden ser esencialistas de un país, mismas que no pueden ser elegidas y son absolutamente aleatorias. El nacionalismo y el patriotismo son entonces figuras sociales que el Estado pretende encarnar en sus integrantes, orientando su sentido pertenencia y su sistema de creencias, que eventualmente, coaccionen al sujeto a reaccionar en función de la defensa de su Estado-nación.

El patriotismo podría considerarse entonces como un elemento fundamental en las formas de operar el Estado-nación. La pertenencia a un lugar geográfico no es suficiente para coaccionar al sujeto, el Estado entonces organiza un sistema de

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

símbolos culturales que le permiten a sus integrantes sentir “orgullo” por pertenecer a un país y no a otro, que busca enaltecer y destacar dichos elementos en el discurso del Estado y como consecuencia, de su pueblo. Pensar al patriotismo como parte del dispositivo de formación militar daría cuenta de por qué los soldados operan y justifican sus acciones como “la defensa de la soberanía de la nación”, el por qué se les inculca que el himno, la bandera y el escudo son el máximo símbolo de respeto nacional y cómo éstos símbolos ordenan las formas y mecanismos de identificación al interior del ejército.

El abordaje del análisis institucional sobre la nación y el Estado.

Una vez expuesta una breve historización de los conceptos de nación y Estado, considero que es pertinente mostrar cuál es la perspectiva de la psicología social, y, por lo tanto, de esta investigación, partiendo específicamente desde el análisis institucional.

Roberto Manero retoma las elaboraciones de Henri Lefebvre en torno al Estado en las que menciona que el Estado asume, de manera posterior a los procesos de reconstrucción de la segunda guerra mundial, el crecimiento económico de las naciones; como consecuencia, dicha gestión estatal fue modificando la estructura geográfica de las ciudades. El Estado al crear su propio espacio gesta una nueva forma, noción que, de acuerdo con Manero y Lefebvre se denominó “Estado Moderno”. En este sentido, Manero menciona:

“El nuevo Estado, el Estado Moderno, no solamente genera su espacio, gestiona la energía, produce sus comunicaciones, etc. Es garante de las relaciones contractuales, así como de la moneda y, en general, de la economía. Pero lo que lo distingue de las formas estatales anteriores es que se constituye como centro de los procesos de institucionalización, así como de las decisiones. El Estado aparece entonces como fuerza institucionalizadora. Transforma los movimientos, las comunidades, los grupos, en instituciones. El Estado procede institucionalizando todo lo que se encuentra a su paso, y colocándose siempre por encima del tejido social. Lejos de plantearse como una sustancia, como un ser, el Estado existe socialmente por los vínculos y las redes en el espacio nacional engendrado por él y para él: edificios públicos, redes de relaciones oficiales,

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

fiscales, policíacas, militares, jurídicas, cubiertas por instituciones. El Estado es institución.” (Manero, 2024).

El Estado Moderno entonces surge como un ente organizador de las sociedades, que atraviesa todas las formas de organización humana, que crea sus instituciones. Esta forma de organización, de acuerdo con mi interpretación, ordena sentidos y procesos de subjetivación, es decir, que produce un tipo de sujetos específico o como diría Manero, el Estado Moderno es una fuerza de institucionalización.

¿Por qué la psicología social comenzó a ocuparse del concepto de Estado, siendo que la teoría política y la filosofía habían sido las disciplinas que teorizaban al respecto? De acuerdo con Roberto Manero, En la psicología de grupos, en las intervenciones institucionales y comunitarias, el Estado se constituía como un referente necesario para la instalación de los dispositivos de intervención. En el caso de Enrique Pichón-Riviere y de otros psicoanalistas, la necesidad de conceptualizar al Estado era absoluta: pensar los regímenes militares del cono sur y sus efectos sociales y psicosociales era necesario para elaborar en torno a los dispositivos disciplinarios que el Estado establecía en sus sociedades, apuntando a la posibilidad de reconstruir el tejido social desgarrado por el terrorismo de Estado (Manero, 2024).

Por su parte, el Análisis Institucional, articulado con la teoría pichoniana y su método de Grupos Operativos, desarrolló la significación política de los procesos grupales (grupos instituyentes, grupos objeto y/o grupos sujeto, etc.), un concepto de institución que lograba discernir los procesos institucionales que se desarrollaban en los grupos y en los colectivos, distinguiéndolos tanto de la organización como del establecimiento (Manero, 2024) Pensar al Estado desde de la teoría pichoniana y el Análisis Institucional tuvo diferentes ramificaciones, dictadas por los diferentes enfoques, sin embargo, representaba un esfuerzo de la Psicología Social por elucidar sobre aquel ente institucionalizador que es el Estado.

Con respecto a esta articulación, Manero señala que El Estado y el Inconsciente, obra de René Lourau, significaba la posibilidad de pensar un inconsciente político, así como un Estado soportado por las lógicas inconscientes, cosa que había sido

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

cara tanto a los psicoanalistas conosureños como a tendencias sociológicas abiertas hacia los avances de la Psicología Social. En este sentido, Manero comenta lo siguiente:

Así, junto con la Antropología, la Psicología Social entraba de lleno a discusiones de carácter sociopolítico, desarrollando hipótesis diversas en torno a los aspectos psicosociales y su impacto en el tejido social, tales como las luchas anticolonialistas y de liberación. Asimismo, estos antecedentes pusieron en relieve algunas síntesis de carácter filosófico, que derivaban del marxismo que habían trabajado los primeros autores de este tipo de Psicología Social. El pensamiento de Cornelius Castoriadis (1975) se hizo presente, a través del desarrollo y la sistematización de conceptos como el imaginario radical, el imaginario social y el de institución, que ya venía siendo trabajado, con muy pocos antecedentes, por el Análisis Institucional (Manero, 2024).

Las discusiones que se posibilitaron a partir de las elaboraciones surgidas a través de la teoría pichoniana, el Análisis Institucional y los aportes de Cornelius Castoriadis en torno al Estado, sentaron las bases de las elaboraciones de la Psicología Social sobre dicho concepto: ya no sólo era tarea de la filosofía política o de las ciencias políticas, la psicología social también tenía elementos a discutir que añadían una nueva (y necesaria) perspectiva.

El abordaje del concepto de Estado desde las ciencias sociales no es único, existen una gran cantidad de conceptualizaciones, ninguna acabada y absolutamente definida. Partiendo de las elaboraciones de Rousseau, Hobbes, Maquiavelo, Webber, Hegel y Marx sobre el Estado, en la década de los 60 y 70 se plantearon nuevos posicionamientos que pretendían ir más allá que dichos pensadores. Uno de ellos fue Cornelius Castoriadis, que, de acuerdo con Manero, mencionaba que las formas de explotación tenían que ver con la relación entre los que mandan y los que obedecen, y esto trajo consecuencias importantes en la concepción del poder, de la política y, necesariamente, del Estado, sin embargo, para Castoriadis, la cuestión del Estado, como asociación o como institución, no fue una de las preocupaciones principales de su obra (Manero, 2024).

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

Las elaboraciones de Henri Lefebvre se centraron sobre la concepción del Estado, pero consideró elementos que fundamentaban dicho concepto, por ejemplo, Lefebvre considera la vida cotidiana como el núcleo básico en el que realiza la experiencia social e histórica y, por lo tanto, también el lugar en el que se encuentran los gérmenes de las transformaciones sociales (Manero, 2024). Desde mi lectura, considero que Lefebvre propone que para pensar al Estado se debe abordar también la vida cotidiana como la base de la vida social.

Lefebvre menciona que la vida cotidiana se vincula fuertemente con el espacio y es en estos dos elementos que el Estado establece sus mecánicas, convirtiendo ese espacio en *territorio*, y es en ese territorio que ejerce su poder en un ámbito territorial específico, que tiene un aparato administrativo especializado y que goza del monopolio del uso legítimo de la violencia.

En la primera parte de este análisis, propongo un rastreo histórico de la conceptualización de la Nación y el Estado desde las elaboraciones de Benedict Anderson, sin embargo, es importante señalar que, en la propuesta de Lefebvre, menciona que a partir de que emergieran los Estados-Nación, el Estado no se basó más en la propiedad de la tierra y dio paso a la emergencia de una nueva realidad: la Nación. Esta nueva realidad no estuvo clara para los primeros teóricos del Estado. Rousseau, Hobbes, Spinoza, aún confundían al pueblo, la nación y el Estado (Manero, 2024).

Desde mi lectura, comprendo que Lefebvre plantea que el Estado crea a la Nación y es que, retomando la discusión que abre Lefebvre sobre el territorio, el Estado funcionaliza sus estrategias sobre la vida cotidiana y el espacio: el territorio es el espacio escénico en donde todas sus estrategias se ponen en juego y es ahí donde ocurren las transformaciones del Estado y su creación de la idea de Nación. El Estado no solo instituye un régimen político, sino aparecería, entonces, como el instituyente básico de la sociedad, de una sociedad alienada (Manero, 2024).

Manero aborda, retomando a Lefebvre, que el Estado Moderno surge, así, como resultado de la guerra, con la necesidad de hacerse cargo del crecimiento a partir de políticas y estrategias que rebasaran la visión particular de las empresas y los

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

grandes consorcios transnacionales (Manero, 2024). Es a partir de esta enorme transformación del Estado-Nación en algo más que surge esta nueva forma de institucionalización: el Estado Moderno.

Manero nos advierte que esta forma del Estado resulta también de su mundialización. Dicha mundialización es un proceso complejo, que incluye las economías, el crecimiento, las confrontaciones y las guerras, etc. Los Estados nacionales ahora son un engranaje de esta mundialización. Esto hace pensar a Lefebvre que se ha desarrollado algo que él denomina un Modo de Producción Estatal. En ese modo de producción, el Estado es un elemento fundamental. En adelante, las formas particulares o locales del Estado estarán guiadas por una estrategia que estará destinada a procurar la mejor posición posible a las regiones o localidades o, en su caso, a los grupos dominantes de cada país (Manero, 2024).

El ocultamiento y la fetichización son dos elementos que el Estado Moderno hereda del Estado-Nación: La fetichización de un elemento como los símbolos o las monedas como un elemento que brilla o que representa la gloria y el ocultamiento que esconde el dominio y la explotación a través del saber. A partir de esto, Manero citando a Lefebvre advierte lo siguiente:

“El Estado que se aparece, ese Estado Moderno, es entonces ya un estado ubicuo, omnipresente. Cualquier intento de análisis de la vida social corre el riesgo de ocultarlo al ignorarlo. Una concepción del Estado que, si bien pudo partir de los clásicos, que no se oponía a la versión weberiana, se fue transformando en otra cosa, en un Estado que no es un sujeto ni un objeto, un Estado que no es un Ser ni una esencia, sino una construcción social hipercompleja, mundializada, de la cual no es posible abstraerse. Podríamos plantear que este concepto de Estado Moderno es el que subtiende al trabajo de Lourau en su concepto de Estado-Inconsciente. (Manero, 2024)”

El abordaje de Lefebvre afirma que “el Estado no amerita ni el exceso de homenaje que le rinden unos, ni la vergüenza con la que lo cubren otros. Exige un análisis tan frío como él mismo” y el abordaje de Lourau es que “el Estado está por todos lados y que nos atraviesa constantemente, intentar analizarlo demanda antes que nada un análisis de las propias implicaciones” (Ambos citados por Roberto Manero): las

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

discusiones sobre el Estado Moderno no están ni agotadas ni terminadas ni nada parecido, aun con la cercanía de abordajes, es necesario seguir entablando diálogos y cruces que generen cualquier cantidad de análisis y debates, ya que el Estado sigue siendo productor de sujetos y subjetividades, lanzando elementos a pensar por la psicología social desde distintas aristas.

La interpretación de la experiencia de vida del militar

La interpretación de lo observado y escuchado en el trabajo de campo es fundamental para pensar y analizar la experiencia y el discurso del militar, ya que, a pesar de que a este sujeto se le puede pensar desde la filosofía política, la antropología, las ciencias de la comunicación o incluso desde la economía, esta investigación piensa al sujeto militar desde la psicología social de grupos e instituciones, considerando todo el aparato interpretativo de esta disciplina como el eje rector del trabajo de campo.

El emergente es un concepto de psicología social que parte de la teoría pichoniana de grupos; este concepto se ha trabajado ampliamente por colegas desde las formulaciones de Enrique Pichón-Riviére hasta nuestras fechas, sin embargo, para esta investigación, tomaré al emergente como un anunciante y denunciante de una problemática o temática latente de un grupo. Este emergente otorga sentidos a todo aquello que surge en la dinámica grupal. En un grupo, se presentaría entonces al portavoz como aquel que vehiculiza el enunciamiento del emergente, discriminando al portavoz del emergente. Partimos entonces de una idea del emergente como signo²⁶, indicador que remite a un proceso de interacción subyacente, efecto, a su vez, de una estructura: la que constituye el triángulo coordinación-grupo-tarea. (Cifuentes, 2014).

²⁶ Cuando se habla de signo se hace referencia a una construcción lingüística compleja y dinámica. Ferdinand de Saussure propone la palabra “signo” para “designar la combinación del concepto y la imagen acústica” y reemplazar estos términos por “significado” y “significante”, respectivamente, haciendo la distinción entre realidad y lenguaje (De Saussure, 1993). Desde esta interpretación, podría decirse que aquel signo/emergente en su significado es solo una participación en la entrevista grupal, sin embargo, el significante es aquello que el portavoz enuncia que subyace en la dinámica grupal y que creará la posibilidad del surgimiento de nuevos emergentes. Para Charles Sanders Peirce el signo es parte de la triada “objeto-signo-interpretante”. El signo, según Peirce, todo aquello en lo que interviniera el signo era necesariamente tripartita con el objeto y el interpretante. El interpretante estaba intervenido por aspectos psicológicos, potenciales, emociones, hábitos, etc. En esta triada abstracta, el signo es cualquier cosa que esté determinada por alguna otra cosa, la cual llamamos su objeto, y así determina un efecto sobre una persona (Santaella, 2001). En resumen, el emergente como signo podría interpretarse no sólo como un concepto, sino como un fenómeno.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

En el texto de “El emergente en la concepción operativa de grupo”, se cita a Foladori cuando hace la propuesta de distinguir al portavoz, quien enuncia, de lo que enuncia, siendo este enunciado “lo emergente”: “El emergente puede ser una palabra, una frase, un gesto, algo que sucede... que conecta o remite a algo que ocurre en el latente grupal, una situación que está viviendo el grupo en esos momentos. “Lo que emerge”, es decir lo que trata de hacerse evidente, lo que pugna por salir a flote, es esa situación a la que ahora, gracias al emergente, podemos acercarnos, podemos empezar a “ver”, a “leer”, y entenderla al menos hasta el punto de poder hacer una hipótesis que comunicar al grupo”.

El grupo está compuesto por sujetos, producidos (y en constante producción) por otros grupos e instituciones. Estos sujetos introducen al grupo cualquier cantidad de elementos que son producto de aquello que vivencian en su vida cotidiana, sin embargo, el grupo es más que la suma de sus partes y los emergentes no son producto de la enunciación de individualidades, ya que el grupo produce sus propias lógicas y discursos, dependiendo de las temáticas que se manejen en el grupo, de procesos inconscientes, resonancias, etc. (Cifuentes, 2014).

Los emergentes que surgen en el grupo generan cambios que crean condiciones de posibilidad para que existan nuevos emergentes (Cifuentes, 2014), es decir, todo aquello que se va vaciando en el grupo, se va integrando en el discurso grupal, mismo que permitirá un cambio que articulará nuevas posibilidades de que otros emergentes aparezcan que de otra forma no habrían sido posibles de surgir.

¿Qué emergentes debería tomar para mi análisis? Bauleo dice que la percepción e interpretación del emergente depende de un trabajo de la contratransferencia del coordinador, contratransferencia construida no sólo de experiencias emocionales, sino también de la articulación de éstas con la formación teórico-práctica de ese coordinador. Teniendo en mente esta elaboración, cada emergente va dando elementos, desde nuestra capacidad de captación o escucha, sobre aspectos parciales que iremos progresivamente integrando hasta que una hipótesis-interpretación se nos haga posible, tal vez provocada por un emergente en particular que viene a completar algo (Cifuentes, 2014).

En contraste a la postura de Cifuentes y, para trabajar la cuestión de lo “oculto o profundo” del emergente en lo grupal, Ana María Fernández propone que el emergente, aquello que es latente en el grupo, no surge de las profundidades del grupo, lo latente se esconde en los pliegues del nudo grupal, aquello que late en los pliegues:

“A partir de la figura del grupo como nudo, se pretende problematizar -en la lectura de los procesos colectivos- el adentro y el afuera, el arriba y el abajo grupal; sus múltiples hilos se entrecruzan y lo que resalta no son ya los hilos fundantes sino el nudo que han formado: ¿cómo delimitar ahora arriba-abajo y adentro-afuera? Todo ahí, latiendo, insistiendo en los pliegues de la superficie del nudo grupal. Interesa problematizar un esquema que re-instala la duplicidad del modelo arquitectónico superficie-cimientos; todo está en la superficie y no existe un "hinterland" del discurso donde hay que buscar la verdad de lo expresado. La insistencia de lo discontinuo es lo que permite detectar los puntos de condensación, los pliegues, los intersticios de la misma superficie, más que búsqueda de las profundidades hacer visible lo que sólo es invisible por estar demasiado en la superficie de las cosas. Interrogar críticamente una ideología romántica de lo profundo, como unicidad oculta de las significaciones. (Fernández, 1989)”

Resulta fácil omitir por su raíz en el psicoanálisis que el emergente no proviene de las profundidades del grupo, sino de los intersticios y pliegues del nudo grupal²⁷, que lo latente insiste. Ana María Fernández nos advierte sobre la latencia grupal que los discursos en grupo -más que otorgar alguna certeza por la cual en las profundidades debe encontrarse un sentido oculto, escondido entre simulacros de superficie- ponen en juego la imposibilidad de decidir si hay un secreto de verdad entre simulacros manifiestos, ya que el discurso grupal puede orientarse hacia aspectos económicos, sociales, deseantes, entre otros y ser, en ese mismo sentido, una cadena de sentidos y sinsentidos (Fernández, 1989) y considero que no se

²⁷ Ana María Fernández define al grupo como un nudo (en contraste con Didier Anzieu que considera al grupo como una cohesión necesaria entre los miembros del grupo) por el fenómeno de anudamientos y desanudamientos al interior de un conjunto reducido de personas. Si bien, etimológicamente define al grupo como un número restringido de personas asociadas por un algo en común, la figuración nudo, que sugiere interrogación sobre qué es lo que hace nudo y lleva implícitos necesarios enlaces y desenlaces entre sus integrantes, y la figuración círculo, que remite a las formas de intercambio que se producen entre los miembros de tales grupos (Fernández, 1989). La autora no intenta dar definiciones de libro de texto, sino poner en tensión las definiciones para problematizarlas, en este sentido, la figura nudo buscaría subrayar esos anudamientos y desanudamientos de las subjetividades que se juegan en el grupo.

trata de interpretar y analizar todos aquellos acontecimientos que ocurren en el grupo, sino aquellas que laten e insisten y que orientan los sentidos en los que el grupo se mueve.

Ana María Fernández insiste en que se debe aceptar que el grupo está atravesado por muchos sentidos y algunos sinsentidos, relegando al coordinador a interpretar alguno de estos sentidos (Fernández, 1989), quitándolo así del lugar del revelador de verdades y planteando, me parece, un lugar en el que el coordinador señale elementos discursivos dichos por el grupo que puedan otorgar sentidos en donde quizás los sentidos preexistentes fueran insuficientes para crear significaciones.

I. El switch del “modo civil” al “modo militar”

...al subir al cuarto en donde me quedaría durante aquellos días en los que estaba entrevistando, vi con extrañeza algo que llamó poderosamente mi atención: un par de binoculares de grado militar junto a la ventana. Estaban ahí, puestos de la forma más natural posible, al lado de cajas con ropa, de los artículos de uso personal, encima de un mueble de cajones.

En este texto presento el análisis de lo que pude llamar “switch al modo militar” en el que, retomando el discurso de mis entrevistados, mis ideas *a priori* y mis observaciones, realicé una conceptualización que me permitió poner en palabras aquello que esperaba encontrarme en el campo y lo que el campo me devolvió a mí. Esta noción del “switch” me permite realizar un análisis sobre las formas en las que el sujeto militar se reconoce a sí mismo y se identifica con otros a partir de su relación con la institución.

¿Qué implica el ser militar? ¿Será que existe una manera de determinar cuándo se es militar y cuando ya no se es? Considero que hay muchas preconcepciones alrededor del militar y algunas significaciones en torno al sujeto militar que se configuran desde fuera. En mi caso, tenía una idea de cómo debía ser un militar: qué debía decir, cómo debía hablar, cómo debía vestir, qué es lo que iba a decir y hasta como debía pararse, sin embargo, la interacción directa con este grupo de militares que decidieron participar en mi investigación fue totalmente diferente a lo que yo esperaba.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

Al principio de mi trabajo de campo, tenía el supuesto de que cuando comenzaba la entrevista, mis informantes “activaban” su “yo militar”, debido a la facilidad con la que cambiaban su postura física, la forma en la que se expresaban, los adjetivos que usaban e incluso el tono que usaban. Al final de esta investigación, puedo decir que, en todo caso, sería al revés. Cuando comenzamos con la entrevista y siguiendo esta metáfora, pude notar que “desactivaban” su “modo civil” con el que conviven con familiares, amigos y conocidos; he tenido la oportunidad de preguntarles como es reintegrarse a la vida civil a los retirados de mi grupo de entrevistados, y en todas las ocasiones, la respuesta fue que jamás han dejado al ejército, que es parte de ellos y que nunca se deja de ser militar.

Este switch del que hablo no sólo era mi perspectiva *a priori* de lo que me encontraría en mi intervención, también era una manera de tener alguna certeza sobre mis entrevistados. En un inicio, al interactuar con ellos no pude distinguir ninguno de los comportamientos o rasgos que asumí que vería en la convivencia con mis entrevistados y podría decir que cuando no pude advertir nada de lo que esperaba, tuve una sensación enorme de extrañeza. Cuando les propuse mi proyecto de investigación yo esperaba que la respuesta fuera un “Si” con dudas o un rotundo “No”, imagine el lector mi sorpresa cuando los noté ansiosos por participar y poder contarme su experiencia; fue aquí donde mis supuestas certezas tuvieron que ser puestas a un lado.

Tiempo después de haber iniciado mi trabajo en campo pude ver con claridad mi error: todas esas expectativas sobre el “modo militar” no estaban presentes en su cotidianeidad, eran palpables en la interacción con ellos cuando estaban en grupo o cuando los entrevistaba individualmente y era fácil asumir que activaban su modo militar en las entrevistas, pero tuve que pensarlos fuera de la entrevista y ser un poco más observador...

Durante mi proceso de intervención tuve que residir en el pueblo en donde mis entrevistados habitan. Me hicieron el favor de recibirme y alojarme en una casa y me designaron un cuarto para esos días. Aquella casa ya la conocía desde hace mucho tiempo, mi cercanía con la familia me había permitido una convivencia

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

anterior y jamás había notado nada fuera de su lugar, sin embargo, en un día aparentemente común, al subir al cuarto en donde me quedaría durante aquellos días en los que estaba entrevistando, vi con extrañeza algo que llamó poderosamente mi atención: un par de binoculares de grado militar junto a la ventana. Estaban ahí, puestos de la forma más natural posible, al lado de cajas con ropa, de los artículos de uso personal, encima de un mueble de cajones.

Esta escena probablemente estuvo frente a mi todo este tiempo, pero no había tenido la capacidad de verlo, mi atención no estaba enfocada en buscar aquellos signos o rastros de lo militar. En ese momento entendí que no es que activaran su modo militar en mis entrevistas, sino que encontraban la forma de activar su modo civil para poder convivir con nosotros los “civilones”. Lo que los binoculares implicaban era una constante vigilancia, un perpetuo estado de alerta y la posibilidad de entrar en acción cuando algo fuera de su lugar lo orillara a actuar, mientras tanto, el modo civil permanecía ahí, activado, permitiéndoles reír, hacer bromas, conversar sobre candidatos a la presidencia, debatir sobre fútbol. Estos militares que activaban su modo civil para la convivencia del día a día.

La identidad del militar le permitiría entonces posicionarse frente a la sociedad o frente al mundo como lo que es y delimitar aquello que no es. Le permite identificarse como un sujeto en relación con la institución que lo forma, que en este caso es el ejército. Esta misma delimitación del ser militar permite el surgimiento de las condiciones de creación de sí mismo, excluyendo todo lo que no conforma al sujeto militar como parte de su identidad.

Esta identidad del militar conduce a una serie de elecciones, deseos y construcciones de sentido que le motivan a formar ciertos criterios que le ayuden a discernir entre lo que implica ser militar y lo que no. Castoriadis postula que los tipos de motivación²⁸ (y los valores correspondientes que polarizan y orientan la vida de los hombres) son creaciones sociales, que cada cultura instituye unos

²⁸ Castoriadis hace la nota de que ninguna cultura puede evidentemente adiestrar a los individuos a que caminen sobre la cabeza o a que ayunen eternamente. Pero, en el interior de esos límites, se encuentran en la historia todos los tipos de adiestramiento que pueda imaginarse.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

valores que le son propios y adiestra a los individuos en función de ellos (Castoriadis, 1975). Podría decirse entonces que el sujeto militar no podría ser pensado desde que se enlista, sino que existen ya las condiciones sociales para que se vea motivado a unirse al ejército, pero ¿cuáles son las condiciones que existen en México para que las personas se enlisten en el ejército?

Considero que el momento en el que el sujeto ingresa al ejército como recluta no podría ser considerado como el inicio de su vida militar, puesto que las condiciones para su ingreso ya estaban configuradas en su vida cotidiana. La militarización del país ha normalizado la presencia del ejército en la cotidianidad del mexicano: ver el paso de los convoyes en las carreteras, ver a elementos armados del ejército en las casetas, pasar al lado de ellos en los aeropuertos del país, etc. ha logrado que ya no nos percatemos a primera instancia de su presencia, ya forman parte de la composición de la fotografía del día a día en México.

Aunado a esto, el militarismo que conlleva la militarización del país ha permeado las formas de convivencia e interpretación del mexicano: desde los medios digitales que normalizan la extrema violencia hasta el ideal del yo que plantean desde la figura del militar para las nuevas generaciones. Ya no resulta tan difícil escuchar a los niños jugar a la “narcoejecución” o al “enfrentamiento de cárteles contra el ejército” como resultado de esta normalización de la extrema violencia. Recientemente, en los últimos desfiles militares del 16 de septiembre por la mañana, en los carros alegóricos vienen niños vestidos como miembros de los diferentes cuerpos que integran a la SEDENA, la Secretaría de Marina, la Guardia Nacional y la Fuerza Aérea Mexicana.

Toda esta presencia militar y el contexto económico del país ya han preparado al futuro recluta para considerar que una alternativa viable para el ejercicio de su vida laboral son las fuerzas armadas mexicanas, destacando que, como ya he mencionado antes, el ejército mexicano y el crimen organizado tienen el mismo público de reclutamiento: personas en situación de pobreza.

Volviendo a la idea anterior y derivado de este adiestramiento que menciona Castoriadis, valdría la pena retomar que en el discurso de mis entrevistados,

mencionan que parte de la identidad del militar está movilizada por la necesidad de un sueldo digno, prestaciones para ellos y su familia y la posibilidad de un retiro a una edad que les permita disfrutar de su familia y que estas condiciones laborales no las encuentran en su comunidad ni les serían accesibles en otro espacio por su grado de estudios²⁹; todos aquellos que ingresan al ejército “para ver qué se encuentran” sin la necesidad económica que los motive a enlistarse, son considerados como “los que entran por hobby”. La discriminación necesidad-hobby resalta como un aspecto central en la definición de lo que ellos mismos definen como “ser militar”; ser militar para ellos implica entonces asumir que el sujeto militar existe y es motivado por la necesidad económica³⁰.

Mientras este switch en modo civil estaba apagado, compartían sus ideas y posturas con respecto a varias temáticas actuales, siempre dejando en claro que lo de carácter civil no era algo que los interviniera a ellos, es decir, el sujeto militar no era atravesado por aquellas cuestiones civiles³¹ que aquejan a la sociedad. Desde estos primeros acercamientos se empezaba a vislumbrar aquella irreparable e irreconciliable separación entre lo civil y lo militar.

En una entrevista individual con “el Gafe”, cuando le pregunté sobre reincorporarse a la vida civil, al mundo laboral informal³² y a regresar con su familia después de tantos años en servicio, me comentó que no se piensa lejos del ejército, que la SEDENA sigue cuidando de él, que sigue viendo a sus compañeros y que antes que ser él mismo, era un militar y que no podría ser nunca un civil. En esa misma entrevista, profundizando con esa idea, dijo que él sigue soñando todos los días con que regresa al ejército y con sus días de militar activo.

En "Duelo y melancolía", Freud aborda las respuestas emocionales ante la pérdida, diferenciando entre el duelo y la melancolía. Para Freud, el duelo es una reacción

²⁹ Esto de acuerdo con su discurso.

³⁰ Desde el discurso de mis entrevistados, la necesidad económica la describe como la falta de oportunidades laborales y económicas de poder solventar los gastos propios y de su familia con las condiciones que tenían antes del ingreso al ejército, por lo que, esta necesidad económica podría entenderse como si la mala economía les hubiera obligado a entrar al ejército.

³¹ Quizás si consideren que se ven afectados cuando el switch del modo civil está activado...

³² Así define su condición laboral actual.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

natural ante la pérdida de un ser querido o de algo significativo, como una idea o estado de vida. Durante el duelo, el individuo procesa la pérdida de forma consciente y, con el tiempo, es capaz de "soltar" ese objeto perdido y seguir adelante.

La melancolía, por otro lado, representa una respuesta más compleja y patológica. Freud la describe como una forma de duelo en la cual el dolor por la pérdida no se resuelve, sino que se internaliza y se vuelve inconsciente. En lugar de reconocer la pérdida y permitirse superarla, la persona en estado melancólico desarrolla un conflicto interno, ya que el individuo introyecta el objeto perdido y lo convierte en parte de su propio ser (Freud, 1992). De ésta manera, no resulta extraño que el Gafe hable sobre la imposibilidad de abandonar el ejército aun en el retiro y sobre sus sueños en los que vuelve a él. Freud también explora cómo, en el proceso melancólico, hay una identificación inconsciente con el objeto perdido, lo que dificulta aún más el proceso de aceptación y superación de la pérdida.

En relación con la nostalgia, Freud sugiere que cuando las personas experimentan un anhelo intenso por el pasado, especialmente por momentos, situaciones o personas idealizadas, puede tratarse de una forma de melancolía en la que el objeto del deseo pasado no se suelta, sino que se mantiene como una presencia ausente y, a menudo, idealizada. La nostalgia en este sentido se convierte en una herida emocional que puede influir en el presente, llevándola a ser una experiencia dolorosa y repetitiva que impide el cierre emocional (Freud, 1992). Considero que este anhelo por volver a los tiempos en los que el Gafe estaba en el ejército podría ser interpretado como una forma de nostalgia, esto debido a la idealización que tiene sobre el ejército a pesar de que, debido a la naturaleza de su formación y de lo vivido "en el activo", podría considerarse como traumático o displacentero todo aquello que vivió.

Castoriadis insiste en que, a pesar de que las instituciones producen cierta configuración de sujetos, el individuo siempre está en constante transformación, las condiciones histórico-sociales producen un sujeto específico (Castoriadis, 1975), los sujetos se encuentran entonces en un devenir constante, la construcción de la

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

identidad incluso implica una alienación y una transformación de su propio yo, sin embargo, “el Gafe” se piensa como invariable, primordial y esencialmente un militar, cuando la misma definición de la identidad excluye la posibilidad de esencialismos por su condición de devenir y formación constante.

Esta cerrazón por asumirse como esencialmente militar resulta problemática, ya que no solo es imposible que un sujeto permanezca invariable en el tiempo y con una sola definición, sino que estas condiciones discursivas derivan de una institución³³ que adiestra a los sujetos a definirse como tal, en este caso, el ejército. Algún otro dice lo que el sujeto militar debe ser, mismo que también responde a las lógicas del deber en el ejército. Para Castoriadis, lo esencial de la heteronomía en el nivel individual es el dominio por un imaginario autonomizado que se arrogó la función de definir para el sujeto tanto la realidad como su deseo (Castoriadis, 1975) por lo que no debería de extrañar demasiado que el sujeto militar quiera lo que la institución que lo disciplinó durante su formación le enseñó a querer.

Para Foucault la pregunta del poder siempre estuvo en su ejercicio y no en el significado del poder, es decir, consideraba más importante pensar las mecánicas del poder que preguntarse propiamente sobre su definición y es en este sentido que él considera que la formación regular del discurso puede integrar, en ciertas condiciones y hasta cierto punto, los procedimientos de control, e inversamente, las figuras de control pueden tomar cuerpo en el interior de una formación discursiva; así pues, toda tarea crítica que ponga en duda las instancias de control debe analizar al mismo tiempo las regularidades discursivas a través de las cuáles se forman (Foucault, 2005).

Desde mi lectura, Castoriadis piensa que el sujeto está delimitado en su identidad y su discurso por medio de las instituciones y son éstas las encargadas de producir un modelo específico de sujeto que es el producto de aquello que se ha instituido en el contexto histórico-social en el que dicho sujeto está inserto; por otra parte,

³³ La característica esencial del discurso del Otro, es su relación con lo imaginario. Es que, dominado por este discurso, el sujeto se toma por algo que no es y que, para él, los demás y el mundo entero llevan el peso de un disfraz. El sujeto no se dice, sino que es dicho por alguien; existe, pues, como parte del mundo de otro (Castoriadis, 1975).

Foucault piensa que el sujeto es producto de las relaciones de poder y procedimientos de control a los que ha sido expuesto toda su vida, desde su discurso hasta su identidad. En todo caso, el discurso y la identidad del sujeto estarían delimitadas por el poder y las instituciones, alienando y produciendo un sujeto concreto, el sujeto de la institución militar que piensa que antes que ser él mismo es un soldado, que antes que ser padre, hermano o hijo, es militar. La producción de sujetos tiene objetivos específicos, y en la sociedad actual, el soldado desempeña un papel fundamental en la sociedad: encarnar y representar el brazo armado del Estado.

En entrevistas grupales, mis entrevistados han profundizado sobre su vida como militares frente a situaciones cotidianas, siendo la interacción con la familia la situación más recurrente. Siguiendo la misma lógica de “apagar el modo civil” que interpreto en ellos, “el Capitán” comenta que no puede manejarse como realmente es él con su familia, porque entiende que en su familia todos son civiles y que las formas disciplinarias del ejército no pueden ser aplicadas con su familia porque no tienen el entrenamiento ni la vinculación por la institución, algo con lo que “el Gafe” estuvo de acuerdo.

Cuando se habla de la familia, aquella a la cual pertenecen por sangre y apellido, noto cierta condescendencia en la forma en la que se expresan. Al civil no lo pueden tratar de la misma forma, ese disciplinamiento solo es aplicable para aquellos que habitan la esfera lejana del ejército, para esos sujetos que saben lo que es “tener la suerte de formar parte del EJEMEX”. El grupo discutía que, aunque sería provechoso, a la esposa no se le puede disciplinar igual y que a los hijos no se les puede tratar a tablazos, que es algo que no aguantarían³⁴.

Retomando la identidad del militar, la pertenencia a la institución le permite delimitar lo que es y lo que no y hacer esa misma digresión con el otro. Los límites de su identidad permiten que, desde condiciones imaginarias, haga la misma distinción

³⁴ La discusión que entablaron mis entrevistados revela que piensas al castigo disciplinario como una “bondad”, es decir, que piensan que el castigo es una manera buena y efectiva de convivencia con otros, revelando en su discurso la profundidad a la que las lógicas militares han llegado en su estructura como sujetos.

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

con otros. El discurso del grupo iba encaminado constantemente hacia el respeto de las antigüedades y los rangos, siempre hay alguien más arriba a quien se debe respetar y alguien por debajo que les debe respeto³⁵. En este sentido, el militar sabe que el soldado raso de nuevo ingreso debe respetarlo y obedecerlo, y que, por otra parte, él debe respetar y obedecer a los oficiales y compañeros con mayor antigüedad.

Los rangos integran una de las partes más importantes del discurso y de la experiencia del militar, es por medio de estos rangos que entiende sus interacciones sociales y a partir de las cuales se vincula. En este sentido, el civil también ocupa un lugar en su forma de socializar: el civil tiene un rango menor que el del soldado raso de nuevo ingreso. Al civil hay que cuidarlo y hay que protegerlo, al civil hay que enseñarle lo que no debe hacer, al civil no se le tiene que informar lo que no entiende y las formas y métodos del ejército es lo que no entiende, el civil tiene que dejar al militar trabajar y no debe cuestionarle, infantilizando así a la figura del civil.

Con relación al discurso, Castoriadis dice lo siguiente:

“Un discurso que es mío es un discurso que ha negado el discurso del Otro; que lo ha negado, no necesariamente en su contenido, sino en tanto que discurso del Otro; dicho de otra manera, que, explicitando a la vez el origen y el sentido de este discurso, lo negó o afirmó con conocimiento de causa, remitiendo su sentido a lo que se constituye como la verdad propia del sujeto –como mi propia verdad” (Castoriadis, 1975).

El discurso del militar se presenta entonces como una negación de lo que el civil pudiera representar. Su propio discurso se presenta ante ellos como una forma de verdad desde la que operan, y es, a final de cuentas, un discurso institucional, un discurso de la institución militar que ha instaurado en el soldado una forma de subjetividad que atraviesa la manera en la que se configura su experiencia³⁶ y su discurso.

³⁵ Las condiciones sociales actuales tienen un tinte similar, sin embargo, en el ejército esta verticalización de las interacciones sociales está mucho más delimitada y es más fácil observarla.

³⁶ Agamben planeta que para un ser cuya experiencia del lenguaje no se presentara desde siempre escindida en lengua y discurso, que fuera desde siempre hablante, no existirían ni conocimiento ni historia: estaría siempre inmediatamente unido a su naturaleza lingüística y no encontraría en ninguna parte una

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

Cuando el militar reduce al civil a un lugar de aquel que debe ser cuidado, que debe obedecer, que es ignorante de su propia realidad, niega su agencia y su capacidad de ser reconocido como otro igual y se configura un tipo de sujeto, a ojos del militar, que podría ser sometido en caso de ser necesario.

En esta esfera, todo aquel que no sea parte del ejército es un “civilón”, desde la familia hasta los vecinos, desde trabajadores hasta la policía. La intención de la institución militar de formar sujetos que se piensen, a nivel de rangos, por encima de la población mexicana es, cuando menos, problemática. Le permite al militar el operar sin dar demasiadas explicaciones, le permite el uso de la extrema violencia si así lo considera.

El switch en modo civil resulta entonces no sólo una posibilidad de pensar al militar como parte de una sociedad a la que no le interesa volver, lo vuelve una impostura, porque el civil no tiene un “modo militar” pero el militar sí tiene un “modo civil” y desde este lugar sí puede habitar la esfera de lo civil. Considero que esta interpretación del switch no sólo no me ayudó a tener una certeza sobre mi campo de intervención desde mi temprana y errónea interpretación, me ayudó a comprender que no apagan su modo militar, que en todo momento se encuentran alertas, que se encuentran en un constante estado de acción y en una interpretación final, que esta noción del switch se me devuelve: el sujeto militar puede simplemente encender el switch en modo civil y convivir desde esta impostura mientras hace funcionar todo el aparato discursivo de la institución militar que le ha permitido la verticalización radical de sus interacciones sociales.

En una de las últimas ocasiones que fui recibido en el pueblo, pude observar que en sillón de la entrada en donde se amontona la ropa, había un uniforme militar, arrugado, mezclado entre la ropa de la familia; uno de los sobrinos había estado en casa por licencia. Esta situación, ya con el ojo más entrenado, la interpreté como parte de esa impostura: se piensa que el militar en todo momento mantendrá su

discontinuidad y una diferencia donde algo como un saber y una historia pudieran producirse (Agamben, 2007). Estas experiencias y discursos que el militar construye desde la forma en la que es producido para explicarse su realidad social representan un saber sobre sujetos y situaciones concretas, de ahí la propuesta de poner la experiencia y el discurso en juego para esta investigación.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

uniforme pulcro, sin arrugas, perfectamente colgado, con su switch en modo militar, sin embargo, el uniforme estaba arrugado sobre el sillón con la ropa del resto de la familia, como si fuera uno más, como si no hubiera distinción instaurada desde la institución del ejército entre el civilón y el militar. Este tipo de situaciones solían escapar de mi vista, pero aquella ocasión el uniforme resaltaba, como si gritara para que lo viera.

II. La irremediable escisión entre lo civil y lo militar

“Los civilones no entienden lo que nosotros hacemos”

En el siguiente texto trabajaré la cuestión dicotómica de lo civil y lo militar desde el discurso de los militares que participaron en esta investigación. El tema principal son los mecanismos de los que se vale el ejército para establecer el discurso del soldado como enemigo u opuesto de elementos específicos. Aquí profundizaré algunas nociones y asignaturas que pudieran haber quedado pendientes del texto anterior

Mi grupo de entrevistados parece tener muy claras las cosas con las que empatizan y las que parece que desprecian totalmente; a continuación, procuraré profundizar en aquellas cuestiones que han podido compartirme, comenzando con aquello que, de acuerdo con lo que han vertido en las entrevistas, desprecian a todas luces en su discurso.

En este análisis discursivo y de interpretación de lo ocurrido en el trabajo de campo, he podido poner en perspectiva aquello que me fue compartido en las entrevistas tanto individuales como grupales, y en este caso, poder ahondar en aquello que quedó enunciado como una irreparable diferencia o separación. Puedo rastrear en mis notas de campo que la primera ocasión que se trató el tema de la noción civil/militar³⁷ surge a partir de una pregunta que disparó varias reacciones y

³⁷ Durante este texto utilizaré “civil/militar” para hacer referencia a la idea dicotómica y absolutamente opuesta de aquello civil totalmente lejano de lo militar.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

participaciones: “¿De qué defiende el ejército al pueblo mexicano?”. Las respuestas fueron en un primer momento como la respuesta de un examen con una sola respuesta: “De cualquiera que quiera hacer daño a la nación”. Posteriormente, se centraron en describir a aquellos enemigos del ejército, desde agrupaciones delictivas dedicadas al narcotráfico hasta los insurgentes malinformados de la selva chiapaneca con los que cruzaron balas en el conflicto del EZLN que tuvo lugar en 1994.

¿Quiénes son los enemigos de la nación? Para el grupo de entrevistados, aquellos que son enemigos del Estado son aquellos que “los oficiales” les indican que son los enemigos. Las agrupaciones que fueron mencionadas son sicarios, narcotraficantes, zapatistas/insurgentes y todo aquel que “busque dañar” los bienes de la nación. Considero que es imposible transmitirle al lector por medio de palabras, pero el tono de voz que usaron para describir a estos enemigos del ejército se sentía un poco mecánico, quizás ensayado, pero expresaba mucha seguridad.

Quienes tomaron la palabra con respecto a describir al enemigo fueron los entrevistados en retiro³⁸, mencionaron la guerra contra el narcotráfico, las veces que fueron desplegados para combatir, las emociones que les generaba enfrentarse a civiles armados, sentirse en peligro constantemente y tener que disparar cuando así se les indicara, “disparando a ciegas”.

Para Todorov, en orden de dar cuenta de las diferencias existentes en la realidad hay que distinguir por lo menos tres ejes en los que se puede situar la problemática de la alteridad: en el primer lugar está el juicio de valor³⁹, luego en segundo lugar está el alejamiento o acercamiento⁴⁰ y en tercer lugar el conocer o ignorar la identidad del otro⁴¹ (Todorov, 1998). El reconocimiento del otro no implica una

³⁸ Los entrevistados que se encuentran “en el activo” realmente participan poco, pero en esta temática en particular no hubo participación de su parte.

³⁹ Al otro lo quiero o no lo quiero, es bueno o malo, etc.

⁴⁰ Asimilo al otro o lo someto

⁴¹ Dependerá de si la interacción con el otro permite su conocimiento.

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

situación exacta, las actitudes y reacciones no están garantizadas y dependerán de aquel que se encuentra frente a ese otro.

Retomando la conquista, Todorov menciona que cuando los frailes españoles consideraron como salvajes a quienes practicaban los sacrificios; el ser salvajes, los hacía inferiores, omitiendo por completo que Dios le pide a Isaac sacrificar a su hijo o que Jesús había sido sacrificado por Dios Padre: estos sacrificios eran considerados como una voluntad divina que debía ser obedecida (Todorov, 1998). Los frailes españoles decidieron no reconocer a ese otro “salvaje” como igual, el juicio de valor estaba orientado a ver a quienes sacrificaban por su “condición” de inferiores y por lo tanto como ese otro al que se le puede someter.

En esta relación de lo civil/militar, existe la esfera de lo militar por encima de lo civil, por lo que la forma en la que se les presenta el otro civil es, como aquella relación de los conquistadores españoles sobre los “salvajes” que se encontraron en América, una relación disimétrica, en la que el soldado raso tiene un rango mayor que el del civil. Aquí el otro civil se dibuja como alguien a quien se le puede someter porque se le determina como inferior, entonces, la experiencia del militar frente al otro civil es a través de una relación verticalizada en la que él se encuentra por encima, en una posición de poder.

¿Qué compone lo civil desde la perspectiva de los militares que entrevisté? No sólo engloba al ciudadano común, a ese oficinista o aquel vendedor informal afuera del metro, el civil también es el policía, el narcotraficante, el “insurgente”; estos personajes también son ese otro civil al cual se le puede someter y al que se le percibe como inferior. Estos “disparos a ciegas” a civiles señalados como “enemigos de la nación” no les significa un conflicto, no están disparando a un igual, a otro en el que se reconozcan. La forma en la que experimentarían a este otro sería desde una relación disimétrica de dominación y una lógica de dar muerte.

El relato de los militares retirados del grupo se movió más hacia las misiones en Chiapas, en la época del enfrentamiento del Estado contra el ejército Zapatista. Comentaron que sabían que eran pueblo, pero que “estaban mal informados” y que su verdadero propósito, según les informaron antes del despliegue, era quitarle

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

propiedades al Estado y que tenían la intención de dañar instalaciones del gobierno para desestabilizar y provocar desorden. Se les informó también que algunos zapatistas habían completado el entrenamiento militar básico y desertaban, por lo que “el enemigo” conocía las tácticas y maneras de operar, por lo que el enfrentamiento “estaba parejo” aun cuando no dejaban su categoría de civiles⁴².

El cumplimiento de órdenes estaría entonces ligado a la experiencia del otro vista desde el militar: el otro se le presenta como dominable e inferior y actúa desde esa posición, sin embargo, la diferencia que se dibuja para distinguir a un civil de otro es este juicio del que habla Todorov, es otro dominable, pero ¿será este otro que está frente a mi bueno o malo? Esta capacidad de crear narrativas de bien/mal representa un complemento en la instrucción de órdenes a las fuerzas castrenses. Las narrativas “monocromáticas” han sido una constante en las entrevistas, ordenan su discurso en función de presentar dos conceptos contrapuestos, que están cargados de juicios de valor que atraviesan su discurso, pero también su experiencia con el otro.

El emergente de lo civil/militar en el grupo cambiaba la dirección de lo que se venía planteando al inicio de las entrevistas: una breve explicación sobre lo que yo debía saber sobre el ejército mexicano. Cuando se abordaba este emergente, la discusión del grupo se dirigía hacia la distinción de lo civil/militar, si no eres civil, entonces eres militar y viceversa. Lo civil es representado en su discurso como algo incluso peyorativo: “civilón”. Cuando se menciona a la policía, son civilones, cuando se menciona a la Guardia Nacional, son civilones, cuando se menciona a la familia, son civilones. Esta enunciación de lo civil/militar como polos opuestos parece anclarse en una narrativa que, como he abordado antes, les permite a los soldados pensarse en una esfera diferente a la de lo civil y operar desde ella, haciendo su deber más sencillo, permitiendo que la violencia contra alguien “inferior” sea mucho menos culpígena en las narrativas que comparten, es decir, desde su discurso, no puede ser tan malo violentar a ese otro inferior y dominable.

⁴² Un elemento que se mencionó en algún momento pero que no se retomó es el lugar que el desertor ocupaba en la lógica del civil/militar.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

Con *“los civilones no entienden lo que nosotros hacemos”* se juega una dinámica de iluminación e ignorancia propia de la categorización de lo civil/militar. Lo militar se presenta como un lugar en el que residen el conocimiento, en donde todo hace sentido porque se tiene una verdad que lo civil desconoce, en ese sentido, “lo civil juzga desde la ignorancia” al ejército, le pone en tela de juicio sin conocer las verdaderas intenciones del militar: salvaguardar la integridad de la soberanía de cualquiera que atente contra ella por cualquier medio posible. Entonces, lo civil estorba, lo civil juzga desde el desconocimiento y lo civil no entiende lo que los militares hacen.

El grupo de entrevistados se informa muy bien de todo aquello que involucre a la SEDENA en las noticias, tienen un grupo de whatsapp en donde se pasan notas periodísticas y reflexionan entre ellos lo que es ser juzgados por la opinión pública, aquella opinión civil que no entiende lo que ellos hacen. Por lo que pude entender de lo que comentaban entre ellos (ya que hacían referencia a notas periodísticas que ya habían comentado con anterioridad), buscan comprender si la nota, particularmente sobre abusos de autoridad del ejército, se trata de una exageración de los medios de comunicación, si pudo haber sido una cuestión de cumplimiento de órdenes o si pudo haber sido algún elemento que haya tomado alguna decisión por su cuenta. En este mismo sentido, parece que toda acción es justificable si se trata de la “defensa de la nación”, ya que, al menos de lo que pude escuchar, nadie asumió que podía haberse tratado de alguna violación a los Derechos Humanos en ninguno de los casos, se trataba más sobre cómo los “civilones” no saben lo que los militares hacen para salvaguardar la integridad de la nación.

Una pregunta que detonó gran interés en los participantes fue “¿Cuáles son las razones, en su opinión, por la que una persona se enlista en el ejército?”. La conceptualización contrapuesta entró nuevamente en juego: “Solo hay dos razones, por hobby o por necesidad”. En su discurso, el militar busca un sustento para su familia, busca un retiro digno, prestaciones y sueldo dignos y una labor que “signifique algo”. En esta misma definición, alguien que entra por hobby, es decir, por pasatiempo y, en sus palabras, “para ver qué saca” no tiene necesidad de

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

enlistarse, no siente el “amor por la patria” y no tiene nada que le preocupe “afuera” (otra concepción opuesta adentro/afuera en símil de lo civil/militar), por lo que es un “peligro potencial” porque, de acuerdo con los entrevistados “suelen ser los reclutas que más problemas dan” ya sea por la indisciplina, la desertión o la insubordinación.

El señalamiento de que los reclutas que “entran por hobby” hizo mucho ruido y provocó mucha participación tanto en los activos como en los retirados y parecían coincidir en que se suele tener cuidado con esos reclutas, se expresaban en tono despectivo de sus motivaciones y “el Chavito” expresó que, él como soldado activo, si sabía identificar cuando alguien entraba por moda o cuando alguien se había enlistado porque tenían la idea de que todo era “como en las películas”. En este sentido, expresó que ve a algunos de sus compañeros jugar videojuegos de disparos en sus teléfonos celulares y piensa que los medios han tenido que ver con el ingreso de reclutas “que van por hobby” ¿Será que este recluta que ingresa al ejército por hobby les vincule de alguna manera con ese otro civil que supuestamente no son? ¿Es otra forma discursiva de comprender sus relaciones sociales como un elemento dicotómico de adentro/afuera? ¿O quizás es que la presencia de aquel que entra por hobby les hace ruido al no haber ingresado por aquella necesidad económica que mis entrevistados plantearon en otro momento?

Considero que es necesario hacer un paréntesis para retomar la cuestión del militarismo, ya que se ha convertido en una herramienta de reclutamiento más o menos moderna. El público objetivo del militarismo⁴³ son jóvenes en edad militar, previamente expuestos a los medios de entretenimiento globalizados en los que se enaltece al ejército desde un posicionamiento “heroico” y que resignifica al patriotismo como un ideal de toda la ciudadanía. Esta condición imaginaria⁴⁴ del

⁴³ La militarización y el militarismo son dos cosas distintas: El militarismo es principalmente un arma ideológica para promover la idea del ejército como un ideal y la militarización es la forma en la que el Estado potencia al ejército y su establecimiento en tareas de carácter civil (López y Rivas, 2003)

⁴⁴ El militarismo podría pensarse como una institución, ya que el funcionamiento del militarismo busca instituir no solo la imagen del militar como un héroe patriota, sino que busca que la ciudadanía resignifique al ejército como una forma de “servir a la nación”. Este fenómeno no termina en la propaganda norteamericana que desde mediados del siglo XX ha vendido la idea del ejército como una institución del heroísmo, también implica nuevas significaciones de los ejércitos del mundo. Castoriadis plantea que no

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

militar juega un papel importante en la juventud actual con acceso a este tipo de medios, como lo son películas, videojuegos, series y propaganda.

En el contexto del militarismo estadounidense, que se refleja ampliamente en los medios de comunicación, surge una visión idealizada del ejército y su funcionamiento. Según Gilberto López y Rivas, los medios operan como herramientas ideológicas que, al promover y normalizar el militarismo, establecen conductas y valores que exaltan lo militar (López y Rivas, 2003). En México, esta constante exposición influye en la percepción de los jóvenes, quienes ven en el ejército una opción laboral viable. Este fenómeno ocurre en un entorno social donde se normaliza la violencia extrema, se popularizan expresiones artísticas (como la música enfocada en el uso de armas de fuego, el enaltecimiento de la figura de narcotraficantes y la vida dedicada al crimen organizado) y se promueve la venta de ropa y artículos militares en mercados y tianguis. Además, la difusión masiva de películas y series con temática sobre militares, junto con el fácil acceso a videojuegos y contenido en internet sobre el uso de armas, refuerzan esta idealización y familiarización con lo militar.

En relación con la juventud, un elemento discursivo que fue manifestado por los integrantes del grupo que se encuentran retirados fue el de los cambios en el ejército. Hacían referencia a que, en sus tiempos, cuando buscaban ser promovidos de rango, debían pasar pruebas físicas y exámenes rigurosos, y debían competir con otros aspirantes y solo un número reducido era aprobado y en caso de no ser considerado para la promoción, debían hacerlo todo nuevamente el siguiente año, algo que ha cambiado y fue duramente criticado, ya que según ellos, las promociones las ofrecen y que ya no piden ninguno de los requisitos anteriores, algo que les pareció injusto y que no fomenta el esfuerzo y el empeño para poder ser considerado que anteriormente solicitaba la SEDENA. Quizás esta elaboración

puede haber nada que sea para la sociedad si no se refiere al mundo de las significaciones, pues todo lo que aparece es aprehendido de inmediato en ese mundo (Castoriadis, 1975) entonces podría decirse que la institución del militarismo establece nuevas significaciones en torno al ejército haciendo uso de los medios de comunicación y plataformas de entretenimiento que, siguiendo la idea de Bruno Bettelheim en su texto del psicoanálisis de los cuentos de hadas, forman parte de la estructuración psíquica del sujeto en formación y de su composición del ideal del yo.

está relacionada con una idea de sufrimiento y esfuerzo que corresponden a los modos de subjetivación capitalistas del siglo XX, en la que la idea del sobreesfuerzo era recompensado y que el trabajo en exceso era la forma de destacar entre otros.

El discurso de que la juventud tiene su presente más sencillo que en otras épocas y que antes todo era mejor es frecuente en generaciones mayores, ese “pasado idílico y añorado” se menciona constantemente en muchos lugares, pero ¿qué implicaciones tiene para el militar retirado? Durante la entrevista, se les cuestionó esta situación e incluso se les recriminó a los nuevos reclutas presentes, como si fueran representantes de toda la nueva generación de soldados de las fuerzas castrenses mexicanas. Se referían a la nueva generación de reclutas como “señoritas”, no sin antes mencionarle a los soldados activos presentes “con todo respeto a ustedes”. Pienso que más que ser un discurso generacional, esta recriminación corresponde a una discontinuidad en el tipo de disciplinamiento que ellos recibieron. Considero que lo que mis entrevistados que ya están retirados piensan es que los castigos que se le imponían a ellos hubieran sido suspendidos para los nuevos reclutas, rompiendo así con una parte esencial de su experiencia como militares que los formó: la violencia ejercida hacia los reclutas por sus compañeros más antiguos y por la institución militar.

Aquí se manifiesta nuevamente una nueva experiencia⁴⁵ del sujeto militar con el otro, sin embargo, ya no es ese “civilón” que no entiende lo que ellos hacen, es otro militar que está inmerso en esas mismas lógicas, en proceso de ser formado como militar, igual que ellos, y aun así se manifiesta esta lógica dicotómica, ahora en forma de nuevo ingreso/antiguo. Un elemento de la jerga militar que se ha difundido, probablemente por el militarismo, es el de “antigüedad”, que es una forma de referirse a otro militar con mayor tiempo en servicio, sirviendo su estancia en el

⁴⁵ Agamben postula que cada concepción de la historia va siempre acompañada por una determinada experiencia del tiempo que está implícita en ella, que la condiciona y que precisamente se trata de esclarecer (Agamben, 2007) Estas historias forman parte de la experiencia del militar, que le refieren ya sea la época en la que se encontraba ingresando al ejército, la época en la que tuvo su primer enfrentamiento o la época en la que ya se encuentra retirado y es desde esos lugares históricos que configura su experiencia y su discurso.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

ejército como una manera de dibujar rangos, aludiendo a la ya mencionada verticalización de sus relaciones sociales⁴⁶.

En este elemento discursivo del nuevo recluta que no ha tenido que sufrir lo mismo que los militares retirados, aparece la idea de la antigüedad como algo que el grupo prima. Entre los retirados, también llegaron a llamarse “antigüedad”, aun cuando ya no están “en el activo”, por lo que la idea de que nunca dejarán de ser parte del ejército cobra vida nuevamente.

¿Cómo se experimenta al “otro militar” en función de la antigüedad? Parte de los relatos fue que la carrilla a los nuevos era una manda, que, si les había tocado a ellos, tenía que tocarle a los de nuevo ingreso, todas las reglas y los castigos debían ser igualmente aplicados y debían contestar a todo “¡sí, mi antigüedad!”. Este “otro militar” también es dominable e inferior por ser de nuevo ingreso y, discursivamente, la forma en la que transmiten al interior de grupo los abusos sobre los nuevos reclutas está banalizada y normalizada, se cuenta incluso como una anécdota divertida, como si aquella violencia que se ejerce fuera algo poco más grave que una broma.

Con este análisis pretendo pensar las formas en las que el sujeto militar transita su cotidianeidad, cómo se vincula con el otro y cómo lo experimenta y cuáles son los elementos mediante los cuales forma su discurso a partir de aquel otro inferior y pensar sobre el cómo se juega la alteridad del sujeto militar. Un aspecto fundamental para entender la configuración de la realidad social del militar es cómo se da ese encuentro con los otros y desde qué posicionamiento se plantea. Pienso que esta investigación podría orientar otros ejes de análisis a partir de este emergente de lo civil/militar.

⁴⁶ La figura de “su antigüedad” sigue estando presente en el discurso de los militares más jóvenes que se encuentran activos, por lo que tanto el rango como la antigüedad sigue determinando las relaciones al interior del ejército.

III. La pertenencia como aspecto fundamental para el proceso de identificación del militar

“Cuando tu familia está lejos, tus compañeros se vuelven tu familia”.

En este texto haré un análisis de aquellos procesos que le permiten al militar identificarse con sus instituciones y cómo es que se da el sentido de pertenencia con el ejército y, sobre todo, con sus compañeros de armas y qué es lo que ocurre con sus vínculos de carácter “civil”, tales como la familia, la comunidad en la que vive/vivió, entre otras

El emergente de la pertenencia aparece desde el principio en el grupo y se menciona constantemente en otras entrevistas. De manera más específica, la pertenencia al ejército, indistintamente de si quien lo enuncia es activo o retirado. Pertenecer al ejército ordena sus ideas y su discurso, les permite identificarse y a su vez, orienta su experiencia entre ellos y con la institución como una especie de refugio, de proveedora de ingresos y prestaciones, en donde radican sus historias de vida, dibujando así al ejército como una necesidad para ellos.

El ejército atraviesa la forma en la que interpretan su pertenencia a otras instituciones, como lo son la familia, la sociedad civil, la vida pública y en algunos casos, el espacio laboral. En las entrevistas que realicé puedo interpretar en su discurso que la institución que rige su día a día es la del ejército, sus relaciones personales son siempre con base en la lógica militar.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

A pesar de la distancia y el tiempo, si bien, se piensan como militares, se consideran también parte de una familia, una familia que crece y que atraviesa su cotidianeidad mientras ellos se ven obligados a quedarse al margen, que se ven obligados a ser lejanos espectadores. La familia se enuncia en las entrevistas como algo a lo que hay que proteger, más que algo a lo que se pertenece; se resiste a la vida militar y sus vicisitudes, se apunta a cumplir con el mínimo de 20 años de servicio para poder retirarse. En una de las entrevistas “el Gafe” formuló una pregunta sobre el papel del militar con respecto a su familia, hacía referencia a cuidar a su familia al resistir lo suficiente para poder jubilarse y volver con sus respectivas familias y a sus pueblos de origen. La pregunta fue “¿Ustedes también aguantaron los 20 años para jubilarse para regresar con su familia o fue la lana?” Las respuestas que dieron los otros entrevistados afirmaban de una u otra forma que fue su familia la razón por la que aguantaron, ya que era su forma de proveer un hogar en el que no estaban, pero aun así cuidaban.

La familia es algo que los entrevistados se vieron obligados a ver a la distancia, en casi todos los casos mencionan con cierta culpa que se perdieron el nacimiento de sus hijos, sus primeros años de casados, la muerte de familiares, etc. “El Sargento” incluso compartió que la razón por la que se retiró hasta los 50 fue porque en su ausencia, su pareja se casó y fue demandado por pensión alimenticia y para no verse afectado, prefirió “buscar refugio en el ejército”. Por otra parte, hay cierta molestia hacia los compañeros que se encuentran activos, les recriminan que ellos tienen la ventaja del celular, que ya sea por llamada o redes sociales, tienen una mejor oportunidad de estar cerca de sus familias, algo que a los compañeros retirados no les fue posible y de ahí el origen de su molestia.

De acuerdo con lo que comparten, aquello que surge como una familia son los compañeros con quienes comparten guardias, misiones, noches y días enteros, siendo, según ellos, “la familia que haces dentro del ejército”. A pesar de que en general hablan bien del ejército, los entrevistados que se encuentran retirados comparten que en su tiempo las misiones eran muy lejos, que cada que se asentaban en algún lugar y que habían encontrado un equilibrio con el tiempo de

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

ver a la familia, les pedían moverse a otro estado para que se capacitaran en otro apostamiento y todo lo que les quedaba eran sus compañeros. ¿Será que la manera en la que se reemplazan los lazos familiares es por medio de la distancia e incomunicación propias del desarraigo? ¿Hasta qué punto es un mecanismo de alienación propio del adiestramiento militar el alejar al sujeto de su familia en orden de facilitar que el soldado considere que sus necesidades afectivas están cubiertas al interior del ejército?

El soldado convive a diario con el compañero, monta guardias con su compañero, se encuartela con su compañero y es con su compañero con quien sufre las violencias institucionales, “la carrilla” de los militares con mayor antigüedad y es con el compañero con quien vive y con quien se *comparte el pan*⁴⁷, por lo que la cercanía que se establece con el otro, con el compañero, se torna “más familia que su familia”.

Por otra parte, la familia que ya no ve, a la que pertenece sin estar, cada vez va pasando un poco más a segundo término, empiezan a dibujarse como *civiles* que conforman la familia de la que viene el militar; poco a poco, “su hermano no es tan cercano como su compañero”. El militar comienza a desarraigarse, a dejar de pertenecer a los círculos sociales a los que había pertenecido toda su juventud; la demolición del yo (Goffman, 2001) que se ejecuta en el sujeto de la institución militar y su familia biológica se convierte en la familia del desarraigo y su nueva familia, su compañía, es el soldado con el que comparte el pan, su compañero.

¿Qué implica el desarraigo para un sujeto? Etimológicamente, es la acción de arrancar raíces y, en un sentido literal, un sujeto es aquel que está sujetado a instituciones familiares, escolares, económicas, sociales y culturales por decir algunas, por lo que esta acción conlleva cualquier cantidad de demoliciones de todo aquello a lo que el sujeto se sujetaba, implica que le sean arrancadas toda las raíces de aquello que lo formó como persona. El objetivo del dispositivo de formación militar consiste en finalmente lograr que el sujeto que ha ingresado a la institución

⁴⁷ Etimológicamente, “compañero se deriva de *cum* que significa “con” y *panis* que significa “pan”. El compañero es aquel con quien se comparte el pan.

militar renazca como un nuevo sujeto, un sujeto producido por el ejército, que ya no tenga vínculos ni raíces con todo aquello que configuraba su vida al exterior de la institución militar.

Los cuarteles se consideran una *institución total* enfocada al cumplimiento de una tarea de carácter laboral que cumple con una característica central de las *instituciones totales*: desarrollar todo aspecto de la vida en un mismo lugar y bajo la misma autoridad única (Goffman, 2001), se lleva a cabo en la compañía inmediata de un gran número de otros a quienes se les da el mismo trato y cada uno desempeña una tarea estrictamente programada. Todas estas normas se imponen desde arriba en la cadena de mando, mediante instituciones formales explícitas y un cuerpo de funcionarios, todo con el único propósito de que estas actividades obligatorias se integren en un solo plan, deliberadamente concebido para el logro de objetivos propios de la institución.

El recluta ingresa de forma voluntaria al cuartel militar para su formación con una serie de saberes, costumbres, actitudes y pensamientos que obtiene en el proceso de socialización en el “exterior” provistos por la familia, la escuela y la sociedad en general y es a partir de este mecanismo que se producen sujetos; una vez dentro de la institución total, se comenzará un proceso de *desculturación*, entendido este concepto desde la teorización de Goffman como una sucesión de técnicas cuyo objetivo es incapacitar al sujeto de su vínculo con el exterior, un “desentrenamiento” de la vida diaria (Goffman, 2001).

El despojo de la concepción de sí mismo, le resta al sujeto la capacidad de oponerse o reaccionar a los mecanismos de perpetuación de las *instituciones totales*, como lo son las degradaciones, humillaciones y *profanaciones del yo*, procesos que Goffman define como *mortificaciones del yo* (Goffman, 2001). Uno de esos mecanismos es la barrera que las instituciones totales levantan entre el interno y el exterior, pues mediante el “encuartelamiento” se le impide al recluta salir, se le aísla y se le imponen rutinas diarias, buscando una ruptura con el pasado que haga una *mutilación del yo* que vaya haciendo espacio para el reemplazo por el discurso institucional.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

El aislamiento de los reclutas facilita la integración entre ellos, creando un proceso de identificación por la igualdad de condiciones. El recluta debe eliminar los roles que solía desempeñar y lo hace de manera voluntaria al ingresar al ejército: debe olvidarse de formar parte de una familia, de educar a los hijos, de sus bienes materiales, etc. y a través de rutinas de entrenamiento, “novatadas” y mecanismos de sometimiento institucionales se lacera y se castiga al cuerpo, se le signa con el uniforme, el corte de cabello, corrección de postura, etc. con la finalidad de mostrarle al recluta que ya no es más un civil, que debe someterse y obedecer a la cadena de mando; la institución habrá logrado replicarse en el sujeto que devendrá de la *mutilación del yo* y este nuevo sujeto adecuará los ideales institucionales del ejército y mantendrá su postura como una extensión de la institución militar frente a los civiles (Goffman, 2001).

Por otra parte, la forma en la que el sujeto militar interpreta las relaciones sociales es mediante una estructura jerarquizada de sometimiento a soldados de nuevo ingreso y/o menor rango, supeditada a una cadena de mando, en la que el soldado hace una tajante distinción entre lo civil y lo militar, ubicando al civil en un rango menor al del soldado raso de nuevo ingreso. Si el militar asume que lo militar habita en una esfera lejana al mundo de los hombres, entonces, las implicaciones de que un civil conviva con un soldado son, cuando menos, preocupantes.

En otro aspecto de esta misma producción del soldado, la institución militar se arraiga en el sujeto desde que éste se inserta poco a poco en el ejército, empieza a crear representaciones de sí mismo a partir de las lógicas institucionales en las que se encuentra inmerso y forma a partir de los ideales del ejército una noción de pertenencia, por lo que no es casualidad que sus afectos estén volcados hacia experiencias gratas y una sensación de protección por el ejército mexicano. Se crea la necesidad de pertenencia en el sujeto con respecto a la institución militar, a pesar de los maltratos, de las experiencias traumáticas, del dolor de dejar su lugar de origen y a su familia, de la violencia a la que se exponen y de las implicaciones de violentar a otros.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

Con respecto al relato o la “chiluda” es más que un recurso narrativo de los informantes retirados, es la forma en la que conectan con su vida militar, pienso que es una figura de acompañamiento o una red de apoyo que han hecho funcionar para poder sobrellevar, quizás de forma paradójica, el dolor de ya no formar parte de los militares activos y al mismo tiempo, para resignificar aquello que vivieron en sus días en el Ejército Mexicano. Al contarme estas “chiludas”, tanto activos como retirados las reconocen, sonríen al escuchar nuevamente el relato de su compañero, se sorprenden de los detalles a los que no les habían prestado atención y se corrigen a sí mismos cuando quien relata se equivoca de fecha, nombre o lugar.

Poder contar historias con sus compañeros sobre aquello que se vive dentro del ejército, como un ejercicio de resignificación, da sentidos y fortalece los lazos que se establecen al exterior del cuartel, pero a su vez, da continuidad a las lógicas militares que rigen su identificación como sujetos, ya que solo se permiten ser y estar como militares rodeados de otros militares, una imagen que no es accesible para sus familiares y amigos. En este sentido, los lazos establecidos entre ellos operan como un elemento que hace circular la idea de que ellos no pertenecen más a la vida civil, propia del dispositivo de formación militar, que denota que sus raíces ya no están en la localidad en la que habían vivido hasta antes de enlistarse en las filas del ejército y que sus vínculos no se encuentran colocados enteramente en sus familias que ven esporádicamente, sino en sus compañeros que han reemplazado la categoría de “familia”.

Durante la entrevista, se pueden notar las formas en las que el ejército está presente: se nota en la forma en la que se expresan, desde los códigos hasta las comunicaciones con señas que solo ellos entienden. A pesar de que no visten como militares, ni tienen nada que indique a simple vista que son o fueron militares, se puede notar claramente en la puesta en escena que se hace cuando conviven entre ellos; fuera de las entrevistas no es posible distinguirlo, es algo que solo se sabe hasta que se menciona. La institución está encarnada en el sujeto militar, toda interpretación o acción parte de una ideología militar y es a partir de ésta que se

hacen juicios y se toman decisiones. Es en esta acción que podría vincular la noción de pliegue trabajada por Deleuze a partir de las elaboraciones de Foucault, en este sentido, Deleuze insiste en que el individuo interior es codificado, recodificado en un saber “moral, y sobre todo deviene lo que está en juego en el poder, es diagramatizado. El pliegue es algo así como desplegado, la subjetivación del hombre libre se transforma en sujeción: por un lado, la “sumisión al otro mediante el control y la dependencia”, con todos los procedimientos de individuación y de modulación que el poder instauro, apoyándose en la vida cotidiana y en la interioridad de los que él llamará sus sujetos; por otro lado, el apego (de cada uno) a su propia identidad mediante la conciencia y el conocimiento de sí”, con todas las técnicas de las ciencias morales y de las ciencias humanas que constituirán un saber del sujeto (Deleuze, 1987). Es en este sentido que el militar está sujeto al pliegue, las relaciones de poder al interior de la institución militar atraviesan su subjetividad.

Pertenecer y no pertenecer al ejército, como se ha comentado anteriormente, determina la forma en la que el sujeto militar establece sus lazos de socialización, expresando cierto grado de desprecio por lo civil y gran afecto con todo aquello de carácter militar. En este sentido ¿Es el afecto por lo militar lo que pone en segundo plano todo aquello de carácter civil? ¿O más bien es propio de su formación militar el encontrar sentidos y vinculaciones en la esfera de militar, pensada como un lugar ajeno al del mundo de lo civil?

Hasta este punto el ser militar y su experiencia con respecto al otro ha sido una cuestión central en mi análisis de los emergentes del grupo, pero quizás valdría la pena preguntar sobre cómo el militar se representa a sí mismo. En este sentido, Castoriadis plantea que lo que en realidad nos interesa no es el ser de la representación sino su modo de ser; no su modo de ser para alguien, sino su modo de ser en sí mismo (Castoriadis, 1975). En este punto ya podemos vislumbrar lo que la institución militar ha hecho con el sujeto y cómo este se identifica con el ejército, pero en este apartado de la pertenencia es importante empezar a apuntar a

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

entender cómo el militar se representa a sí mismo, aun cuando más adelante planteo a profundidad esta temática.

El sujeto militar que se identifica y se reconoce con otros militares y se siente acompañado por ellos pero que asume como inferiores a los civiles es una perspectiva que se desprende del adiestramiento militar. Aquel civil que por las condiciones económicas y sociales en las que se encontraba consideró como opción unirse al ejército, se encontró con un dispositivo de formación que reproduce un sujeto concreto. Este sujeto de la institución militar, siguiendo a Castoriadis, nos interesa por su modo de ser en sí mismo.

Antes de comenzar las entrevistas, mis informantes siempre partían de una explicación sobre los rangos dentro del ejército, los cuerpos de la SEDENA, los tipos de infantería, etc. Y en esencia este breviarío informativo parece ser como su manera de contextualizarme de decirme, lo que, según ellos, “debería saber” e inicialmente pensaba que era porque así lidiaban con su ansiedad de poder contarme cosas quizás demasiado íntimas y hasta prohibidas, pero conforme pasaron las entrevistas descifré que fue más para colocarme en un lugar en el que se sentían más cómodos para poder contarme todo aquello que fue vaciado en las entrevistas, es decir, si te formo brevemente como militar, entonces perteneces al ejército y entonces sí puedo contarte cómo ha sido mi experiencia como militar.

En ese sentido, mi papel como entrevistador es ciertamente problemático, porque a pesar de ser conocido por mi grupo de entrevistados desde hace tiempo, no se comunicaban ya conmigo como familiar o conocido y fue hasta que surgió el emergente del “posible recluta” a partir de que “el Gafe” dijo: “porque ustedes como aspirantes a reclutas” que pude comprender que el lugar que ocupaba en el grupo no era el que yo pensaba, no era el terapeuta ni el familiar ni el estudiante: era aquel posible recluta.⁴⁸

⁴⁸ Es necesario mencionar que en una entrevista con él me mencionó que la edad máxima para enlistarse al ejército es de 30 años y que, por mi edad, “aunque quisiera” no podría ingresar, por lo que tuve que reflexionar por qué se me colocaba en el lugar del recluta.

Este elemento del pseudo recluta es un lugar en el que me colocaron mis entrevistados para poder hablar sobre la vida militar es muy interesante. Al pseudo recluta se le puede contar sobre cosas que no se le cuentan a la familia, que los civiles no entienden y que, por supuesto, no está prohibido mencionar si a quien se le cuenta es parte del ejército. Este lugar “como si” del posible recluta es performativo y produce realidad, ha permitido crear condiciones de posibilidad para que mis entrevistados se puedan abrir con ciertas temáticas que les son casi imposibles de mencionar a un *civilón*, pero ¿de qué manera se anudó en ellos la necesidad de escucha para crear la figura del pseudo recluta? ¿Es una cuestión de poder sacar todo aquello que han querido contar, pero no podían por razones tan diversas como profundas? ¿O es más bien que el dispositivo de intervención que les propuse lo que creó las condiciones de posibilidad para que se pudiera configurar un espacio en el que mi grupo de entrevistados pudiera compartir todo aquello que han mencionado hasta el momento? ¿Hasta dónde esta investigación es un producto de mis entrevistados en donde yo soy el escribano? En medio de todas estas preguntas puedo concluir una cosa: el hecho de que mis entrevistados me cuenten sobre sus experiencias pone en tela de juicio la omnipresencia del ejército mexicano que les prohíbe hablar de lo vivido, de lo confidencial de sus misiones y de sus experiencias; las fugas de la institución se ponen en juego aquí y como Foucault decía, el poder no puede predecir sus efectos.

IV. El miedo como aspecto cotidiano en la vida del militar.

“Imagínate lo que se sentiría perder 10 años de carrera por 10 segundos de video”

En este apartado elaboraré en torno al emergente del miedo, haré una revisión sobre todos los elementos discursivos que de manera dispersa se volcaron en el grupo. El miedo se manifestó de formas mucho más discretas que los otros emergentes del análisis, pero representó un conductor interesante de los comentarios que el grupo compartía. Trabajaré sobre el miedo como parte de su formación, como su herramienta de trabajo y como aquello que los atraviesa en su labor cotidiana.

El miedo es un emergente que paradójicamente, siempre está presente, pero se menciona tímidamente en el grupo. El miedo es un elemento central en el proceso de adiestramiento del militar, ya que constantemente están expuestos a los diferentes usos del miedo y del horror; buena parte de los “disciplinamientos” que reciben tiene su base en el miedo, sin embargo, la palabra *miedo* se ha usado poco por los militares que entrevisté, pero ¿por qué se menciona con cierto recelo? ¿Será que apalabrar al miedo implica ciertas connotaciones de debilidad que va fundamentalmente en contra de su formación?

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

Las situaciones de miedo que se han mencionado en las entrevistas van en función del miedo a la muerte, ya que se ha tocado el tema del narcotráfico, de cómo se han enfrentado con sicarios de diversas agrupaciones delictivas, “insurgentes” e incluso hablan sobre la frecuencia con la que se exponen a ser atacados por subalternos durante el cumplimiento de su deber. El miedo está presente incluso durante su proceso de formación en los momentos en los que se ven sometidos y violentados por compañeros de mayor antigüedad que aplican castigos por razones sumamente variadas que van desde la manifestación de individualidades⁴⁹ hasta el simple hecho de cumplir años en los primeros meses de la formación militar.

Podría pensarse al miedo como un elemento fundamental en la formación del militar, ya que se les moldea en torno al miedo al sufrimiento físico, el miedo al maltrato, miedo a ser diferentes o miedo a romper alguna regla. Constantemente se les reafirma el miedo por diversos factores y es este mismo el que los acompaña hasta el último día de funciones e incluso después, ya que viven en un constante estado de alerta; durante las entrevistas, se mencionó en diferentes momentos por parte de los entrevistados que su retiro se da hasta cumplidos 20 años “en el activo” si pretenden recibir una pensión del 80% y narraron que, aunque es económicamente mejor quedarse más tiempo para alcanzar el 100% de la pensión, no es recomendable porque si ocurre algún incidente que los lleve a la prisión militar, toda su antigüedad se elimina y de manera posterior a cumplir la condena que determine el tribunal militar, se les expulsará sin derecho a pensión.

¿Cuál es el papel que juega el miedo en la formación de los soldados? Claramente la forma de sometimiento usual dentro del cuartel implica el uso del miedo: el no experimentar la violencia física bordea al sujeto dentro del sujeto concreto que el ejército busca reproducir, sin embargo, se suele omitir la experiencia del soldado cuando se habla del ejército, se dejan de lado sus sentires y emociones, pero ¿será que realmente se omiten sus emociones o es una imposibilidad de comunicar la experiencia? Roberto Manero retoma a Hannah Arendt para hablar del terror y la

⁴⁹ Comentaron que puede ser por aspectos físicos como tener orejas o nariz grandes o porque sus familias les escriben mucho o porque son reservados, etc.

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

dominación totalitaria, abordando la imposibilidad de los sujetos de comunicar que fueron víctimas del totalitarismo por medio de los campos de concentración, sin embargo, es probable que de alguna manera esta imposibilidad de comunicar la experiencia del horror pudiera aplicarse al horror que experimenta el soldado durante su adiestramiento, en transformarse en ese “animal que no se queja” que menciona Arendt (Manero, 2008).

Considero que las diversas y bien variadas formas de tortura⁵⁰ que el militar experimenta a lo largo de su formación, su constante adiestramiento y su vida “en el activo” se presentan entonces como un recuerdo traumático, mismo del que no se habla y se omite de su discurso. Manero propone este recuerdo como una retraumatización, un recuerdo que no aparece sin dolor, aquel rechazo a recordar haber sido objeto de humillaciones profundas y sistemáticas que obliga al sujeto a asumir un lugar asignado por el victimario, desde el cual resulta imposible la denuncia (Manero, 2008), lo cual nos podría ayudar a arrojar un poco de luz sobre el uso del miedo como parte del dispositivo de formación militar, ya que el miedo es una de sus principales herramientas en la producción del sujeto militar.

Retomando una de las entrevistas, “El Gafe” insistió en que se les juzga tanto por lo civil como por lo militar, que de ahí viene “lo castrense” porque “los castra”, los ata de manos y que los “desechos humanos”⁵¹ solo “existen con la finalidad de entorpecer su trabajo”⁵² y que los superiores les insisten que, si quedan expuestos, se les tendrá que juzgar y perderían toda su antigüedad, usando nuevamente el

⁵⁰ En este sentido, Hannah Arendt menciona que los métodos y las estrategias usadas por los nazis para aniquilar la individualidad de los prisioneros eran innumerables y, con el propósito de matar el cuerpo lentamente, eran deportados a los campos bajo condiciones infrahumanas: el hambre, la sed, el frío extremo, las selecciones, la sustitución del nombre por un número, el rasurado de sus cabezas, la uniformación, las torturas inimaginables. Tras la aniquilación de la persona jurídica, el asesinato de la persona moral y la destrucción de la humanidad, los hombres son transformados en cadáveres vivientes, sin el más ligero rasgo de espontaneidad, exige que la víctima torturada se deje llevar hasta la trampa sin protestar, que renuncie a sí misma y se abandone hasta el punto de dejar de afirmar su identidad (Arendt, H. 2002).

⁵¹ Se refiere a los Derechos Humanos

⁵² Retoman la idea de que los “civilones” no entienden lo que ellos hacen para proteger al país. Nuevamente se manifiesta esta forma del civil ignorante, pero esta vez como una institución que regula los Derechos Humanos.

miedo a perder su futuro, su estabilidad económica a largo plazo y el miedo a ya no pertenecer.

La pertenencia juega un papel muy importante en el ejército, la apuesta de Freud con respecto a la psicología de las masas es la de la ligazón libidinal, que facilita el proceso de identificación con el líder; con respecto al ejército, Freud señala que su teoría de la *ligazón libidinal* considera que aquellas masas cuya ligazón está signada por el amor entre el líder y los integrantes establece una dinámica en la que si el sujeto deja de pertenecer y “deja de ser amado por el líder”, se convierte en un sujeto exterior, alguien que ya no pertenece; aquellas masas (como el ejército) marcada por el amor entre el líder y los integrantes, así como entre ellos mismos, suelen estar orientadas al odio a quienes no pertenecen a ella, por lo que al ser expulsados del ejército, se convierten en objetos de odio. El miedo del “Gafe” podría ser interpretado como miedo a dejar de pertenecer, dejar de ser amado por el líder y convertirse en un sujeto externo al ejército, en un civil⁵³, a aquello que lo identifica y reconoce como sujeto militar.

En las entrevistas hubo una noticia que al grupo le pareció muy polémica y es que el 26 de febrero de 2023 un convoy de militares presuntamente acribilla a 6 jóvenes afuera de un bar en Nuevo Laredo, Tamaulipas, solo uno sobrevive; por la mañana, los familiares de los jóvenes acribillados se acercan a militares y forcejean con ellos, los insultan y les reclaman a gritos por la muerte de los jóvenes. Mientras todo ocurre, golpean a un militar que estaba un poco más alejado de donde los civiles se hacen de palabras con los soldados, éste procede a abrazar su arma mientras recibe patadas en la cabeza hasta que una mujer en la escena les pide retroceder, acto seguido, los civiles son dispersados por balas al aire, disparadas por militares.

Las notas periodísticas cuentan una historia desde una perspectiva totalmente diferente a la que comparte el grupo de manera constante en las entrevistas: ellos insisten que el operativo en Tamaulipas es muy amplio y no hay forma de saber si realmente fueron los de aquel convoy o si incluso fueron militares. Para ellos, el

⁵³ El miedo de convertirse en el otro (ese otro inferior), de verse reflejado en él es parte de lo que genera ese rechazo por lo civil. Esta noción es trabajada ampliamente por Todorov.

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

militar que fue golpeado pudo haber accionado su arma contra los civiles en cualquier momento, “el Gafe” insistió en que el soldado únicamente se limitó a pensar en su familia, su futuro y su pensión, “el chavito” comentó que están muy conscientes de que 10 años de su vida se pueden ir en 10 segundos de video. La indignación que se hizo presente en la última entrevista cuando el grupo trajo nuevamente la nota fue generalizada, pero coincidieron en que los golpes que recibió el soldado de Tamaulipas no eran nada en comparación a lo que vivían en su entrenamiento y primeros meses de formación militar, por lo que entienden porque prefirió no perder su arma y solo quedarse en el piso; en ese momento pude observar nuevamente que el miedo que se les inculca de perder todo por ser llevados ante el tribunal militar estaba totalmente presente en cada uno de ellos.

Siguiendo la idea anterior, la mirada juzgadora y alerta del civil, que ya cuenta con los medios de evidenciar un altercado con militares les podría representar perder todo lo que han ganado con el ejército, desde la antigüedad, las prestaciones y el sueldo que también es el sostén de su familia hasta su pertenencia al ejército, que esta institución de manera oficial les diga que no son más militares. Entonces el civil se les presenta como alguien a quien tenerle miedo, porque podría costarles todo lo que son y lo que hacen: ser militares.

Durante esa misma entrevista, “el Gafe” les preguntó a sus compañeros que si sabían qué era lo que estaba cuidando ese soldado golpeado y al unísono contestaron: - ¡su arma! – a lo que el Gafe les contestó -No, en su familia ¿no? -. Este momento en particular llamó profundamente mi atención porque pude ver de primera mano cómo el entrenamiento básico no sólo adoctrina los cuerpos por medio de la disciplina, sino que coacciona a los sujetos militares a tener respuestas idénticas y uniformes a cierto tipo de cuestionamientos o estímulos, que de alguna manera si se “acciona un gatillo” la respuesta es la misma.

¿Podríamos pensar que el miedo una de las herramientas de la disciplina para producir al sujeto militar? Para Foucault el cuerpo queda prendido en el interior de poderes muy ceñidos, que le imponen coacciones, interdicciones u obligaciones, todo este proceso de dominio sobre el cuerpo se origina a través de la disciplina. El

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

momento histórico de la disciplina es el momento en que nace un *arte* del cuerpo humano, que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés. En este sentido, la institución militar funciona bajo esas mismas lógicas y es en esa coacción de la disciplina, siguiendo a Foucault que se condicionan no sólo los cuerpos, sino también las formas subjetivas del sujeto totalizado por la institución castrense, por lo que, tratando de hacer una primera apuesta teórica, consideraría que el miedo es inherente a los procesos disciplinarios del dispositivo de formación militar (Foucault, 2002).

Por otra parte, si bien, el tema del narcotráfico se ha tocado de maneras breves, ha tenido gran peso en la participación del grupo. Lo que han compartido siempre ha sido en tenor de confesión, iniciando en ocasiones acompañado de “lo que te puedo compartir es”, “lo que yo pienso, bien aparte del ejército es” o “yo no sé qué pensar, pero”, como si existiera un miedo de que lo que digan pueda ser escuchado por alguien que no sea yo o como si quisieran no hacerse cargo de lo dicho, pero es claramente miedo manifestado en forma de cautela.

Un tema que ha llamado la atención del grupo cuando se comparten “chiludas”⁵⁴ es la de la tensión que se vive cuando un subalterno se rebela, ya que se ha comentado que, en ocasiones, los cabos o soldados rasos no obedecen las reglas que se les imponen por parte de sus oficiales al mando, sargentos o capitanes y que puede llegar a ocurrir que existan peleas y en otros momentos, que el subalterno intente matar o definitivamente mate a su superior. Comentan que no es muy sonado para los civiles porque es de carácter militar y se resuelve por sus propios medios, pero que, como comenta “el chavito”, ocurre “frecuentemente”, y aunque desconozco la temporalidad que implica “frecuentemente”, la sola posibilidad de ser asesinado por un subalterno existe y acecha.

⁵⁴ Nombre que se le otorga de manera coloquial por parte de los militares a las historias de situaciones o experiencias vividas en el ejército

¿Podríamos entonces pensar que el miedo a ser asesinado por un subalterno, por ser atacado por un grupo armado de sicarios, por ser violentado por compañeros de mayor antigüedad, por ser juzgado por la vía militar y perder su futuro a largo plazo y por ser sometido a castigos físicos es parte de lo que el soldado debe experimentar en su periodo como activo? El miedo se dibujaría entonces como un cerco al sujeto militar, que lo *embosca* y que lo obliga a evitar en medida de lo posible que aquello a lo que se le tiene miedo se manifieste como una realidad, entonces ¿el miedo sería una forma de reproducir cierto tipo de sujetos que conformen al brazo armado del Estado? Considero que es necesario seguir haciendo preguntas en torno a las funciones y usos del miedo como herramienta vehiculizadora de la experiencia del militar con el objetivo de seguir pensando su cotidianidad.

En orden de pensar el horror, el terror y sus secuelas subjetivas Manero propone pensar las vivencias y las experiencias de las personas que han sufrido el encierro, la tortura y el maltrato por parte del Estado. El cuerpo es un elemento central para pensar el horror, son las deformaciones, los dolores infligidos y la mutilación de ese cuerpo las fantasías desde las cuales el miedo y el horror se apoderan del yo. La manipulación del cuerpo es, finalmente, el eje fundamental del dominio (Manero, 2008).

“La dominación totalitaria se establece, entonces, *cuando el objeto es el cuerpo*, y no puede ser objeto de otra cosa que de la violencia (...) El terror se apodera del cuerpo, que es otra manera de decir que el cuerpo es *expropiado* por el terror. El terror nos enajena el cuerpo. Desde entonces, estamos *anonadados*, el yo se convierte en *nada*, nos ausentamos, somos superfluos, hasta para nosotros mismos.” (Manero, 2008). Es mediante el terror que surge una figura de un sujeto dominado, un nuevo sujeto bajo las lógicas del terror que obedece y se somete, una creación de un sujeto bajo las *tecnologías o estrategias del terror*.

Manero retomando a Arendt menciona que el sentido de este nuevo sujeto que surge como consecuencia de las estrategias del terror es hacer sujetos superfluos, intercambiables, sin nombres propios; al reducir el espacio de la masa (del sujeto

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

militar diluido en una cifra) hasta reducirla en un Uno donde se pierda la diferencia, dejando un sistema en el que lo que se juega es la supervivencia y el sufrimiento de manera casi aleatoria (Manero, 2008).

Aun con las breves menciones de lo que representa el miedo para mis entrevistados, considero que el grupo ha producido su propio sentido para elaborar el miedo desde ciertas reacciones defensivas. El manejo del miedo no nombrado se ha colectivizado, se ha platicado de formas indirectas y se ha tratado como una especie de desafío para el militar que se enfrenta al escrutinio de la sociedad civil, al crimen organizado, a los subalternos que se rebelan y a las leyes militares; a pesar de dichos desafíos, existe la posición generalizada del “...*pero estamos muy bien*”.

Debido a la gran presencia que tiene el miedo en lo no dicho, fue necesario insistir en el abordaje de este emergente desde otros lugares, ya que consideré que a partir de la propuesta de intervención del acompañamiento psicosocial podía aportar en la resignificación de los eventos traumáticos que se viven “en el activo” ya que estos militares son formados por el miedo, sus mecanismos de operación se basan en el miedo y experimentan el miedo a diario.

Un elemento fundamental del miedo es el uso de la violencia. Es mediante violencia física y torturas que el ejército disciplina los cuerpos de sus sujetos, y, aunque no esté manifiesto en el discurso de la institución, se deja entrever que los procesos disciplinarios propios del ejército y las violencias que se ejercen en la cadena de mando entre soldados de mayor y menor rango son parte del día a día. En este momento, cabe preguntarse ¿De qué violencia hablamos cuando mencionamos *violencia*? Fernando García retoma la raíz etimológica de la palabra: *vis* que significa – derivado del latín- vigor, fuerza y *lentus* que significa no sólo lento, sino continuidad, por lo que se podría decir que es una fuerza persistente⁵⁵ (García, F. 2016).

⁵⁵ La conceptualización de violencia retomada de la obra de Fernando García facilita un abordaje teórico más preciso a dicho concepto y permite aterrizar el supuesto de que no se puede formar a un ejército sin violencia.

Fernando García señala que la violencia suele ser considerada como algo que debe evitarse, sin embargo, menciona que la violencia tiene que ser una experiencia de la vida, de la temporalidad y de la política bajo la premisa de que la violencia no puede ser encapsulada de forma aséptica de la economía de fuerzas en la que se desarrolla, porque ella también se produce en/con la ciencia, en/con el arte, en/con la política, etcétera. Si se quiere depurar el elemento vigoroso, potente, del acto destructivo por medio de una antropologización sospechosamente humanista, es no querer comprender la problemática política propia de la violencia en cuanto actos de lucha y de transformación (García, F. 2016), es decir, la violencia es parte inherente de la vida diaria, de la estructura psíquica del sujeto, de las relaciones sociales, de los procesos instituyentes, de las formas de institucionalización, etc. e intentar depurar la violencia de todo aquello de lo que es inmanente, es tomar una perspectiva quizás un tanto simple y reduccionista.

Fernando García, citando a Žižek, expone que no hay violencia ni mala ni buena, sino más o menos violencia: la violencia menor como la fuerza vital -o potencia, como prefiere Fernando- para crear las propias diferencias y el exceso de agresión. La definición de lo ‘menor’ de la violencia no puede escapar, para su definición, a la misma economía de la violencia. En este sentido, la disputa entre violencias, entre una menor y una mayor violencia, es definida como economía. Economía significa el juego entre violencias ante la imposibilidad de su reducción absoluta (Biset 2012).

El concepto de *violance*, que es la propuesta conceptual de Fernando García, sería la “estructura” en y con la que se producirían tanto las diferencias de intensidades de la violencia, así como como el diferir de las potencialidades de ésta. La *violance* solamente se puede percibir por sus efectos, en sí ella no es, no existe, pero produce las distintas formas de violencia. Por lo tanto, no puede no haber violencias, hay más o menos violencias intensas, unas con más fuerza otras más débiles, y más o menos potenciales. Pero la *violance* no es ni violenta ni pacífica en sí: son los actos políticos, las relaciones de poder, las relaciones de producción, los que ponen a operar distintas intensidades y cantidades de violencia

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

dependiendo del sentido operativo que les dan estas relaciones, generalmente movidas por el conflicto (García, F. 2016).

Con estos apuntes no se pretende promover un discurso de violencia interiorizada y justificada desde la academia, ni tampoco se pretende justificar las formas de violencia física de las que se vale el ejército para el adiestramiento militar, sino de la economía de la violencia y la lucha constante entre violencias menores y violencias mayores. Fernando García nos advierte: “La violencia absoluta es la propia destrucción de la violance y de la *viopolítica*”, es decir, la destrucción total del discurso, de la posibilidad del decir, incluso del propio sentir como discurso potencial, inocularía el virus absoluto de lo Uno y de la Presencia, suprimiendo definitivamente al otro, a la llegada/venir del otro sin aviso y sin condiciones. Esa sería la mayor violencia posible, pues no habría más posibilidad de *ad-venir*. Por lo mismo, y por paradójico que parezca, el juego entre una menor y una mayor violencia en las prácticas políticas y sociales debe mantenerse a costa incluso de una lucha, de un *polémos*, permanente, que no son otra cosa que la desconstrucción en acto (García, F. 2016).

En orden de cerrar este análisis, considero que es necesario mencionar lo siguiente: desde mi posicionamiento frente a esta investigación, considero que el miedo se presenta espejado, es decir, el miedo de mis entrevistados genera miedo en mí también. El miedo que experimenté no es contratransferencial, es un miedo que considero absolutamente válido por todo aquello que experimenté en mi proceso de investigación y que también se desprende de la posibilidad de la atención de “*la segunda sección del ejército*⁵⁶” ¿Hasta qué momento el miedo deja de ser fantasía y en qué momento se transforma en realidad?

El miedo es propio de una investigación que conlleva trabajar con militares. El no tener miedo cuando me veo expuesto con un grupo de militares que han ejercido violencia directa hacia otro ser humano sería absolutamente insensato. El miedo dispara en mí imaginarios sobre persecución que se derivan de tratar con sujetos de una institución que representa el brazo armado del Estado, de escucharlos

⁵⁶ Inteligencia militar de la SEDENA, área encargada de la investigación militar.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

hablar de cosas que no deben contar a civiles, de sentir miedo cuando se comunican entre ellos de formas no verbales mientras estoy en entrevista... considero que el miedo no es contratransferencial, es justificado. Lidar con mi miedo mientras el proceso de investigación avanzaba fue absolutamente necesario para poder continuar.

V. El patriotismo en el imaginario del militar

“Nuestro deber es y será siempre la defensa de la soberanía de la nación”

¿Qué motiva al militar y cómo justifica sus acciones? El patriotismo juega un papel muy importante en su discurso, es a partir de esta idea que perciben su labor como necesaria y, sobre todo, se perciben a sí mismos como héroes al servicio de la patria. Aquí abordaré las formas en las que estos imaginarios se instauran en el discurso del militar y qué repercusiones tienen en el cumplimiento de las órdenes.

El patriotismo como emergente en las entrevistas grupales disparó una serie de intervenciones que, de alguna forma, salían en defensa de la imagen del militar. Se creó una apología al militar como un héroe patriota que se pone de cara frente al peligro con la finalidad de que el civil pueda descansar tranquilo de que ellos están desempeñando una peligrosa labor: defender a la nación con su vida en caso de ser necesario.

La defensa de la soberanía de la nación es, de acuerdo con lo comentado por mis entrevistados, la función principal del soldado. Defender a la nación de todo aquel que busque dañarla de cualquiera manera y que, por consecuencia, afecte los intereses del gobierno es prerrogativa del militar. Defender a la nación implica asumir a ese otro desconocido como enemigo, aunque ese sujeto que daña sea difuso y sólo se vislumbre a través de las órdenes de los oficiales al mando, que

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

solo sea visible o reconocible por medio de las coordenadas en las que se les despliegue, aquel enemigo al que se les ordena que se le abra fuego antes de investigar si es un enemigo o no. El soldado no es formado para tomar decisiones, es entrenado para obedecer y en esa imposición de prohibición de discernimiento es que el ejército opera, es en donde la violencia que el soldado ejerce se manifiesta.

Este enemigo de la nación al que se les ordena atacar suele ser pensado en igualdad de condiciones, es decir, que cuenta con la formación necesaria y con el conocimiento de las mismas tácticas militares; la narrativa que surge en torno al enemigo es que está armado, está dispuesto a hacer daño y con el mismo nivel de entrenamiento, que ese enemigo probablemente se enlistó en el ejército para aprender a combatir y que conoce todo lo que hay que saber sobre el ejército, por lo que no deben dudar a la hora de entrar en combate: el enemigo está tan preparado como el soldado, pero ¿sería muy aventurado pensar que la razón por la que al militar se le convence de que el enemigo tiene formación militar es para que no limite el uso de la fuerza contra los objetivos a los que se les ordena atacar? No es que descarte la posibilidad de que los sicarios puedan ser desertores del ejército, pero ¿Qué tan a menudo ocurre realmente esta situación?

Pensar al enemigo en igualdad de condiciones⁵⁷ tiene diversas implicaciones, pero no sólo es un enemigo con motivaciones difusas, sino que son motivaciones “erróneas”⁵⁸, en este sentido, “el sargento” comentaba que durante el conflicto con el EZLN se les comunicó que el narcotráfico había infiltrado las filas de los zapatistas y que en su “forma errónea” de entender el conflicto, querían tomar control de varias instalaciones del gobierno para descontrolarlo y buscar la independencia de Chiapas. Por la forma en la que se contó la “chiluda” de aquel despliegue, el convencimiento de lo que estaban haciendo era total y en contraste, surgían otras “chiludas” sobre las misiones durante la guerra contra el narcotráfico

⁵⁷ Importante mencionar que el enemigo no es un igual, el enemigo sigue ocupando la condición de civil y por lo tanto, sigue sumido en esa relación disimétrica con respecto al militar.

⁵⁸ Este enemigo no sólo es inferior por su condición de civil, también está sumido en la ignorancia, opera desde una idea equivocada de la situación. Todo esto a partir de los elementos discursivos del militar

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

del expresidente Felipe Calderón, en las que sentían que habían cosas que no se les estaban compartiendo, despliegues contra el enemigo en coordenadas en las que debían moverse de un lugar a otro en locaciones totalmente desiertas a las que les tomaba todo el día llegar, dejando carreteras y caminos sin supervisión.

En este sentido, el soldado queda desprovisto de posibilidades de toma de decisiones, debe cumplir las órdenes, ya sea por convicción o por disciplina. Las órdenes se vuelven algo así como sagradas, la simple idea de incumplirlas conlleva una serie de eventos en los que uno es cada vez peor que el anterior. En sus palabras, sólo aquellos reclutas que se enlistan “por hobby” pueden caer en el incumplimiento del deber y son estos los que ponen en riesgo las operaciones, los que “no tienen claro que su deber es con el país”.

“Las cosas en las que uno cree no deben importar, es por eso por lo que hasta en las elecciones se nos pide ser apartidistas y eso somos, somos apartidistas” decía “el Capitán”, desapareciendo todo rastro de individualidad, *uniformándose* con sus compañeros, con los ideales del ejército, con lo que se espera del soldado... una afirmación más que interesante tratándose de un militar que comentó que había desertado del ejército mexicano⁵⁹...

La obediencia de las órdenes se ha mencionado en las entrevistas a partir de la experiencia del militar como el apego a sus consignas, pero también como el cumplimiento con su labor con la nación. En algunas ocasiones mis informantes están completamente de acuerdo con aquello que se les indicó que hicieran y en otros casos, obedecieron aún sin estar muy de acuerdo, porque el desacato deviene en una baja o en el cumplimiento de una condena en la prisión militar que les quita la posibilidad de seguir en el Ejército Mexicano y como consecuencia, fracasar en aquello que, en esencia, los llevó a enlistarse: pensionarse y llevar sustento a sus familias.

⁵⁹ No pude ahondar más en su desertión porque ya no tuve contacto con él. Considero que habría enriquecido mucho el análisis abordar su perspectiva, pero no coincidimos más. Sus compañeros saben que desertó, pero no conocen los motivos. Un aspecto interesante es que los otros militares del grupo no hacen distinción con él.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

El sentido de la pertenencia y la identidad juegan un papel importante en la formación del militar. La pertenencia le permite al militar identificarse como un soldado que forma parte de las filas del ejército. Como mis entrevistados han dejado en claro, son primero militares y después ellos mismos y luego todo lo demás. El ser militar ordena su discurso y la forma en la que experimentan la realidad social en la que están insertos y en la que juegan un papel fundamental en las lógicas del Estado; si toda la experiencia del sujeto militar parte de su sentido de pertenencia, habría que considerar el abordaje del análisis de la experiencia del sujeto militar desde la configuración de su discurso y su identidad desde el adiestramiento del que es objeto desde el ejército.

Algo que llamó fuertemente mi atención durante las entrevistas que realicé es la significación de la acción de matar, que al igual que el miedo, es un elemento poco mencionado en el discurso de mis entrevistados. En varias “chiludas” hablan sobre accionar su arma, sin embargo, aquello que ocurre del otro lado del cañón de su rifle está totalmente ausente del relato, como si al entregar un informe, hubieran recortado de la hoja intencionalmente la parte en la que, ya sea en defensa propia o en cumplimiento de las órdenes, tuvieron que matar a otro ser humano.

¿Qué implicaciones tiene para el militar que al contar la historia de su violencia omite la parte en la que mata a otra persona? Muchos de los relatos que comparten retoman la muerte como un elemento presente, ya sea de “camaradas”, de supervivencia o de situaciones amenazantes, pero nunca que ellos hayan tenido que matar a alguien, no se ha mencionado a todas luces ¿será que es algo que intencionalmente no me cuentan porque los avergüenza, algo no resuelto, algo traumático o quizás algo que no saben cómo abordar? ¿O podría ser un tema de seducción inconsciente en la que al “posible recluta” no se le cuenta para que no conozca una de las partes más desafiantes del cumplimiento del deber del militar?

Considero que esta omisión podría estar relacionada con la pertenencia al ejército: la acción de matar es parte de su trabajo, está fuertemente vinculada con la experiencia del militar y su formación dentro del cuartel. Se le enseña al soldado el cómo prepararse para la guerra y cómo debe de reaccionar cuando se encuentre

frente a ese otro al que, por las órdenes de los oficiales, debe matar. Por tanto, esa omisión en el discurso de la acción de matar podría deberse a que desde la experiencia del militar es algo que debe ocurrir, algo para lo que fue adiestrado y educado. Quizás algo que se omite a la hora de pensar al soldado que mata es que el matar también produce efectos en el victimario y pienso que se omite desde muchos ámbitos: desde la formación del militar, desde la forma en la que el Estado concibe al soldado, desde los medios de comunicación que criminalizan al militar, pero también entre compañeros. La ausencia en el discurso de los efectos y consecuencias de la acción de matar me parece muy interesante.

Otra posibilidad que considero con respecto a la omisión del acto de matar en el discurso de mis entrevistados es que no es que se deba la cotidianeidad del militar y la banalización de la extrema violencia; quizás se deba a que, durante su formación, la represión de la culpa por matar esté presente en su adiestramiento, ya que desde este momento empieza ese desarraigo del sujeto implícito en su formación, que empieza a establecer la relación disimétrica con todo aquel que no pertenezca al ejército. De esta manera, el militar asumiría que el matar no es de gran trascendencia si a lo que se le da muerte es a ese otro inferior, lo que de alguna manera le daría una especie de sentido al por qué el ejército quiere formar sujetos que no se identifiquen como civiles y refuercen su identidad a través de la pertenencia al ejército.

¿Bajo qué concepto se anuda el sentido de pertenencia de los militares? La pregunta que planteo no tiene una respuesta fácil, pero considero que preguntar en torno a ello podría resultar más esclarecedor que buscar una sola y contundente respuesta. Pienso que uno de los elementos sería el emergente del patriotismo, no es cosa menor que se mencione como una virtud dentro del discurso de mis entrevistados, algo que de alguna manera los conmueve y los motiva. La manera en la que significan el uniforme, la bandera, el himno, el escudo nacional, etc. denota un profundo respeto en la forma en la que se expresan, pero no es una práctica común entre los ciudadanos, o al menos no de la misma manera.

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

¿De qué medios se vale el ejército para producir a sus sujetos con esta idealización hacia los símbolos de la nación? ¿Es uno de sus mecanismos el sujetar estos símbolos al disciplinamiento por el que deben pasar para ser soldados? ¿O quizás la “defensa de la soberanía de la nación” justifica las acciones y la forma de operar del ejército, por lo que resultaría de vital importancia que sus activos lo crean firmemente?

Más allá de la ambigüedad que la institución del ejército manifiesta cuando instruye a sus soldados para ser “patriotas” y poder justificar las acciones violentas que comete el ejército como una “defensa de la soberanía de la nación”, es necesario pensar qué efectos tiene este mecanismo ideológico del ejército en los sujetos que produce, ya que hay una polisemia en los significados que se le atribuyen a conceptos como nación, soberanía y patria. Discursivamente, el patriotismo surge como un valor fundamental en la formación del soldado, debe estar orgulloso de poder representar a su país y servir para proteger al pueblo mexicano. Todo soldado que no demuestre un profundo respeto por los símbolos de la nación es fundamentalmente un traidor a la patria.

Benedict Anderson menciona que la intención de las naciones es inspirar un amor profundo a través de aquellos aspectos culturales propios del nacionalismo; de esta forma, la nacionalidad se asimila a elementos que no pueden escogerse ya que hacen referencia a un lugar de nacimiento, el color de la piel o el linaje familiar. (Anderson, 1993). El papel que juega el nacionalismo es fundamental en la formación del militar, porque apela a estas condiciones no elegibles de la nación, les inculca el amor por la bandera y el himno nacional. Es entonces el objetivo de la nación que se forje un espíritu de pertenencia a partir de condiciones culturales que pretenden ser esenciales.

Para el grupo, el patriotismo es un elemento fundamental en las formas de operar de la nación. Que el soldado haya nacido en México no es suficiente para coaccionarle; el ejército como la institución más importante del Estado-nación, organiza un sistema de símbolos que le permiten a sus sujetos el sentirse identificados con ellos. Pensar al patriotismo como parte de la formación militar

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

daría cuenta de por qué los soldados desde su discurso justifican sus acciones como “la defensa de la nación”; éstos símbolos ordenan las formas y mecanismos de identificación y pertenencia al interior del ejército. Norbert Elías considera que el Estado necesita al ejército para su organización, pues es ahí donde se coloca el monopolio de la violencia. El monopolio de la violencia implica una serie de prohibiciones sociales en relación con la violencia que tiene un efecto concreto en la sociedad (Elías, 2015).

Siguiendo a Norbert Elías, piensa que en el Estado las organizaciones militares y la policía usan la violencia física para prevenir que los ciudadanos lo hagan. Menciona que los siglos pasaron hasta que se diera el proceso de restricción individual de la violencia, que se reservara para el Estado, mientras el monopolio de la coerción en manos del Estado se volvió más eficiente (Elías, 2015). ¿De qué otra manera el Estado puede garantizar el monopolio de la violencia legítima si no es a través de su implementación e incluso su mejora? El ejército mantiene sus estructuras económicas y tecnológicas en constante transformación, busca que las armas que utilizan sean más rápidas y más letales, que sus soldados estén mejor entrenados, que su arsenal esté a la altura al de otros países, que los recursos económicos que se destinan al ejército sean considerablemente altos.

¿Por qué el Estado busca que particularmente a los soldados se les forme bajo las ideales del patriotismo? El soldado asume que estos símbolos patrióticos son inamovibles, que existen desde siempre y que, si alguna representación de sí mismos llegara a desgastarse, la pertenencia a la nación es eterna, quizás porque la abarcabilidad del Estado podría configurar esa idea de eternidad. Entonces, para el Estado es de absoluta importancia que el ejército garantice y salvaguarde esta continuidad y abarcabilidad que representa, si el Estado no puede ordenar y organizar a la sociedad, fracasa. El Estado existe socialmente por los vínculos y las redes en el espacio nacional engendrado por él y para él y, por lo tanto, no puede hacer funcionar sus instituciones, y al final es la tarea final del Estado, como plantea Manero, El Estado es institución (Manero, 2024).

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

Manero plantea que la psicología social de Enrique Pichón-Riviére tuvo que ocuparse de la definición del concepto de Estado a partir de la necesidad de pensar los regímenes militares del cono sur en la década de los 60's así como sus efectos psicosociales en torno a los dispositivos disciplinarios (Manero, 2024). Comprender las implicaciones del ejército como parte fundamental de la institución del Estado es central para las ciencias sociales, ya que juega un papel fundamental en la garantía de su continuidad.

Entonces se podría pensar que el producir un sujeto militar que no estuviera totalmente convencido de que la defensa de la nación y sus símbolos no fuera absolutamente necesaria sería cuando menos complejo. Se formarían únicamente soldados formados en la aplicación de la guerra y sus tácticas, pero sin ese elemento que cohesionara sus creencias, incluso la pertenencia al ejército quedaría como una significación algo endeble y podría resquebrajar la idea del ser militar. Planteo aquí que no basta solo con ser militar, con enlistarse porque es un trabajo que otorga garantías laborales a futuro, sino que también ordena el discurso y la experiencia del militar en función de la identificación con los símbolos del Estado para garantizar su idea de pertenencia a una institución que se presenta no sólo como heroica también se presenta como eterna.

La justificación de la formación del soldado es la defensa de la nación, todas las estrategias y mecanismos del ejército para producir sus propios sujetos tienen como piedra angular dicha máxima. Se forman soldados bajo ciertas técnicas y métodos que no solo crean un sujeto militar entrenado, también adoctrinado, sin embargo, el ejército no es omnipresente, no puede garantizar que todos los soldados formados bajo su supervisión tengan la misma experiencia, el mismo aprendizaje y el mismo sistema de valores y menos aún, el mismo comportamiento, es decir, el poder al que son sometidos no puede predecir sus efectos y es aquí en donde se presentan las fugas institucionales. Trabajar y pensar sobre las fugas institucionales del ejército será un elemento con muchas aristas que requiere un análisis a mayor profundidad, sin embargo, considero que es necesario poder enunciar mi intención de elaborar más adelante en otra instancia en torno a esta

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso



noción porque considero que es un elemento importante que requiere de un trato particular en otra investigación.

VI. La figura del recluta/simpatizante

“Tu como posible recluta (...) a ti como simpatizante del ejército te podrían permitir el ingreso”

En este último texto desarrollo un análisis sobre el lugar en el que mis entrevistados me colocaron. En un inicio pensaba que mi relación con ellos sería como la de un terapeuta que lleva la coordinación de un grupo entrevistado o que mi previo vínculo con ellos marcaría el lugar de un conocido o un familiar, sin embargo, el lugar en el que fui colocado por ellos fue un lugar de formación, un lugar de un simpatizante del ejército, de ahí la figura del *recluta/simpatizante*⁶⁰.

El lugar del investigador frente a sus informantes siempre juega un papel importante en aquello que se produce en la intervención en campo. Si el investigador es visto como un agente externo, como aquel que su finalidad es obtener información sin dar nada a cambio puede generar cierto grado de resistencia, sin importar la metodología que se plantee. En ese sentido, considero que el lugar en el que mis entrevistados me colocan es francamente problemático.

Al inicio de mi intervención, cuando recién planteé mi protocolo de investigación, interpretaba mi lugar como el del “familiar/psicólogo”, mi vínculo implicaba la relación de “pariente”, como me llama uno de mis informantes y a su vez, el lugar

⁶⁰ Cabe aclararle al lector que, a diferencia de las conceptualizaciones que he presentado como propuestas en el análisis que hasta ahora he hecho, he utilizado la diagonal (/) como una forma de marcar una especie de antónimo entre un concepto y otro; en este caso, lo presento como un doble concepto, es decir, fui tanto un “posible recluta” como un “simpatizante del ejército”.

del psicólogo, consideré que ese lugar ya estaba fijo, que la forma en la que me colocaba frente a mi investigación y a los sujetos de mi campo era clara, pero me di cuenta de que estaba en un error.

A lo largo de mi proceso de intervención pude notar que no es tan sencillo como aquello que ya estaba previamente asumido por mí, ese binomio de pariente/psicólogo, sin embargo, no estaba dado. Como he mencionado anteriormente, mis entrevistados priman todo aquello que es de carácter militar y ponen en un segundo plano lo civil. Las familias están al margen de lo que ocurre en la vida del sujeto militar, a la familia se le comunica lo suficiente o lo que “deben saber”, entonces ¿por qué existe esta apertura de mis entrevistados a contarme cosas que no se le pueden contar a la familia si yo soy un civil?

En una de las entrevistas individuales que realicé, mi informante decidió sacar un par de sillas al patio, dando la espalda totalmente a su casa, en la que se encontraban su esposa y sus hijas. Tanto su silla como la mía daba la espalda a la familia, a la casa que se construyó con lo que ganó durante sus años de servicio, al terreno que se pagó con sus primeros sueldos. El lugar que yo tenía en ese momento ya no correspondía al de familiar, ese lugar probablemente se transformó y yo no me había dado cuenta.

Durante una entrevista grupal, uno de los entrevistados mencionó que la información que debía interesarnos como “posibles reclutas”, al mismo tiempo que me señalaba con su mano, mientras indicaba la importancia de los grados militares a los que se debe aspirar a alcanzar al ingresar al ejército mexicano, fue un evento que pude haber pasado por alto, algo que ocurrió en un instante y que, si no se está alerta la hora de escuchar, se puede omitir o se corre con el riesgo de no tomarle la debida importancia.

¿Qué implica “ser un posible recluta”? ¿Qué ven en mí cuando se me acepta como parte de la lógica militar? ¿Ese lugar significa que ya no estoy en la esfera de lo civil o es un lugar en el que me colocan cuando consideran que es oportuno para poder abrirse sobre sus experiencias en la vida militar? Debe haber un elemento latente que hace un puente entre su posición como militares y exmilitares conmigo,

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

algo en mí debe de ser vinculante para ellos. La figura del instructor es una posición que mis entrevistados asumen constantemente durante las entrevistas, inician con un informe de lo que hacen las fuerzas armadas y los grados de infantería y podría pensarse que lo hacen para pavimentar un posible recorrido sobre sus experiencias, sin embargo, no me parece tan atrevido asumir que en mi posición de “posible recluta”, su discurso esté enfocado en “capacitarme”.

Elaborando nuevamente sobre la problemática de la distinción entre lo civil y militar, me parece necesario poner en perspectiva la figura del recluta/simpatizante, ya que esta posición en la que me ubican existe de manera breve y únicamente me es dada en el tiempo que duran las entrevistas y una vez que se terminaban, me devolvían a la categoría de civil y podía darme cuenta por ese switch en modo civil que encendían y por como aquellas posturas y maneras de pararse y la jerga militar desaparecían y el trato volvía a ser el mismo de siempre.

Mi interpretación de la situación fue que querían poder contarme lo que habían vivido en el ejército, pero al familiar no se le cuenta sobre la experiencia del militar y únicamente se le podía hablar a otro militar sobre lo acontecido, sobre la chiluda. Ahí probablemente se dibujó una problemática para ellos que resolvieron de manera grupal, emerge desde los pliegues del grupo la figura del recluta/simpatizante, pero no podía ser otorgada sin una formación previa, debía conllevar una formación como militar, igual que ellos, en la que me quedara claro cuál era la tarea del ejército. De ahí en más, todas las sesiones debían comenzar con una breve formación, con aquella explicación sobre el ejército y su forma de funcionar, sobre las unidades de infantería, las divisiones del ejército y cuáles son los exámenes que se aplican para poder subir de rango, entre otros.

Al finalizar esa misma entrevista, aquella en la que ocurre el evento del “posible recluta”, mis entrevistados mencionaron por primera vez desde que los conozco que tienen un espacio al que acuden, en donde se reúnen con otros militares, que ahí van tanto activos como retirados. Todos los presentes en la entrevista coincidieron en que era buena idea que fuera, que, aunque solo es un espacio para militares activos y retirados, está abierto para todos los *simpatizantes* del ejército

mexicano. Aquí surge otra figura problemática que inmediatamente se anuda con la posición de recluta. Ya no habito la figura del pariente/psicólogo, ahora encarno la figura del posible recluta/simpatizante.

Posible recluta/simpatizante se presenta ante mí como una posición que me incomoda en varios niveles. He manifestado anteriormente mi descontento con las prácticas del Ejército Mexicano. Como estudiante de universidad pública, es casi una obligación ser profundamente crítico con el ejército y todo lo que se le relacione. Incluso en un inicio era complicado acercarme con mis entrevistados ya como investigador, pues la deshumanización de la que son objeto los militares era un posicionamiento del que tuve que moverme en orden de poder continuar con este proyecto.

Sin embargo, y aunque no me guste, tengo el rol del posible recluta/simpatizante de las fuerzas armadas mexicanas. Quizás los cuestionamientos no sólo deberían ir en función de por qué me asignan ese lugar sino también empezar a preguntarme que hay en mí que les parece vinculante y suficientemente identificatorio como para que haya trascendido del rol del familiar, considerando que buena parte de los jóvenes del pueblo en el que realizo mi investigación se enlistan en el ejército, tanto familiares de ellos como conocidos, dejando también atrás esa posición de familiar, para ser “compañeros en armas”.

Considero que el lugar de recluta/simpatizante refleja los aspectos más importantes de su discurso y procuraré hacer un análisis sobre cada uno de los elementos que considero que atraviesan este lugar que me otorgaron. En primer lugar, aquella interpretación del switch en modo civil, ya sea encendido o apagado, funciona como una forma en la que experimentan su realidad social. Cuando están en entrevista apagan su switch de modo civil y pueden hablar conmigo como se hablan entre ellos, pues soy momentáneamente uno de ellos. Este switch se enciende nuevamente cuando hay que regresar con la familia, en la que parece que la entrevista nunca ocurrió, nadie la menciona, nadie dice nada.

La escisión de lo civil/militar se ve reflejada particularmente en aquello que el civil no entiende de lo que hace el militar. Como tú civil no sabes lo que hacemos, va a

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

ser necesario que te forme para poder contarte, aunque sea momentáneamente, pero los civiles no entienden y hay que explicarles, sobre todo porque sin la formación necesaria, piensan que yo no podría entender de lo que están hablando. Pasarme a la esfera de lo militar era clave para que ellos se sintieran capaces de poder contarme su experiencia como militares y hablar de su cotidianeidad.

Con relación a la pertenencia, me parece que es complementario con lo civil/militar, pero que también implica una identificación únicamente con aquellos que están en la misma esfera del militar, de otra forma, no sólo no están autorizados a compartir su experiencia en el ejército, tampoco tendría mucho sentido el contarle a un civil algo que es propio del militar. Hace falta cierto grado de vinculación con la institución y solo un civil que se hace recluta calificaría como el mínimo de identificación y pertenencia para poder hablar sobre su experiencia.

En donde quizás no ubico tan claramente su relación con la figura del recluta/simpatizante es con respecto al miedo, pero pienso que exactamente por eso no se me contó tan a profundidad de su miedo, porque de alguna manera significa admitirle al recluta que el militar es expuesto a situaciones displacenteras que rompen con la narrativa y el discurso de que el militar se siente protegido por el ejército, que ahí es donde pertenece; hablar del miedo implica reconocer que la experiencia del militar también implica estar expuesto.

Con respecto al discurso patriótico y heroico del militar con relación a la figura del recluta/simpatizante lo puedo interpretar más como un juego de seducción del que ellos también fueron partícipes en su formación. Inculcar en el recluta aquel sentimiento patriótico de la defensa de la nación es un discurso que les hace sentido en su experiencia como militares y que también se le debe enseñar al recluta desde su lugar de instructores. Por otro lado, también al simpatizante se le seduce con la idea del patriotismo y los actos heroicos: es una forma de tomar un interlocutor con respecto a la opinión pública que ellos perciben como hostil; con el simpatizante existe la oportunidad de contar su versión de los hechos ante toda esa oleada de críticas que leen a diario en las notas periodísticas.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

El militar como figura deshumanizada, capaz de usar la violencia con absoluta libertad y “sin represalias” es una interpretación algo reduccionista, pero ese fue mi supuesto cuando empecé a trabajar directamente con militares. El verdadero trabajo ha sido comprender que, como ellos mismos apuntan, muchas veces la necesidad de una estabilidad económica y la promesa de una pensión digna con salarios estables es algo que no se pueden dar el lujo de rechazar.

Sin embargo, aún con el trato continuo y con el acercamiento que he tenido con mis entrevistados, aún hay cosas con las que no puedo terminar de empatizar o cosas que aún me ponen nervioso durante las entrevistas. En ocasiones, su discurso es flagrantemente violento, suelen ser despectivos con la forma en la que se refieren a los homosexuales, las mujeres dentro del ejército y a las comunidades indígenas y no puedo evitar sentir incomodidad cada que hacen comentarios despectivos que si bien, no van dirigidos hacia mí, me transgreden.

Como ya mencioné anteriormente, en uno de los primeros acercamientos al campo, pude ver un par de binoculares cerca de la ventana del cuarto del “Gafe”. Todo lo demás parecía cotidiano, lo único que saltó a mi vista eran los binoculares y preguntarme sobre el uso que les daría, ya que eran grandes y tenían elementos que indicaban que no eran de los que se consiguen en centros comerciales. Creo que la emoción más cercana que pude poner en palabras fue la de extrañeza, porque esos detalles siempre habían estado frente a mí, pero no había sido lo suficientemente perceptivo como para notarlo.

En una entrevista grupal, hubo un momento en el que me mi atención se centró más en sus movimientos que en el discurso del grupo: mientras “el Capitán” comentaba sobre sus experiencias en el Centro de Adiestramiento, “el Sargento” puso en su pierna la gorra que traía puesta mientras escuchaba atentamente. Unos minutos después tomó su gorra y estaba por ponérsela nuevamente, pero “el Chavito” lo alertó de alguna manera para que no se colocara su gorra, le hizo algunas señas y los dos voltearon a ver hacia un punto lejano del parque en el que estábamos. Me di cuenta de todo, pero no comenté nada al respecto, seguí escuchando con atención lo que decía “el Capitán” e ignoré por completo la

situación. La pericia que el investigador debe tener me pedía que preguntara por qué habían hecho eso, pero estaba paralizado y no pude formular la pregunta ni durante ni después de la entrevista. Ese tipo de situaciones me descolocaban porque no sabía cómo reaccionar.

¿De qué me informa mi miedo? El Dr. Roberto Manero me pidió tener presente esta pregunta a la hora de pensar en torno a mi trabajo de campo y lo que produce en mí. Como parte del cuestionamiento, me pidió describir qué rango tendría aquella figura del ejército, de la segunda sección de la SEDENA de inteligencia militar a la que le tengo miedo y qué podría hacerme. Concluí que sería un oficial, un general quizás, que se bajaría de un coche y me pediría subir, me cuestionaría sobre qué estoy haciendo y cuáles son mis intenciones con mi investigación. En esa fantasía, me pedirían dejar mi investigación con amenazas y haciéndome saber que estoy vigilado, algo que se reforzó con “el incidente de la gorra”. Después de esa pequeña descripción, quedaba totalmente claro que a lo que le tenía miedo no era a tratar con los militares que entrevisté, porque de alguna manera me sentía acogido por ellos, mi miedo me informaba que las estructuras de poder del ejército son a las que les temo realmente, porque mis entrevistados son iguales a mí, son personas con necesidades y carencias similares a las mías, son, como decía el ex general Cienfuegos: “el pueblo en uniforme”.

Conclusiones

Considero que los aspectos más importantes de mi investigación fueron en torno al análisis de los emergentes que elegí para trabajar a partir de lo que compartía el grupo, pues considero que abordan la temática del discurso y la experiencia del militar en su vida diaria; los elementos de análisis que elegí a partir de los emergentes me parece que ilustran buena parte de la cotidianidad del militar.

A continuación, quiero presentar una suerte de conclusiones a las que llego con respecto a los emergentes con los que trabajé el análisis, esperando que estos permitan un cierre para cada línea:

Sobre el switch civil/militar y la escisión entre lo civil y lo militar

Pienso que la interpretación que propongo a partir del switch me ayudó a comprender algunos aspectos de la cotidianidad del militar. Me parece interesante que esta suposición errónea con la que ingresé al campo me permitió darme cuenta de aspectos particulares del ser militar que quizás no hubiera encontrado si no hubiera llegado con esa preconcepción de que existía un “modo militar” activado o desactivado. Dejarme sorprender por el campo fue uno de los aspectos más gratos con los que me encontré en esta investigación.

La conceptualización de lo civil/militar me facilitó la posibilidad de un análisis en todos los niveles, en casi todos los emergentes es muy claro de ver cómo esta separación le permite al militar la formación de un discurso y la posibilidad de crear una identidad a partir de cómo experimenta al otro en su vida cotidiana. Pienso que seguir por esta línea de la dicotomización de la experiencia del militar frente al otro sería una ruta interesante para entablar otras formas de pensar al sujeto militar.

Considero que el switch es una noción útil para explorar cómo los militares concilian su identidad en diferentes contextos. Los entrevistados no “activan” su identidad militar en las entrevistas, sino que “apagan” su modo civil en otros contextos. La

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

identidad militar, construida en relación con la institución, no se deja en ningún momento, lo que genera una separación con la sociedad civil. El militar se percibe como un sujeto aparte, siempre alerta y con un fuerte sentido de pertenencia al ejército, lo que dificulta una verdadera integración en la vida civil.

El análisis teórico destaca cómo las instituciones, según Castoriadis y Foucault, configuran al individuo y cómo el poder y el discurso institucional moldean la identidad del militar. Aunque la identidad está en constante transformación, los militares entrevistados, como "el Gafe", se ven como sujetos fijos, como esencialmente militares. Esta construcción identitaria les permite situarse jerárquicamente sobre los civiles, a quienes ven como inferiores en su escala de rangos, lo que refuerza una estructura de poder en la que los militares se sienten autorizados a controlar o proteger a los civiles.

El "switch" al modo civil es interpretado como una impostura, un mecanismo que permite al militar interactuar en la esfera civil sin renunciar a su identidad militar. Aunque el militar puede aparentar estar integrado en la vida civil, nunca deja de ser militar. El modo civil es solo una fachada que les permite convivir con los civiles sin perder su identidad militar. Mientras que los civiles no tienen la posibilidad de activar un "modo militar", el militar puede habitar ambos mundos, lo que refuerza su autoridad y poder sobre los civiles. Esta dualidad, que a simple vista parece fluida, encierra una contradicción profunda, ya que, aunque el militar habita el mundo civil, lo hace bajo una estructura de poder y control dictada por la institución militar.

Sobre el "switch" al modo civil considero que es necesario mencionar el trabajo más reciente de Roberto Manero, que retoma la propuesta de Freud sobre las neurosis traumáticas⁶¹ que se manifiestan en una víctima de un evento violento. Esta víctima de violencia está expuesta a un estímulo difícil de procesar y controlar por el Yo de la persona. En este sentido, el Yo intentará procesar por medio de distintas sintomatologías aquel estímulo "demasiado intenso" para ser procesado: sueños,

⁶¹ Freud elabora su propuesta de neurosis traumáticas a partir de las neurosis de guerra.

repeticiones imaginarias del suceso traumático, ataques de ansiedad, entre otros (Manero, 2024).

Al soldado se le puede considerar una víctima de violencia, toda su formación como militar está atravesada por situaciones traumáticas que surgen de la violencia a la que son sometidos, desde el proceso de despersonificación, del desarraigo y del desplazamiento del superyó que se desplaza hacia su superior, surgiendo como un doble parasitario de este superyó. Al respecto, Manero menciona que, en las víctimas de violencia, la situación traumática los obliga a actuar frente a una realidad extraña y sumamente agresiva. Su vida, en ocasiones, está a merced del victimario, quien requiere de una sumisión completa de la víctima. Las posibilidades de supervivencia dependen de satisfacer al agresor (Manero, 2024).

En esta relación con el victimario (en este caso su superior), el soldado debe cumplir con sus exigencias, debe ejecutar a quien se le indique y debe disparar a quien se le señale sin cuestionar; no obedecer es poner en riesgo su libertad o la propia vida. Debe lidiar con el deseo de satisfacer a ese agresor superyóico que se le presenta como su superior y con aquella prohibición social de herir y matar al prójimo. Concluyo que quizás es en este momento que el “switch” se hace presente: El civil no mata por órdenes del oficial, pero el militar si puede. Este evento traumático surgido de la violencia a la que el militar es sometido “parte” al sujeto en dos, en un militar que obedece las órdenes y en un civil que ya no es más y que existe como máscara para poder seguir siendo parte de los círculos sociales como la familia a la que solía pertenecer ya la que vuelve cuando está de licencia.

Una de las principales conclusiones a las que puedo llegar es que la identidad militar no se limita a los momentos en los que los sujetos están en servicio activo, sino que atraviesa toda su vida, incluso en su convivencia diaria con familiares y amigos. Esta observación se reafirma en varias situaciones cotidianas, como la presencia de binoculares militares en una casa aparentemente común o un uniforme arrugado entre la ropa familiar, símbolos de la constante presencia y vigilancia de la identidad militar, incluso cuando no están formalmente "en servicio".

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

Esta identidad militar no solo moldea la autopercepción de los entrevistados, sino también la manera en que se relacionan con otros. El militar, por formación y estructura institucional, se reconoce y es reconocido como parte de una jerarquía que le otorga un lugar de autoridad y control sobre los civiles. Desde su perspectiva, los "civilones" son sujetos que requieren protección y control, pero que no pueden entender o cuestionar las formas disciplinarias y operativas del ejército. Esta percepción se extiende incluso a los lazos familiares, donde el militar siente que no puede tratar a su familia con las mismas formas disciplinarias que emplea en el ejército, ya que ellos no comparten su entrenamiento ni su relación institucional.

Una de las observaciones más destacadas es el desprecio que los militares entrevistados parecen sentir hacia los civiles. El texto comienza señalando que, cuando se les preguntó sobre el propósito del ejército, las respuestas iniciales fueron mecánicas y seguras, lo que sugiere que los militares han internalizado una narrativa simplificada sobre su rol protector de la nación frente a enemigos claramente identificados. Estos enemigos incluyen narcotraficantes, insurgentes y cualquier grupo que se perciba como una amenaza para el Estado, según lo dictado por las autoridades militares. Esta respuesta homogénea refuerza la idea de que la visión del "enemigo" está estructurada por las instituciones y discursos militares, más que por la experiencia individual o el juicio crítico.

Para el análisis teórico recurro a Todorov para explorar cómo los militares construyen esta relación de alteridad con los civiles. Se retoma la noción de que el "otro" es evaluado en función de juicios de valor, cercanía o lejanía, y conocimiento o ignorancia. Siguiendo este esquema, los militares parecen ver a los civiles como inferiores, sujetos que pueden ser dominados o incluso eliminados, sin que esto implique un conflicto moral. Esta dinámica recuerda a la relación entre los conquistadores españoles y los pueblos indígenas descrita por Todorov, donde los conquistadores decidieron que los "salvajes" eran inferiores y, por tanto, podían ser subyugados.

Una característica interesante del discurso militar es que no solo perciben al ciudadano común como el "otro" civil, sino que también incluyen en esta categoría

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

a grupos más específicos como la policía, los narcotraficantes, y los insurgentes. Para los entrevistados, todos estos grupos forman parte de una masa civil a la que es legítimo someter. Esta generalización es significativa porque muestra una tendencia a agrupar a diversos sectores de la sociedad bajo la misma etiqueta de inferioridad, facilitando una justificación para la violencia que ejercen.

El texto también destaca cómo los militares justifican la violencia contra los civiles mediante la deshumanización de estos "otros". En el relato de los enfrentamientos con los zapatistas, los militares entrevistados reconocen que los insurgentes eran civiles malinformados, pero aun así mantenían la categorización de "enemigos de la nación", lo que les permitía seguir justificando la violencia ejercida sobre ellos. Esta narrativa está impregnada de una lógica dicotómica de bien/mal, donde el militar representa el bien y el civil representa el mal, o al menos, la inferioridad, resaltando esa visión monocromática que caracterizó su discurso

Otro tema clave en este apartado es el conflicto generacional dentro del ejército. Los militares retirados expresan un fuerte resentimiento hacia los nuevos reclutas, a quienes consideran menos disciplinados y menos comprometidos con los valores que ellos internalizaron durante su formación. Los reclutas que ingresan por "hobby", es decir, sin una necesidad económica o un "verdadero compromiso con la patria", son vistos con desprecio y considerados una amenaza potencial para la disciplina del ejército. Esta división generacional refleja una tensión entre la antigüedad y la juventud, donde los militares más veteranos consideran que los nuevos reclutas no han pasado por los mismos rigores que ellos y, por lo tanto, son inferiores dentro de la jerarquía militar.

El concepto de "antigüedad" se presenta como un eje central en las relaciones de poder dentro del ejército. Los militares retirados aún se refieren a sí mismos como "antigüedad", lo que indica que, incluso fuera del servicio activo, siguen viendo su identidad militar como algo esencial. Esta idea refuerza la noción de que una vez que alguien es parte del ejército, esa identidad nunca se pierde, lo que da lugar a una verticalización constante en las interacciones, no solo con los civiles, sino también entre los propios militares. Esta relación jerárquica se manifiesta en

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

prácticas como la "carrilla" a los nuevos reclutas, que se ve como un ritual necesario para asegurar que todos los militares pasen por los mismos procesos de dominación.

El discurso militar está profundamente arraigado en la alteridad y en la verticalización de las relaciones sociales. Tanto los civiles como los reclutas más jóvenes son percibidos como inferiores y dominables, lo que permite a los militares justificar tanto la violencia externa hacia los civiles como la violencia interna hacia los reclutas. Esta lógica de dominación se mantiene incluso cuando los militares ya no están en servicio activo, lo que sugiere que la identidad militar está tan profundamente internalizada que continúa estructurando sus percepciones y relaciones sociales mucho después de que han dejado de ejercer sus funciones.

Esta estructura de pensamiento no es solo resultado de las experiencias individuales de los militares, sino que está reforzada por un sistema de militarismo que permea la cultura popular y los medios de comunicación. La idealización del ejército y el patriotismo que se difunde a través de películas, videojuegos y series refuerza la imagen del militar como protector de la nación y legitima la violencia ejercida en nombre de la seguridad nacional. Esta representación idealizada también contribuye a que los jóvenes vean al ejército como una opción atractiva, lo que a su vez perpetúa la cultura militarista en las nuevas generaciones.

Sobre la pertenencia.

La posibilidad del sujeto a pertenecer a algo resulta demasiado atractiva, considero que es ahí donde el ejército tiene su entrada. No es que cualquier civil que esté expuesto a la lógica militar acabe formado como un soldado, es más bien el cómo a partir de la formación militar se reproduce un sujeto concreto con una pertenencia muy arraigada, que genera identidad y, por lo tanto, subjetividad. El militar entonces se permite vincularse de maneras más complejas con otros militares, lo cual es un fenómeno bien interesante que habría que pensar más a fondo.

La pertenencia al ejército se manifiesta como un elemento estructurante en la vida de los militares, activos o retirados, moldeando su identidad y sus relaciones

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

sociales, tanto dentro como fuera de la institución. Desde el comienzo, el ejército actúa como un refugio y una necesidad vital para quienes forman parte de él, afectando la forma en que se relacionan con sus familias, la sociedad civil, y otras esferas de su vida. La pertenencia al ejército no solo organiza sus ideas y discurso, sino que también define su experiencia cotidiana y sus lazos afectivos, reemplazando o alterando las conexiones familiares.

El aislamiento físico y afectivo de los reclutas en el ejército es clave para el desarraigo, concepto de Goffman para describir el proceso mediante el cual los sujetos se distancian de sus familias y círculos sociales originales a medida que se integran en la institución total. Los compañeros de armas, con quienes comparten guardias, misiones y dificultades, se convierten en una nueva "familia", desplazando a la familia biológica y social que van dejando atrás. La relación con estos compañeros se vuelve más fuerte y cercana que con sus propios familiares, quienes, debido a la distancia y las exigencias del servicio, son vistos cada vez más como externos o secundarios en la vida del militar.

A nivel discursivo, el ejército se convierte en la principal fuente de identificación para el militar, quien asume su pertenencia a esta institución como algo central en su vida, incluso después del retiro. Las "chiludas" o relatos de las experiencias vividas en el ejército, compartidas entre compañeros retirados, son una forma de resignificar su pasado militar, creando lazos que refuerzan la pertenencia a la institución, incluso cuando ya no forman parte de ella en un sentido formal.

Sobre el miedo.

El miedo habitó de formas variadas mi trabajo de investigación, incluso me habitó a mí y tuve algunos problemas para soltarlo, porque ya bloqueaba mi posibilidad de escribir. Trabajar con estos militares me puso en perspectiva con el miedo; ellos hablaban del miedo y yo de inmediato me sentí susceptible ante mis emociones. Al final, el miedo es parte fundamental de su proceso de formación, experimentan la realidad a partir del miedo del incumplimiento de las órdenes, de ese otro civil que busca dañarlo y de perder su vínculo con la institución militar.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

El miedo es un elemento central en la formación militar, presente en todo momento, aunque rara vez verbalizado. A través de la disciplina, el castigo y la amenaza constante de pérdida, los militares incorporan este temor que no solo está dirigido a amenazas externas, sino también a dinámicas internas del cuartel y al juicio de los tribunales militares. A pesar de que el miedo aparece en las entrevistas, mis entrevistados parecen reacios a apalabrarlo, ya que nombrarlo podría entrar en conflicto con la imagen de fortaleza que se les exige.

La experiencia del miedo está marcada por una imposibilidad de comunicarlo plenamente. Desde el adiestramiento hasta el retiro, los militares se ven sometidos a un horror que no parecen identificar, una especie de retraumatización que los coloca en un lugar donde es imposible exteriorizar sus vivencias en torno al miedo. El miedo a perder la pertenencia a la institución es otro aspecto clave en la vida de mis entrevistados, ya que ser expulsado del ejército equivale a perder el vínculo libidinal que mantienen con el grupo y su líder, generando una amenaza constante que moldea su comportamiento.

En este contexto, la disciplina se convierte en una herramienta de control, y el miedo forma parte del dispositivo de formación militar. El ejército utiliza el temor no solo como una reacción a la violencia física, sino como un elemento inherente al proceso de disciplinamiento del cuerpo y la subjetividad del soldado. La violencia, lejos de ser eliminada, es vista como una parte integral de las relaciones sociales y políticas dentro del ejército. Los militares viven en un estado de alerta continua, ante posibles amenazas tanto internas como externas, y esta violencia, en combinación con el miedo, moldea su experiencia cotidiana. Este miedo no se limita a los momentos de conflicto armado, sino que se extiende a la vida cotidiana de los militares, quienes temen ser juzgados por los civiles, ser atacados por sus subalternos o enfrentar castigos físicos durante su formación. Este temor, lejos de desaparecer al final de su carrera, persiste, creando una atmósfera de tensión y alerta perpetua.

Me gustaría concluir que el miedo se manifiesta como un elemento estructurador en la formación y vida activa del militar, moldeando su subjetividad y comportamiento. Aunque rara vez se verbaliza directamente, su influencia es

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

constante y atraviesa todas las dimensiones de la experiencia militar. El miedo, alimentado por la violencia y las amenazas de pérdida, se convierte en una herramienta esencial dentro del dispositivo disciplinario que da forma al sujeto militar.

Sobre el patriotismo

Su discurso en torno al patriotismo y el heroísmo fue particularmente ilustrativo, si bien, ya tenía una idea previa de que compartirían algo similar, fue interesante verlo puesto en juego en las entrevistas. Pienso que hay mucho más de donde seguir trabajando esta noción, queda mucho que pensar detrás de los discursos aprendidos y de las respuestas casi automáticas con las que suelen participar en esta temática específica.

El patriotismo emergente en las entrevistas grupales provocó una serie de intervenciones que, de alguna manera, defendían la imagen del militar, presentándolo como un héroe patriota que se enfrenta al peligro para que los civiles puedan descansar tranquilos, seguros de que estos soldados están dispuestos a arriesgar su vida en defensa de la nación. De acuerdo con los entrevistados, la defensa de la soberanía nacional es la función principal del soldado. Defender al país de cualquier amenaza, incluso difusa, es prerrogativa del militar, quien debe actuar bajo las órdenes de sus oficiales sin detenerse a discernir si el enemigo es real. El ejército opera bajo la imposición de una obediencia ciega, y es en este contexto donde la violencia del soldado se manifiesta.

La obediencia a las órdenes es algo sagrado dentro del ejército, ya sea por convicción o por disciplina. Desobedecer implica graves consecuencias, que van desde la baja hasta una condena en prisión militar, lo cual representa un fracaso en los objetivos personales del soldado, como pensionarse y mantener a su familia. El sentido de pertenencia y la identidad juegan un papel crucial en la vida militar. Los soldados se identifican primero como militares y luego como individuos, lo que ordena su discurso y forma de entender su realidad concreta

El soldado: Cotidianidad, experiencia y discurso

Uno de los aspectos más llamativos en las entrevistas es la omisión del acto de matar. Aunque los entrevistados mencionan la acción de disparar, lo que ocurre del otro lado del rifle permanece ausente. Esto plantea varias interrogantes sobre cómo el militar enfrenta la violencia extrema. Puede ser que esta omisión esté relacionada con la pertenencia al ejército, donde matar es parte de su trabajo, y tal vez la represión de la culpa forma parte del adiestramiento militar.

El patriotismo, en este contexto, aparece como un valor fundamental que justifica las acciones del ejército. Los soldados sienten un profundo respeto por los símbolos nacionales, como el uniforme, la bandera y el himno, y este patriotismo organiza su identidad y su forma de operar. Siguiendo a Benedict Anderson, las naciones buscan inspirar un amor profundo a través del nacionalismo, apelando a aspectos inamovibles como el lugar de nacimiento o el linaje. El ejército aprovecha esta lógica para inculcar en sus soldados un espíritu de pertenencia que es crucial para su funcionamiento.

La formación de un sujeto militar que no esté plenamente convencido de la defensa de la nación sería compleja. No bastaría con entrenar soldados en tácticas de guerra; la cohesión ideológica es crucial para garantizar su pertenencia al ejército. La justificación de la formación militar radica en la defensa de la nación, y aunque el ejército no puede garantizar que todos los soldados experimenten el mismo nivel de adoctrinamiento, el patriotismo actúa como un elemento cohesionador. Sin embargo, esta formación no es infalible, y las fugas institucionales dentro del ejército, aunque no se exploran en profundidad aquí, requieren un análisis más detallado en futuras investigaciones.

Sobre mi posición de recluta/simpatizante.

La figura del recluta/simpatizante me parece el aspecto más singular de mi investigación, es en este emergente en particular que pude entablar ejes con los otros elementos de análisis a partir de pensar el lugar en el que mis entrevistados me colocaron. El ser brevemente formado por estos instructores fugaces y de ser “desnombrado” militar una vez que terminaba la entrevista me abrió las puertas a poder pensar mi investigación desde lugares que no pensé habitar y que

probablemente no pueda retomar. Fue una experiencia bien específica que generó cosas en mí, pero más importante, en mi escritura y en mi análisis de los emergentes.

Un elemento central en esta investigación fue el mantenerme cuestionando el papel que jugaba frente a mis entrevistados y cómo ese lugar no tan claro como inicialmente había supuesto. Al principio, me veía como un "familiar/psicólogo", asumiendo que ese lugar ya estaba definido. Sin embargo, con el tiempo, me di cuenta de que esta relación es mucho más problemática y compleja de lo que había anticipado. Mis entrevistados, todos ellos militares o exmilitares, privilegian lo militar por encima de lo civil, y esta distinción me hace reflexionar sobre cómo soy percibido por ellos. A pesar de ser un civil, soy incluido en conversaciones que normalmente no se compartirían con civiles, lo que me lleva a cuestionar por qué mis entrevistados se abren conmigo de esa manera.

En el transcurso de mi intervención en el campo, me di cuenta de que el lugar que me otorgan sus informantes ha cambiado. Un episodio importante es cuando uno de mis entrevistados me trata como un "posible recluta", indicándome la importancia de los grados militares. Este hecho me revela que estoy siendo situado en una posición que no había considerado: la de un simpatizante o posible recluta. A partir de ese momento, el discurso de mis entrevistados adopta un tono de formación, como si estuvieran capacitándome para entender el mundo militar. Esto me lleva a reflexionar sobre lo que significa ser un "posible recluta" y por qué mis informantes me otorgan esa posición, lo que implica que transito momentáneamente entre las esferas de lo civil y lo militar durante las entrevistas.

También me percato de que, aunque en las entrevistas soy tratado como un recluta o simpatizante, esta relación cambia una vez que terminan las sesiones. Mis entrevistados vuelven a tratarme como un civil, como lo evidencia el cambio en su lenguaje y comportamiento. Esto me lleva a interpretar que, para poder compartir sus experiencias, los militares deben verme temporalmente como uno de ellos, pero solo dentro del contexto de la entrevista. Este cambio de rol me permite acceder a una parte de la experiencia militar que no está disponible para los civiles.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

Otro aspecto importante que pude analizar es cómo el discurso patriótico y heroico del militar se utiliza como una forma de seducirme. Aunque me siento incómodo con ese nuevo rol de simpatizante, reconozco que este lugar me permite entender mejor la perspectiva de miss entrevistados y su necesidad de contar su versión de los hechos ante la opinión pública, que perciben como hostil.

Epílogo

Recientemente, Andrés Manuel López Obrador, quien hasta el primero de octubre de 2024 ocupará la presidencia de México, informó que la Guardia Nacional pasará a formar parte de la SEDENA, algo que a mi particularmente me preocupa. Esta policialización del ejército y militarización de la policía implica una fuerte presencia militar en todo el país y parte de lo que he querido exponer en este trabajo es que si realmente resulta conveniente el hacer parte de la cotidianidad a elementos del ejército, quienes muestran en su discurso una clara disimetría entre lo civil y lo militar.

He insistido a lo largo de esta investigación que la pienso más como un síntoma que como una idea mía, es decir, considero que esta investigación no surge únicamente de mi observación, sino como producto de un fenómeno social actual como lo es la militarización del país. Las ciencias sociales han tenido que pensar al ejército del otro lado de los cuarteles, lejos del discurso del soldado, sin embargo, pienso que éste fenómeno será cada vez más estudiado por otros colegas más adelante y espero que mi trabajo pueda aportar un poco de ayuda a las posibles investigaciones que vendrían en un futuro no muy lejano.

Cerrar este proceso de investigación ha sido particularmente desafiante, considero que hay muchas temáticas que se podrían abrir a partir de los ejes que planteé para el análisis de esta investigación. Se quedan en el tintero muchas perspectivas teóricas para pensar al ejército e incluso algunas formas distintas de abordar la metodología. El mismo trabajo de campo me pareció que aun podía continuar, que pude preguntarle a mis entrevistados otras cosas que quizás me hubieran ayudado a idear otras formas de pensar mi investigación.

Mi propuesta inicial fue trabajar en torno a la producción de sujetos a través del dispositivo de formación militar, ya que, aún cuando mi trabajo si permite vislumbrar

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

la forma en la que se producen sujetos, pienso que no alcanzo a hacer una contribución significativa en esta tarea, puesto que mis entrevistados me hablaron de otra cosa que no fue la forma en la que se subjetivaron militares y se encaminó más hacia la experiencia de vida del militar a partir de la “chiluda”, su discurso y la cotidianeidad del soldado, ya sea “en el activo” o propiamente en el retiro.

Una línea de trabajo que me hubiera gustado elaborar es la del reclutamiento del ejército en comparación con el reclutamiento del narcotráfico, ya que a quienes reclutan resultan ser la misma población objetivo. En este mismo sentido, mis entrevistados sí tocaron el tema del narcotráfico, pero no lo suficiente como para poder pensar una línea de investigación o como un emergente durante las entrevistas. Quizás en otra ocasión, en otro trabajo pueda darles continuidad a estos intereses.

Referencias.

- Agamben, Giorgio. (2007). *Infancia e historia: ensayo sobre la destrucción de la experiencia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Agamben, Giorgio. (2006). *El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
- Anderson, Benedict. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de cultura económica. México.
- Arendt, H. (2002) *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza editorial.
- Beaugé, Florance. (2001, 02 de mayo) "L'accablante confession du général Aussaresses sur la torture en Algérie" (La confesión condenatoria del general Aussaresses sobre la tortura en Argelia), *Le Monde*. https://www.lemonde.fr/disparitions/article/2001/05/02/l-accablante-confession-du-general-aussaresses-sur-la-torture-en-algerie_179476_3382.html
- Biset, E. (2012). *Violencia, justicia y política: Una lectura de Jacques Derrida*, Villa María, Argentina.
- Bobbio, Norberto. *Diccionario de política*, 13° edición, 2 tomos, Ed. Siglo XXI, México, 2002. Pp. 541-551 y 563-570.
- Bobbio, Norberto. *Estado, Gobierno y Sociedad*. Ed. FCE. México, 1989. Pp. 68-187.
- Bosworth, A. B. (1988). *Conquista y imperio: El reinado de Alejandro Magno*. Cambridge University Press.
- Briceño V., Gabriela. (2021). *Decena Trágica*. Recuperado el 22 febrero, 2024, de Euston96
- Bruno, Diego (2009). *La lucha popular en los Estados Unidos de los '60 y la Ofensiva del Tet*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.
- Cifuentes, R., Suárez, V., Suárez, F., Tarí, A. (2014) *El emergente en la Concepción Operativa de Grupo*, en *ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES N. 18*, Madrid,
- De Saussure, F. (1993) *Curso de lingüística general.*, Editorial Alianza, Madrid.
- Deleuze, Gilles (1987) *Foucault.*, Editorial Paidós. Barcelona, España.
- Deleuze, Gilles (2015) *La subjetivación: curso sobre Foucault III ed.*- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus.
- Elías, Norbert (2015) *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de cultura económica: Ciudad de México
- Esdaile, C. J. (2007). *Las guerras de Napoleón: Una historia internacional, 1803–1815*. Penguin.

- Foucault, M. (2005) *El orden del discurso*. Tusquets: Barcelona
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Fernández, A.M. (1989) *El campo grupal: notas para una genealogía*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Fernández, A.M. (2011) DE LOS IMAGINARIOS Y PRÁCTICAS SOCIALES A LAS LÓGICAS COLECTIVAS. 15 AÑOS DE INVESTIGACIONES DE LA CÁTEDRA I DE TEORÍA Y TÉCNICA DE GRUPOS, FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UBA en Anuario de Investigaciones. Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Fontaine, Arturo. *Torturar*. Centro de Estudios Públicos. 2004, Chile.
- Freud, S. (1992). *Psicología de las masas y análisis del Yo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992). *Duelo y Melancolía*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- García, F. (2016) *El giro viopolítico. Violencia y deconstrucción*. En *Política y Cultura*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.
- Goffman, E. (2001). *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Goldsworthy, A. (2003). *El ejército romano completo*. Thames & Hudson.
- Han, B. C. (2016). *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder Editorial.
- Haas, Jeffrey (2010). *The assassination of Fred Hampton : how the FBI and the Chicago police murdered a Black Panther*. Estados Unidos: Lawrence Hill Books.
- Hermann Heller, *Teoría del estado*, Ed. FCE, México, 1983. Pp. 341.
- Keegan, J. (1999). *La Primera Guerra Mundial*. Random House.
- López, C. (2014). La biopolítica según la óptica de Michel Foucault. En C. López, *El banquete de los dioses: Revista de filosofía y teoría política contemporánea* (pág. 260). Buenos Aires: USAL Argentina.
- López y Rivas, G. *Contrainsurgencia y paramilitarismo en Chiapas en el gobierno de Vicente Fox*, Chiapas, núm. 15, México: IIEc, UNAM-Ediciones ERA, 2003, pp. 97-119. ISBN: 968-411-571-7.
- Lourau, René (2001). *Libertad de movimientos*. Buenos Aires: Editorial Universitaria. (Pág. 49)
- Mundo Guatemalteco. (2024). *La Historia de la Revolución de octubre de 1944: Claves Esenciales para Entender su Legado y Transformación Social*. Recuperado de mundoguatemalteco.com
- Manero, R. (2019) *Notas sobre el acompañamiento psicosocial en Argumentos*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.

El soldado: Cotidianeidad, experiencia y discurso

- Manero, R. (2008) *Cuerpo, terror y dominación totalitaria en Tramas: subjetividad y procesos sociales* 30 "Usos del miedo". Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Ciudad de México.
- Manero, R. (2024 Inédito) "El Estado, las instituciones y los procesos colectivos". Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Ciudad de México.
- Manero, R. (2024) "Más allá del horror: Ensayos sobre la construcción social de las víctimas de violencia". Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Ciudad de México.
- Olivieri, Mabel. Orígenes y evolución de la presencia militar en América Latina, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* Número 42. 1984, Colombia.
- Parker, G. (1996). *La revolución militar: Innovación militar y el ascenso de Occidente, 1500–1800*. Cambridge University Press.
- Peñuelas, L. E. (2016). El monstruo y el potro: El homo sacer totalizado. En *Política y Cultura*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.
- Pineda, F. La guerra de baja intensidad, Chiapas, núm. 2, México: IIEc, UNAM Ediciones ERA, 1996, pp. 173-195. ISBN: 968-411-384-6.
- Prestwich, M. (1996). *Ejércitos y guerra en la Edad Media: La experiencia inglesa*. Yale University Press.
- Rea, G. y Ferri, P. (2019). *La Tropa. Por qué mata un soldado*. Ciudad de México: Aguilar.
- Rousseau, Christine (2019, 13 de abril) "La "Bleuite", guerra paralela en Argelia", *Le Monde*. https://www.lemonde.fr/culture/article/2019/04/13/la-bleuite-guerre-parallele-d-algerie_5449889_3246.html
- Santaella, Lucia. ¿Por qué la semiótica de Peirce es también una teoría de la comunicación?. *Cuad. Fac. Humanid. Cienc. Soc., Univ. Nac. Jujuy* [online]. 2001, n.17 [citado 2024-05-12], pp.415-422. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1668-81042001000200024&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1668-8104.
- Santamaría, Hugo (2022, 22 de octubre) "La guerra de baja intensidad de Zedillo y Fox contra los zapatistas", *Contralínea*. <https://contralinea.com.mx/interno/semana/la-guerra-de-baja-intensidad-de-zedillo-y-fox-contra-los-zapatistas/>
- Shaw, I. (2000). *La historia de Oxford del Antiguo Egipto*. Oxford University Press.
- Thapar, R. (1961). *Ashoka y el declive de los Mauryas*. Oxford University Press.
- Todorov, T. (1998) *La conquista de América: el problema del otro*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Trinquier, Roger. "La guerra moderna y su lucha contra las guerrillas" Herder. Barcelona, 1965.
- Turner, Victor. (2019). *La selva de los símbolos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.